

uno solo ha faltado. Por esto cada uno de nosotros ofrecemos en don al Señor el oro que hemos podido hallar en el despojo, collares y brazaletes, anillos y manillas, gargantillas y demas para que lo ofrezcais al Señor y rogueis por nosotros. Admirado Moisés de los sentimientos de religion de estos valerosos militares, recibió sus dones de parte y en nombre del Señor, los puso en manos del Pontífice, y se halló que pesaban diez y seis mil setecientos y cincuenta siclos de oro (un millon trescientos y cuarenta mil reales.) Ofrenda, tanto mas grata á su magestad, quanto era de la porcion que cada uno tenia derecho á reservar, como fruto de su valor y precio de los peligros en que habia puesto su vida. Moisés y Eleazar llevaron este precioso don al tabernáculo del testimonio para que fuese una memoria de las misericordias del Señor sobre su ejército, y de la gratitud de los soldados por la proteccion que les habia dispensado.

Estado de Israel. Hallándose en tan feliz situacion los negocios y teniendo tan buenas tropas ¿qué sucesos tan dichosos no pudiera prometerse Moisés, si hubiera querido el Señor continuar sirviéndose de él para la conquista de la tierra prometida? Pero el santo hombre no se alimentaba ya con estas esperanzas, y solo veía acercarse el dia en que habia de entregar al nuevo Gefe y al Pontífice de la nacion el gobierno de Israel y la conquista de Canaán. Ya estaban exterminados ó arrojados los Amorreos de la tierra prometida que habia antes del Jordán, casti-

gados los Madianitas, intimidados los Moabitas y atemorizados todos los pueblos que les rodeaban. La multitud de los combatientes de Israel se habia renovado enteramente. Mas de seiscientos mil soldados que la componian, estaban hechos ya á la guerra en repetidos combates y batallas, se hallaban en el vigor de su edad y solo esperaban enemigos que vencer y tierras que conquistar. Tenia Israel un buen consejo, excelentes generales, el camino abierto, y lo que era sobre todo á su Dios favorable. Tal era el estado en que iba Moisés á entregar á Josué el pueblo que habia gobernado cuarenta años con una sabiduria y prudencia mas que humana, y conducido por un camino lleno de portentos.

Peticion de las tribus de Rubén y de Gad. Pero aunque restaban á Moisés pocos dias en que vivir, le faltaban grandes asuntos que terminar. La tribu de Rubén y de Gad tenian muchos ganados, y la tierra Cananea que se habia conquistado de este lado del Jordán era montuosa y muy apropiado para su mantenimiento. Con este motivo los Príncipes de estas tribus se presentaron á Moisés, al sumo sacerdote Eleazar y á los demas Príncipes del pueblo, y dijeron: la tierra que hirió el Señor á vista de los hijos de Israel es un país feracísimo para pasto de ganados y nosotros tenemos muchísimos. Te rogamos, añadieron, dirigiéndose á Moisés, que nos la des para habitar en ella y que no nos hagas pasar el Jordán. Moisés al oír que no querian pasar el Jordán les respondió lleno de sentimiento y enojo: ¡pues qué!

¿irán vuestros hermanos al combate y vosotros os quedareis aquí sentados? ¿Porqué trastornais los ánimos de los hijos de Israel para que no se atrevan á pasar al lugar que les ha de dar el Señor? ¿Acaso no hicieron lo mismo vuestros padres cuando envié desde Cadesbarne á reconocer la tierra (prometida)? La reprension era fuerte, pero justísima. Todo Israel habia conquistado los reinos de Hesebon y Basán que estos Diputados querian para sí, sin tratar de pasar el Jordán con sus hermanos á conquistar con ellos las tierras que estos habian de poseer, y esto era harto injusto. Por otra parte introducian la desunion en el ejército y daban motivo á que no pasase el Jordán y entrase en la tierra de Canaán, como habian hecho los diez cobardes exploradores en Cadesbarne. Pero los Príncipes de las dos tribus, sea que realmente no quisiesen pasar el Jordán, sea que se hubiesen explicado mal, al oir una contestacion tan terrible, volvieron á tomar la palabra y dijeron á Moisés: que ellos de ningun modo trataban de separarse del ejército: que estaban dispuestos á pasar armados el Jordán, marchar al combate con los hijos de Israel sus hermanos y no dejar las armas hasta ponerlos en sus posesiones, que lo que suplicaban era que se les diesen aquellos dos reinos que eran tan apropiado para mantener sus ganados: que desde luego renunciaban todo derecho á lo demas que se conquistase al otro lado del rio; pero que deseaban que sus familias no tuviesen que sufrir las penalidades de la conquista, ni servir de peso

á los conquistadores; que levantarían los muros de las ciudades fuertes que habían derribado al tiempo de la conquista; que en ellas quedarían sus padres, sus mugeres, sus hijos y todos los que no pertenecían al alistamiento del ejército sin peligro de que les sorprendiesen sus enemigos; y que en esta inteligencia y bajo de estas condiciones se entendía su solicitud.

Concesion de la peticion. Ninguna cosa mas puesta en razon ni mas generosa que la declaracion que hacían las dos tribus. Moisés quedó gustosamente satisfecho con ella, y dió á los hijos de Gad y de Rubén los reinos de Hesebon y de Basán con todas sus ciudades y contornos. En seguida se pasó al repartimiento entre las dos tribus y se halló que era muy grande la porcion que tocaba á cada una con respecto á lo que restaba que repartir entre las otras diez, y Moisés separó hácia el nacimiento del Jordán un terreno correspondiente á media tribu y le dió á la media de Manasés. Era este terreno el mas setentrional al oriente del Jordán y se llamaba el pais de Galaad, cuyo nombre mantuvo siempre y algunas veces se dió á todo lo conquistado á este lado del rio llamándolo *Pais de Galaad*. Asi dispuso Moisés de los dos reinos tomados á los Amorreos á la izquierda del rio, y dejó á Josué reglas para la distribucion de los demas reinos que se iban á conquistar á la derecha.

Segunda publicacion de la ley. Como el pueblo de Israel era casi todo nuevo, y por consiguiente, ó no había estado presente en el Sina á

la publicacion de la ley, ó no se habia penetrado bien de ella en una edad poco capaz de reflexion cual era la de veinte años abajo, puesto que los de veinte años y arriba, todos, excepto Josué y Caleb, habian muerto en el desierto, quiso el Señor que en la soledad y quietud de las campiñas de Moab, y antes que principiase el estrépito de las armas, se hiciese una segunda publicacion de la ley á toda la multitud de los hijos de Israel; que se les reencargase encarecidamente su cumplimiento del que pendia su felicidad temporal y eterna; y que se colmase de bendiciones á los que la guardasen, y cargase de maldiciones á los que la quebrantasen. Esta publicacion aun debia hacerse por el santo legislador; porque asuntó de tanta importancia y consecuencia no pedia menos que la grande autoridad que le daban sobre Israel una edad de ciento y veintitres años, un gobierno de cuarenta, una conducta llena de prodigios, una sabiduría y prudencia consumada, y sobre todo su familiaridad íntima con Dios.

Se congregó, pues, todo Israel desde el mayor al menor, los hombres y las mugeres, los jóvenes y los ancianos, los padres y los hijos, todo el pueblo como si fuera un solo hombre: entonces Moisés se colocó en medio de la multitud y para prepararles desde luego con un temor santo y un santo amor al constante y fiel cumplimiento de la ley que iba á publicar, les refirió los principales sucesos del desierto, los continuos portentos que el Señor habia obrado en su favor, su mala correspondencia, sus mur-

muraciones, sus quejas, sus rebeliones, y los castigos á que habian obligado á su divina justicia. Prevenidos de este modo, entró el Santo legislador en la publicacion de la ley, y esforzando su voz, dijo: oid, hijos de Israel, las ceremonias y juicios que yo hablo hoy en vuestros oidos: aprendedlos y cumplidlos. El Señor, Dios nuestro, hizo alianza con nuestros padres en Horeb. No hizo pacto solo con nuestros padres, sino tambien con nosotros que ahora somos y vivimos. Yo soy, dijo á todo Israel desde en medio de fuego y nube, Yo soy el Señor, tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre.

Mandamientos de la ley de Dios. No tendrás Dioses ajenos en mi presencia. No te harás estatua ni semejanza de cosa alguna de las que están arriba en el cielo, ni de las que están abajo en la tierra, ni de las que están bajo de la tierra en las aguas. No las adorarás ni las darás culto; porque Yo soy el Señor, Dios tuyo, Dios celoso, que retorno la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generacion en aquellos que me aborrecen, y que hago misericordia en muchos miles á los que me aman y guardan mis mandamientos. No tomarás el nombre del Señor, tu Dios, en vano. No quedará sin castigo el que sobre una cosa vana tomare su nombre. Guarda el dia del sábado para santificarlo, como te lo mandó el Señor, tu Dios. En seis dias trabajarás y harás todas tus obras. El séptimo es dia de sábado, esto es, descanso del Señor, tu Dios. Ninguna obra harás en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni

siervo, ni sierva, ni buey, ni asno, ni alguna de tus bestias, ni el extranjero que está dentro de tus puertas, para que descansa tu siervo y tu sierva igualmente que tú. Acuérdate que también tu fuistes siervo en Egipto y que te sacó de allí el Señor tu Dios, con mano fuerte y brazo extendido. Por eso te mandó que guardases el día del sábado. Honra á tu padre y madre como te lo mandó el Señor, tu Dios, para que vivas largo tiempo y te vaya bien en la tierra que el Señor, tu Dios, te ha de dar. No matarás, ni fornicarás; y no harás hurto, ni dirás contra tu prójimo falso testimonio. No codiciarás la muger de tu prójimo, ni su casa, ni campo, ni siervo, ni sierva, ni buey, ni asno, ni cosa alguna de las que son tuyas.

Estos mandamientos intimó el Señor á toda vuestra multitud en el monte desde en medio del fuego y de la nube con voz grande, y los escribió en dos tablas de piedra que me entregó, y después que oyeron vuestros padres la voz del Señor que salía de en medio de las tinieblas y vieron arder el monte, se llegaron á mí todos los Príncipes de las tribus y los ancianos y dijeron: He ahí que el Señor nos ha mostrado su magestad y grandeza. Hemos oído su voz que salía de en medio del fuego, y hemos visto por esta vez que, hablando Dios con el hombre, ha vivido el hombre, pero si oyésemos otra vez la voz del Señor, nuestro Dios, moriremos consumidos en aquel grandísimo fuego; porque ¿qué es todo hombre para oír la voz de Dios vivo, que habló en medio

del fuego, como nosotros la hemos oído, y que pueda vivir? Para que no muramos, si nos habla el Señor, llégate tú, Moisés, oye todas las cosas que te digere, dínoslas, y nosotros las cumpliremos. Agradaron al Señor estos sentimientos del pueblo y dijo: ¡quién les dé tener tal entendimiento que me teman y guarden en todo tiempo todos mis mandamientos para que les vaya siempre bien á ellos y á sus hijos! Vé, Moisés, y díles: volveos á vuestras tiendas; mas tu estate aquí conmigo y te hablaré todos mis mandamientos y ceremonias y juicios, los que les enseñarás para que los guarden en la tierra que les daré en posesion. Guardad, pues, dijo aquí Moisés esforzando de nuevo su voz á la multitud que le rodeaba, guardad y cumplid lo que el Señor Dios os mandó. No declinareis ni á la diestra ni á la siniestra, sino que andareis por el camino que el Señor, Dios vuestro, os mandó para que vivais y os vaya bien y se prolonguen vuestros dias en la tierra prometida que vais á poseer.

Encargo muy enérgico de amar á Dios. Concluida la promulgacion de la ley y las principales circunstancias que ocurrieron cuando se publicó sobre el monte Sinaí, explica el santo legislador la extension del primer mandamiento y encarga su cumplimiento en los términos mas enérgicos. Oye, Israel, les dice, el Señor Dios nuestro un Señor es. *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fortaleza*, y estas palabras estarán en tu corazón y las meditarás sentado en tu casa y andando por

el camino al irte á dormir y al levantarte, y las atarás como señal en tu mano y estarán entre tus ojos, y las escribirás en el umbral y las puertas de tu casa, y cuando el Señor, tu Dios, te hubiere introducido en la tierra que prometió con juramento á tus padres Abraham, Isaac y Jacob, y te diere (como dueño de todo) ciudades grandes y bellisimas que tú no has edificado, casas llenas de toda suerte de riquezas que tú no has fabricado, cisternas que tú no has cavado, viñedos y olivares que tú no has plantado, y comieres y te saciares... cuida entonces diligentemente de no olvidarte del Señor que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre. Temerás al Señor, tu Dios, y á él solo servirás. Guarda los preceptos del Señor, tu Dios, y los testimonios y ceremonias que te ha mandado, y haz lo que es agradable y bueno en la presencia del Señor para que te vaya bien y entres á poseer la tierra sumamente buena sobre la cual juró el Señor á tus padres, como lo habia prometido, que destruiria á todos tus enemigos delante de tí y te la daria en posesion.

Cananeos. La tierra de Canaán estaba ocupada, despues del diluvio, por una raza tan perversa como fue la de Cain antes del diluvio. Los Cananeos eran esta perversa raza. Cam, del cual descendian, fué el segundo hijo de Noé y el primer impío que vió el cielo sobre la tierra despues del diluvio. Este malvado hijo se burló impía y desvergonzadamente de su mismo padre, y su padre maldijo por órden del cielo esta impiedad, no

en Cam, porque habia sido bendecido juntamente con sus hermanos cuando salió del arca, sino en el último de sus cuatro hijos, que se llamaba Canaán, y era el de peor conducta y el mas semejante á su malvado padre. Canaán, pues, se apoderó de la tierra en que se cree estuvo el paraíso y sus contornos (y que, á pesar de los estragos del diluvio, habia quedado el pais mas sano, el mas fértil y el mas agradable del mundo), y la repartió entre sus once hijos que tuvieron numerosas descendencias, y eran al presente las naciones que se llamaban Cananeas, porque descendian todas de Canaán, á las cuales iban á hacer la guerra los hijos de Israel para entrar á poseer esta tierra que era la herencia de sus padres, usurpada por Canaán, como se ha dicho al folio 126.

Su perversidad. Estas naciones eran las mas perversas que ocupaban el órbe, porque eran las mas antiguas en el camino de la perversion como descendientes del primer perverso que se vió despues del diluvio. Los descendientes de Jafet habian ido perdiendo con el tiempo el conocimiento de Dios y declinando á la idolatría. Lo mismo habia sucedido á los de Sem, exceptuando la descendencia de Abraham que formó el pueblo escogido; pero los de Cam habian abanzado siempre en el camino de la impiedad que les abrió su impío padre, y al presente los habitantes de las ciudades y pueblos de la tierra de Canaán eran tan corrompidos como los antediluvianos y como los sodomitas.

Encarga el Señor á Israel su castigo y exterminio. Dios no queria sufrir por mas tiempo sobre la tierra el peso de sus maldades; y así como envió un diluvio universal para abogar en él á todos los corrompidos de los primeros tiempos, y un fuego voraz para reducir á cenizas á las ciudades nefandas, así enviaba ahora el acero de los Israelitas para pasar á filo de espada á todos los Cananeos. Los Israelitas, pues, eran los destinados por Dios para cumplir este decreto de su divina justicia y debian no perdonar ni aun solo Cananeo, siendo fieles en cumplir la voluntad del Señor, como lo habian sido el diluvio universal y el fuego de Sodoma; y esto era lo que tanto temia Moisés que no cumpliesen fielmente los hijos de Israel. Conocia la inconstancia é indocilidad de este pueblo, y como la falta de su entero cumplimiento les habia de ser tan funesta, no cesaba de advertirselo. Era esta la última vez que les habia de hacer este encargo y nunca se lo hizo con mas empeño y celo.

Reencarga Moisés á Israel el fiel cumplimiento de este encargo. Cuando el Señor, dijo á todo Israel que le escuchaba, cuando el Señor, tu Dios, te introdujere en la tierra en que vas á entrar para poseerla, y destruyere delante de tí muchas gentes, al Heteo, al Gergeseo, al Amorreo, al Cananeo, al Fereceo, al Hebeo y al Jebuseo, siete naciones mucho mas numerosas y robustas que tú, y te las entregáre el Señor, tu Dios, las pasarás á filo de espada sin perdonar á nadie. No harás alianza con ellas, ni tendrás de

ellas compasion. No darás tu hija á su hijo en matrimonio, ni tomarás su hija para tu hijo, porque seducirá á tu hijo para que no siga al Señor, y sirva á dioses agenos, y se irritará el furor del Señor y luego te destruirá. Al contrario, derrivarás sus altares, quebrarás sus estatuas, talarás sus bosques sacrilegos, y quemarás sus esculturas, limpiando así la tierra de las abominaciones de los Cananeos, para vivir puro en ella; mas si no quisieres dar muerte á todos los moradores de esa tierra, los que quedaren serán para tí como clavos en los ojos y lanzas en los costados. Moisés veía con sumo dolor estas calamidades de su querido Israel. Veía que usaria de una compasion criminal con los Cananeos y de una piedad impía; que estos enemigos de Dios lo serian tambien de su pueblo, que le arrastrarian á sus abominaciones y le harian idolatrar como ellos; y que le apartarian del Señor y escitarian su furor contra él. Por desgracia en todo esto el santo legislador mas era un profeta que un predicador ó consejero, como se verá en el discurso de esta historia, y esta prevision de sus infidelidades y sus castigos, era lo que le llenaba de un profundo sentimiento.

Bendiciones á los que cumplan la ley de Dios. Moisés, despues de haber exhortado con tanto celo á los hijos de Israel á que amasen á Dios con toda su alma y sobre todas las cosas, y que en prueba de su amor cumpliesen todos sus preceptos; despues de haberles prevenido contra la falsa compasion, y advertido de los males que les

acarrearía esta fatal piedad; pasa á recomendar el cumplimiento de la ley por medio de los premios y los castigos, prometiendo todo género de bendiciones á los que la cumpliesen, y de maldiciones á los que la quebrantasen. He aquí en sustancia y en compendio como se esplicó el Ministro del Señor. Escuchadme, exclamó, hijos de Israel. Si guardais la ley del Señor, vuestro Dios, sereis el mas grande y mas glorioso de los pueblos de la tierra y os colmará de bendiciones el cielo. Sereis benditos en la ciudad y benditos en el campo, benditos en vuestros hijos y benditos en vuestros ganados, benditas vuestras cosechas y benditas vuestras troges, benditos cuando entréis en casa y benditos cuando salgais de ella. El Señor hará que caigan delante de vosotros vuestros enemigos. Por un camino vendrán contra vosotros y por siete huirán de vuestra presencia. Sereis el pueblo santo de Dios, si guardáreis sus mandamientos y anduviéreis en sus caminos. Todos los pueblos de la tierra verán que está el nombre del Señor sobre vosotros y todos os temerán. Se abrirán para vosotros los tesoros del cielo. Las lluvias y los rocíos caerán á sus tiempos para fertilizar vuestros campos. Dareis prestado á muchas gentes y vosotros de nadie necesitareis tomar prestado. El Señor os pondrá por cabeza y no por pies, y estareis siempre en lo alto y no en lo bajo con tal que obedezcáis los mandatos del Señor, los cumplais, y no os desvieis de ellos ni á la diestra ni á la siniestra.

Maldiciones á los que no cumplan la ley de Dios. Pero si no escucháreis la voz del Señor,

vuestro Dios para guardar y cumplir todos sus mandamientos, vendrán sobre vosotros y os alcanzarán todas estas maldiciones. Sereis malditos en la ciudad y malditos en el campo, malditas vuestras cosechas y malditas vuestras troges, maldito el fruto de vuestro vientre y el fruto de vuestra tierra, vuestras manadas de vacas y vuestros atos de ovejas. Sereis malditos cuando entreis en vuestra casa y malditos cuando salgais de ella. Sereis entregados al furor de vuestros enemigos. Por un camino los acometeréis y ellos os harán huir por siete. El hambre, las enfermedades, las pestes, los rigores del frio, los ardores del sol, la corrupcion del aire... todo se reunirá sobre vosotros para vengar á Dios y castigaros. Se volverá de bronce el cielo que está sobre vuestras cabezas y de hierro la tierra que pisais. El Señor enviará sobre vuestras tierras polvo en lugar de lluvia, y sobre vosotros ceniza en vez de rocío. Caereis delante de vuestros enemigos y sereis dispersados por todos los reinos de la tierra. Vuestros cadáveres serán pasto de las aves del cielo y de las bestias de la tierra y no habrá quien las auyente. Os herirá el Señor con ceguedad. Andareis en medio del dia como en medio de las tinieblas y no encontrareis vuestros caminos. Sufrireis en todo tiempo calumnias, sereis oprimidos por la violencia y no tendreis quien os haga justicia. Edificareis casa y no la habitareis; plantareis viñas y no las vendimiareis. Os arrebatarán vuestros ganados, y á vuestros ojos serán entregados á otro pueblo vuestros hijos y vuestras hijas. Os

consumireis de pena viéndolos llevar en medio del día, y no habrá fuerza en vosotros para librarlos. Un pueblo desconocido comerá los frutos de vuestra tierra y estareis atónitos por el terror de las cosas que verán vuestros ojos. Sereis llevados vosotros y el Rey que eligiereis á las tierras de gentes que no conoceis, ni conocieron vuestros padres; servireis allí á Dioses ajenos, á los palos y á las piedras y sereis el oprobio y la burla de los pueblos. Vendrán sobre vosotros y os alcanzarán todas estas maldiciones y calamidades, porque no oísteis la voz del Señor, vuestro Dios, ni guardasteis los preceptos y ceremonias que os mandó. Vendrá sobre vosotros una gente de lejos, á semejanza del águila que vuela impetuosamente, cuya lengua no entenderéis, gente muy atrevida que no respetará al anciano ni se compadecerá del niño, y devorará vuestros ganados y los frutos de vuestras tierras. No os dejará ni trigo, ni vino, ni aceite, ni vacas, ni ovejas. Tomará vuestras ciudades y derribará los muros en que poníais vuestra confianza. Sereis sitiados dentro de vuestras puertas y llegareis á comer la carne de vuestros hijos. El hombre delicado y entregado á los placeres se guardará de su hermano y su muger para comer solo las carnes de sus hijos, porque ninguna cosa tendrá en el cerco y premura en que le habrán puesto sus enemigos; y la muger melindrosa que no podia dar un paso ni sentar la planta del pie por su demasiada blandura, se guardará de su marido para comer sola las carnes de su hijo que nació en aquel mo-

mento, y comerá hasta las suciedades del parto por la falta de todo alimento. Todos estos horrores vendrán sobre vosotros, sino guardáreis y cumpliéreis los preceptos del Señor y temiereis su nombre glorioso y terrible y, los pocos que quedáreis, andaréis dispersos por todos los pueblos de uno á otro extremo de la tierra.

Cumplimiento de estas maldiciones. Terribles, espantosas, casi increíbles eran estas predicciones, y si las calamidades temporales bastasen para obligar al cumplimiento de la ley, nada podia anunciárseles mas calamitoso para obligarles á cumplirla. Sin embargo, ellos no la cumplieron, las calamidades se verificaron, y cuando Moisés creia que solo amenazaba á su pueblo, profetizaba sus desgracias. Ninguno que lea la historia de Israel, desde el tiempo en que asi se le amenazaba hasta el presente, podrá dejar de ver una correspondencia admirable entre las amenazas y los sucesos. Sin hablar de mil desdichas que vinieron sobre este pueblo singular, ya mayores, ya menores, segun eran mayores ó menores sus infidelidades y rebeldías, sin hablar, digo de sus desdichas frecuentes, se ha visto que lo mas fuerte que aqui se le anuncia y que solo podia ser creido despues de visto, se verificó en los sitios de Samaria y Jerusalén, donde los padres se comieron á sus hijos hasta llegar el extremo de pedir justicia al Rey en el primero sobre la preferencia de comerlos; y lo que es todavia mas fuerte por su generalidad y duracion, se está verificando desde su espantoso deicidio; porque los pocos

Israelitas que escaparon del hierro de los Romanos, cuando fué destruida Jerusalén y las ciudades de Judá, andan hace ya diez y ocho siglos dispersos por todos los pueblos de uno á otro extremo de la tierra como lo predijo aqui Moisés su conductor y profeta.

Ultimos actos y encargos de Moisés. Concluido este discurso terrible que debió durar algunos dias, hace que todo el pueblo hasta las mugeres y niños renueven el pacto que sus padres habian hecho con Dios en Horeb al pie del monte Sináí, de guardar sus mandamientos y demas ordenaciones. Traslada su autoridad á las manos de Josué su sucesor y le anima á la conquista de la tierra prometida por el Señor. Pronuncia una oracion ó sea un admirable cántico en que vuelve á insistir con los términos mas vehementes y patéticos sobre el cumplimiento de la ley y los motivos de guardarla. Dá su bendicion al pueblo y profetiza lo que acaecerá á cada una de las tribus. Acaba de escribir el Deuteronomio que contiene la segunda ley ó sea la repeticion de la primera. Manda que los Sacerdotes pongan este libro al lado del arca de la alianza, y que cada siete años le lean á todo el pueblo reunido, y con esto concluye su ministerio.

Su muerte. Al llegar aqui Moisés, le dijo el Señor: sube al monte Nébo que está en frente de Jericó, y vé la tierra de Canaán que yo entregaré á los hijos de Israel para que la posean, y muere en él. Recibida esta divina orden, ya Moisés no piensa en otra cosa que en disponerse para morir.

Junta por última vez al pueblo y teniendo á sus lados al sumo Sacerdote Eleazar, su sobrino, y á su amado discípulo Josué, su sucesor, se despide de sus queridos hijos con toda la ternura de un padre y de un padre que va á morir. Sale de en medio de la multitud consternada al ver ausentarse para siempre de su vista á su amado y santo conductor, y se encamina al monte acompañado solamente de Eleazar y Josué, únicos que debían presenciar su muerte. Llega con ellos á la cumbre y allí le muestra el Señor la tierra de Canaán á uno y otro lado del Jordán y le dice: esta es la tierra que prometí dar á Abraham, Isaac y Jacob. La has visto con tus propios ojos, mas no entrarás en ella. Al concluir el Señor estas palabras, Moisés en la edad de ciento y veinte años, tan sano y tan vigoroso, que ni se habia debilitado en nada su vista, ni se habia movido ni uno solo de sus dientes, desfallece, cae entre los brazos del sumo Sacerdote, y el Gefe supremo del pueblo muere, y su grande alma baja al limbo á esperar el premio de sus heroicas virtudes.

Su Sepulcro. Nadie era mas apropósito para honrar la sepultura del ilustre difunto que las dos cabezas de la nacion, y en efecto estos dos amados discípulos del héroe que acababa de espirar, se disponian, en medio del profundo sentimiento que les causaba su pérdida, á hacerle los últimos honores con magníficas exequias; pero el Señor, por razones que él solo conoce, les relevó de este cuidado, y quitó, por decirlo así, esta comision á los hombres para dársela á los ánge-

les. El Arcángel San Miguel fué el encargado de dar sepultura al conductor del pueblo de Dios, y este Príncipe del cielo enterró el cuerpo de Moisés en el valle de la tierra de Moab en frente de Phogor, sin que hombre alguno haya sabido hasta ahora el lugar de su sepulcro. Se cree que el Señor no quiso que fuese conocido para evitar que el pueblo de Israel le adorase y cayese en la abominacion de la idolatria á la que estaba tan propenso; y tambien se cree que éste fué el motivo del altercado, de que nos habla San Judas, entre el Arcángel y el diablo, queriendo éste que fuese conocido el sepulcro de Moisés del pueblo de Israel para incitarle á la idolatria.

Su elogio. Pero si el sepulcro de Moisés quedó en un secreto eterno, la memoria de Moisés quedó en una bendicion eterna. Moisés fué un amado de Dios y de los hombres. El Señor le dió parte en la gloria de los mayores santos y le hizo formidable á los mas terribles enemigos. A su voz venian las plagas mas espantosas y á su voz se retiraban. Le glorificó delante de los Reyes, le entregó el gobierno de su pueblo escogido y le manifestó su gloria. Por su fé y su mansedumbre le santificó y le escogió de entre todos los hombres de su tiempo para formar y dirigir á su pueblo. Moisés oyó la voz de Dios y Dios se dignó oír la de Moisés. Le introdujo dentro de la nube y le dió preceptos en su divina presencia, y leyes de vida y de doctrina para que enseñase á Jacob su testamento y sus juicios á Israel. El Señor le hablaba boca á boca y como un amigo á

otro amigo; y no por enigmas y figuras, sino claramente veía al Señor. Moisés fué el gefe, el conductor, el historiador, el legislador del pueblo de Dios, su pontífice extraordinario y su profeta por excelencia; porque nunca se habia levantado en Israel otro como Moisés que viese á Dios cara á cara. Criado como Príncipe en la corte de Egipto, donde no se olvidó que corria por sus venas la sangre de Israel, y reducido por el amor de su pueblo á la vida de pastor, en la que se formaba para los mayores empleos y se robustecia para los mas duros trabajos, fue como instrumento en las manos del Señor para obrar maravillas y portentos. Declarado Dios de Faraon, fué el depositario de la omnipotencia del Dios de Israel. Vencedor del tirano de los hijos de Jacob, libertador de la descendencia de Abraham, caminando por lo profundo del mar y sepultando en él á Faraon y todo su egército... dando vueltas por soledades y desiertos y sufriendo frecuentes y duras contradicciones... llevó á los hijos de Israel hasta la entrada de la tierra que les estaba prometida. Digno hijo de Abraham por la imitacion de su fé, semejante á Isaac en la generosidad de sus sacrificios, igual á Jacob por la constancia en los trabajos, y admirable como José en la prudencia de su gobierno, mereció ocupar un lugar muy distinguido entre los héroes del pueblo de Dios y ser nombrado con gloria en las generaciones de los siglos.

La muerte de este grande hombre sucedió al fin del mes undécimo del año cuadragésimo de la

salida de Israel, bajo de su conducta, del cautiverio de Egipto. Los hijos de Israel le lloraron tiernamente por espacio de treinta dias en las campiñas de Moab, y cuando se concluyeron estos dias, Josué su sucesor emprendió la obra de la conquista de la tierra prometida quinientos cuarenta y seis años despues del nacimiento de Abraham y setecientos noventa y siete despues que esta tierra patriarcal habia sido usurpada por Canaán.

CONQUISTA

DE LA TIERRA DE CANAÁN.

Año del mundo 2554.

Cuarenta años de vueltas y de revueltas por el desierto, de leyes y de instrucciones, de castigos y de portentos, apenas habian sido bastantes para formar de los hijos de Israel un pueblo fiel y digno de entrar en la posesion de la tierra prometida á sus padres. Por todo este largo tiempo habia tenido el Señor que combatir contra la incredulidad, la dureza, la insubordinacion y las rebeldías de esta descendencia ingrata; mas ya en fin se habia docilizado y respondia fielmente á sus divinos llamamientos. La ley se le habia publicado segunda vez y habia sido recibida. Israel estaba dispuesto á obedecer y llevar adelante los intentos del Señor y solo se esperaban sus últimas órdenes y divina proteccion. Pero el

pueblo de Israel hasta aqui habia necesitado principalmente de un padre, un legislador y un conductor; mas desde ahora necesitaba principalmente de un general y un guerrero.

Pintura de Josué. Tal era Josué, hijo de Nun, de la tribu de Efrain, ministro antiguo de Moisés, quien despues de la muerte de su amable maestro y respetable Señor, habia heredado su autoridad sobre la nacion hebrea. En la edad de noventa y tres años cumplidos juntaba la experiencia de un capitan veterano á la valentía de un jóven robusto, y el mérito de las hazañas militares al celo de la religion y á la rectitud de las costumbres. Tenia á su favor el afecto de la nacion, la recomendacion de Moisés y sobre todo la eleccion de Dios, y no habia suceso feliz que no pudiera esperarse de su gobierno.

Temeridad de su empresa. Sin embargo, consideradas las cosas solo humanamente, nada debia parecer mas temerario que la empresa de que se encargaba. Iba á destruir las naciones Canaanas, pueblos ricos y belicosos, y era preciso contener al mismo tiempo á los Moabitas, Amonitas, Madianitas, Idumeos y Amalecitas, naciones enemigas y vecinas que deseaban cada una por su parte impedir y trastornar el proyecto del pueblo de Dios y destruir á este mismo pueblo si les fuera dado. Es verdad que tenia Josué á su disposicion, para contener estas naciones y entrar en la conquista, mas de seiscientos mil combatientes; pero era preciso sujetar á igual ó mayor número de guerreros de las naciones que le

rodeaban, y atacar á un millon de soldados que podian reunir las naciones Cananeas que iba á conquistar. Era necesario llevar la conquista al centro de sus paises defendidos con muchas y buenas fortalezas, situados muchos en terrenos montuosos y prevenidos todos de mucho tiempo antes contra la invasion de los Israelitas. Habia tambien el embarazo de las mugeres y los niños, los ganados y los bagages, que, en paises extraños y enemigos, no se podian tener apartados del grueso del ejército. Era preciso dar principio á la conquista vadeando el Jordán que en aquella temporada venia muy crecido, y se debia temer á los enemigos que se opondrían al paso por su frente y á los que quedarán á su espalda. Todo esto hacia harto temeraria la empresa de Josué, mirada solo humanamente; pero cuando semejantes empresas son conducidas bajo la proteccion del Señor, desaparece la temeridad, ó mas bien, estas dificultades son las mas poderosas razones para alentar la confianza y asegurar el buen éxito, como veremos en el discurso de esta historia.

Manda el Señor la conquista y la promete.
 Cuando aun estaba el pueblo acampado en las llanuras de Moab y ocupado en el luto de su amado y santo legislador, habló el Señor á Josué y le dijo: mi siervo Moisés ha muerto. Disponte y pasa el Jordán tú y todo el pueblo contigo á la tierra que yo daré á los hijos de Israel. Os entregaré toda la tierra que pisare la planta de vuestro pie como lo dije á Moisés. Desde el desierto y el Líbano hasta el gran rio Eúfrates, toda la

tierra de los Heteos hasta el mar grande hácia el poniente del sol, serán vuestros términos. Ninguno podrá resistiros en todos los dias de tu vida. Como fuí con Moisés, así seré contigo. No te dejaré ni te desampararé. Anímate y ten firmeza, porque tú repartirás por suerte á este pueblo la tierra que prometí con juramento que daría á sus padres. Anímate y sé muy fuerte para que guardes y cumplas toda la ley que te mandó Moisés, mi siervo. Ne te apartes de ella ni á la derecha ni á la izquierda para saber lo que haces. No se aparte de tu boca el libro de esta ley, sino que meditarás en él dia y noche para guardar y cumplir todo lo que está escrito en él. Entonces dirigirás tu camino y le conocerás. He ahí que yo te mando que te esfuerces y seas robusto. No temas ni tengas miedo, porque el Señor, tu Dios, está contigo en todas las cosas que emprendieres.

Manda Josué preparar al pueblo para pasar el Jordán. Lleno de valor Josué con las exhortaciones y promesas del Señor, puso luego mano en la obra, ordenando á los Príncipes de las tribus que pasasen por medio de sus respectivos campamentos y mandasen á los hijos de Israel que hiciesen provision de víveres, porque despues de tres dias pasarian el Jordán y entrarian á poseer la tierra que el Señor, su Dios, les iba á dar. Dijo tambien á las tribus de Rubén, Gad, y media de Manasés: que se acordasen que habian convenido con Moisés en que sus mugeres, sus hijos y sus bestias quedarian en el territorio de esta parte del Jordán al saliente del sol, y que

ellos pasarian armados al frente de sus hermanos hasta que el Señor les diese pacífica posesion de la tierra què iban á conquistar, como se la habia dado á ellos ayudados de sus hermanos; y respondieron á Josué: que harian todo lo que les mandase é irian á donde los enviase. Asi como en todo obedecimos á Moisés, añadieron, del mismo modo te obedeceremos tambien á tí. Solo deseamos que el Señor sea contigo como fué con Moisés. El que contradijere á tu palabra y no obedeciére á todas las órdenes que le dieres, muera. Solo deseamos que tú tengas brio y te portes varonilmente. Nada de mayor consuelo para Josué que esta generosa y valiente determinacion de las dos tribus y media, pero Josué usó de esta determinacion con la moderacion que le dictó su gran prudencia. Se contaban entre ellas mas de cien mil hombres en estado de manejar las armas, todos obligados y resueltos á juntarse con el grueso del egército para la conquista de Canaán, y Josué se contentó con tomar solos cuarenta mil de los mas valientes, dejando la eleccion á los Príncipes de las respectivas tribus. Todos los demas quedaron en sus casas para defender sus familias y sus bienes contra cualquiera invasion que quisiesen intentar sus enemigos.

Envia Josué exploradores á Jericó. Dadas estas órdenes á los Príncipes de las tribus, y hablando á las dos y media tan bien dispuestas para marchar al frente del egército, escogió dos hombres valerosos, de buen entendimiento y cora-

zon esforzado, y les dió orden de pasar secretamente el Jordán, entrar en Jericó, examinar la situacion de la ciudad y la disposicion de los ánimos, y volver lo mas pronto posible á informarle de todo. La comision era demasiado peligrosa y desde luego se presentaba la dificultad de pasar el rio que en aquella estacion venia siempre crecido, pero su astucia y valor halló vado y modo de pasarle, sin que fuesen advertidos, y al anochecer de aquel dia llegaron á las puertas de la ciudad. Entraron en ella con la cautela que exigia su artiesgada comision, y se ocultaron en la primera casa que hallaron que era de una metretiz, llamada Rahab, y estaba pegada á la muralla. Mas apesar de estar la posada tan cercana á la puerta de la ciudad y de que entrarían en ella de noche, no habia podido ser tan secreta su entrada que no se hubiese advertido y conocido, ó al menos sospechado, que eran espías de los Israelitas. Se dió esta noticia al Rey y el Rey envió tropa de su guardia á Rahab, diciendo: saca esos hombres que han venido á tí y entrado en tu casa, porque son espías y han venido á reconocer toda la tierra.

Esconde Rahab á los exploradores. Mas la muger, tomando á los dos hombres, los escondió y dijo: confieso que vinieron á mí, pero yo no sabia de donde eran, y cuando se cerraba la puerta, siendo ya oscuro, ellos salieron al mismo tiempo. No sé por donde fueron. Seguidlos sin perder momento y los prendereis. Los enviados del Rey no pasaron á registrar la casa de

Rahab, como debian hacerlo, y entonces allí mismo les habrian encontrado y prendido, sino que siguieron el consejo de Rahab, ó por mejor decir, el del Señor que asi lo disponia, y tomaron el camino del Jordán, creyendo que por allí habrian huido. Apenas salieron los que venian buscando á los dos espías, se cerró la puerta, y Rahab, haciéndolos subir al sobrado de su casa, los cubrió y ocultó con tascos de lino. Aun no se habian dormido, cuando subió Rahab y les dijo: sé que el Señor os ha entregado esta tierra, porque ha caido sobre nosotros el terror de vuestro nombre y han desmayado todos sus habitantes. Hemos oido que el Señor secó las aguas del mar rojo al entrar vosotros en él, cuando salisteis de Egipto, y lo que habeis hecho á los dos Reyes de los Amorreos, Sehon y Og, que estaban al otro lado del Jordán, á los que quitasteis la vida; y cuando esto oimos, tuvimos miedo y desmayó nuestro corazón, y no quedó aliento en nosotros á vuestra entrada, porque el Señor, Dios vuestro, el mismo es el Dios allá arriba en el cielo y acá abajo en la tierra. Ahora, pues, juradme por el Señor, que asi como yo he hecho misericordia con vosotros, asi tambien vosotros la hareis con la casa de mi padre y me dareis una señal segura de que salvareis á mi padre y á mi madre, á mis hermanos y hermanas, y todas las cosas que son de ellos y que librareis nuestras almas de la muerte; los cuales la respondieron: nuestra alma sea por vosotros para la muerte con tal que no nos hagais traicion, y cuando el Señor nos entre-

gare esta tierra, haremos contigo misericordia y verdad. Dadas y tomadas estas promesas con recíproca alegría, Rahab ató un cordel fuerte y largo á una de las ventanas de su casa que caía fuera de la muralla para que bajasen los dos Israelitas; pero antes de despedirles les advirtió: que no fuesen por el camino del Jordán, sino que tomasen el de las montañas y se ocultasen en ellas hasta que cansadas las tropas del Rey de buscarles se retirasen á sus cuarteles: que entonces podrian bajar y caminar sin peligro á juntarse con su pueblo. No dudes, respondieron los espías, admirados de la prudencia de Rahab y de la providencia del Señor para con ellos, no dudes que nos acordaremos de tu caridad y tus consejos, y que todo Israel te manifestará por ellos su reconocimiento; pero ten cuidado de reunir en esta tu casa á tus padres y hermanos y á toda tu parentela, y de poner pendiente de la ventana por donde vamos á bajar un cordon de color de escarlata para que nos sirva de señal cuando acometamos á la ciudad. Cualquiera que entonces saliere de tu casa, perecerá, y su sangre sobre él caerá y no sobre nosotros; pero si pereciere alguno estando en tu casa, su sangre será sobre nuestra cabeza. Hágase, respondió Rahab, como lo habeis dicho y les descolgó por la ventana para que en la oscuridad de la noche fuesen á ocultarse en las montañas.

Salida de los exploradores de la casa de Rahab y vuelta al campamento. Los exploradores caminaron á esconderse en lo mas fragoso de ellas.

Allí permanecieron el resto de aquella noche y todo el día y noche siguientes, hasta que los soldados que habian ido en su seguimiento, cansados de buscarlos por todos los caminos que dirijan al Jordán sin poder encontrarlos, se volvieron á la ciudad. Luego que estos entraron en ella, los espías que los observaban desde sus alturas, bajaron de ellas, se encaminaron al Jordán, y pasando el rio como antes, se presentaron á Josué, quien los recibió con sumo contento y ellos con el mismo refirieron circunstanciadamente todas las cosas que les habian sucedido, y concluyeron diciendo: el Señor ha puesto en nuestras manos toda esta tierra, y todos sus habitantes están abatidos de temor.

Contento de Israel con las buenas noticias. Si Moisés hubiera sido tan feliz en la eleccion de diputados treinta y ocho años antes en los desiertos de Cadesbarne, como lo fué ahora su discípulo Josué en las llanuras de Moab, ya habria mucho tiempo que el pueblo de Dios se hallaria en la posesion de su herencia. Josué despues de haber servido tan fielmente á Moisés en la comision de esplorador, merecia tambien que le sirviesen fielmente sus dos comisionados. Para dar Josué nuevo brio al valor de sus soldados, se aprovechó habilmente de la fidelidad de los espías. Hizo que se estendiesen por los campamentos las buenas noticias que habian traído, y quiso que ellos mismos refiriesen en los diferentes cuarteles todas las circunstancias de su viaje. Todo Israel las oyó con júbilo y supo las obligacio-

nes que los exploradores habian contraido con Rahab, y este nombre comenzó á ser célebre entre los hijos de Jacob, y no se tomaba ya en boca sino con admiracion y agradecimiento.

Consideracion acerca de Rahab. Acaso admirará que el Señor que dirigia todos los pasos de los exploradores, no eligiese para sus fieles Israelitas otra casa que la de una meretriz, pero sobre que al hombre no toca registrar la profundidad de los juicios de Dios, sino adorarlos, es necesario tener presente que en un pais donde se santificaban los excesos mas infames, nada significaba el nombre de meretriz. Ademas es bien creible que Rahab habria renunciado al desórden de sus primeros años, y ya hemos visto que ella conocia al Dios criador de los cielos y la tierra, y que referia con el mas profundo respeto su poder y los portentos de su diestra. Estos sentimientos de su alma, en medio de una nacion idólatra, merecian su premio, y el Señor, conduciendo á su casa los dos Israelitas, miró por la salud eterna de esta Cananea y su familia, que toda fué incorporada al pueblo del Señor, y por la seguridad de estos dos hijos de Jacob, poniendolos en una casa pegada al muro y al abrigo de una muger tan prudente y caritativa.

Ultimas disposiciones para el paso del Jordán. Luego que Josué recibió unas noticias tan gratas y favorables á la conquista, dió orden de levantar el campo de las famosas llanuras de Moab, donde habian hecho los hijos de Israel su última y larga mansion. Desde el amanecer dispuso el

movimiento de todas las tribus, y dadas las señales á los Sacerdotes y Levitas de tomar el arca y el tabernáculo, salieron de Setim ó Ilaunras de Moab, se estendieron á lo largo del Jordán, en frente del paraje por donde habian de pasar el rio, y estuvieron allí tres dias aunque incompletos, porque llegaron la tarde del dia que salieron de Setim, estuvieron todo el dia siguiente y al otro pasaron el Jordán. Aprovechó Josué este tiempo para arreglar el movimiento de la marcha, que segun las órdenes que habia recibido del Señor, debia ser el dia siguiente. Habian de ir delante los Sacerdotes, llevando sobre sus hombros el arca del testamento y entrar los primeros en el Jordán. Debia seguir todo el ejército y despues el pueblo, pero todos separados dos mil pasos, ó sea medio cuarto de legua, del arca santa, caminando en orden de batalla y llevando á su frente los cuarenta mil hombres de las dos tribus y media. Arreglada asi la marcha, Josué dijo á todo el pueblo: santificaos, porque mañana hará el Señor maravillas entre vosotros. Entonces habló el Señor á Josué y le dijo: hoy principiare á ensalzarte delante de todo Israel para que sepan, que así como fuí con Moisés, así soy tambien contigo. Manda á los Sacerdotes que llevan el arca de la alianza y diles: Luego que hubiercis entrado en parte del agua del Jordán, paraos allí.

Paso del Jordán. Josué, en cumplimiento de esta orden del Señor, juntó á los hijos de Israel y les dijo: el arca del Señor de toda la tierra irá delante de vosotros por el Jordán. Estad prontos

porque luego que los Sacerdotes que la llevan hubieren sentado sus plantas en las aguas del Jordán, las aguas de la parte de abajo seguirán su curso y faltarán, y las que vienen de arriba pararán y formarán una gran masa. A pocas horas y acaso pocos momentos despues de estas prevenciones el pueblo principió su movimiento para pasar el Jordán. Iban delante los Sacerdotes que llevaban el arca del Señor, seguidos de los Levitas que iban cargados con el tabernáculo. Marchaban á la distancia señalada de los dos mil pasos la vanguardia del egército compuesta de los cuarenta mil soldados escogidos de las tribus de Rubén, Gad y media de Manasés. Caminaba despues todo el egército en órden de batalla y seguia á este todo el pueblo, sus bagages y ganados. Era por el mes de Marzo, tiempo en que se derriten las nieves del Líbano, y el Jordán venia fuera de madre. Mas apenas los Sacerdotes, que llevaban el arca del Señor, entraron en el Jordán y se mojaron sus pies, las aguas que bajaban se detuvieron, y elevándose á manera de una montaña, se dejaban ver á lo lejos desde la ciudad llamada Adon hasta el lugar de Sartan, esto es, por espacio de unas veinte leguas; y las de abajo corrieron al mar del desierto ó mar muerto, hasta quedar el rio en seco, desde este mar hasta donde pararon las aguas.

Entonces los Sacerdotes que llevaban el arca del Señor se adelantaron al medio del rio, ya seco, seguido de los Levitas que llevaban el tabernáculo; y se fijaron allí, teniendo siempre el

arca santa sobre sus hombros, y el ejército y el pueblo (cerca de tres millones de personas) pasaron con sus bagages y ganados por el dilatado espacio que habia quedado seco, que á lo menos fueron tres leguas. Luego que hubo pasado la multitud de los hijos de Israel, dijo el Señor á Josué: que eligiera doce varones, uno de cada tribu, y les mandara que tomasen de en medio de la madre del Jordán, donde estaban los pies de los Sacerdotes, doce piedras muy duras para llevarlas al campamento. Llamó Josué á los doce varones y les dijo: id delante del arca del Señor, vuestro Dios, al medio del Jordán, y traed de allí sobre vuestros hombros una piedra cada uno, segun el número de los hijos de Israel para que sean un signo entre vosotros; y cuando el dia de mañana os preguntaren vuestros hijos ¿qué quieren decir estas piedras? Les respondereis: faltaron las aguas del Jordán delante del arca de la alianza del Señor, cuando pasábamos por él; por eso fueron puestas estas piedras en monumento de los hijos de Israel para siempre. Hicieron, pues, los doce varones, como Josué les habia mandado, llevando de en medio de la madre del Jordán doce piedras hasta el lugar en que habia hecho alto el ejército. Tambien hizo poner Josué otras doce grandes piedras en medio de la madre del Jordán donde estaban parados los Sacerdotes que llevaban el arca de la alianza, para que viéndolas en lo profundo del rio, cuando sus aguas bajaban en verano, se acordasen de las maravillas que habia obrado el Señor y bendijesen su omnipotencia.

Los Sacerdotes que llevaban el arca permanecieron firmes en medio del Jordán hasta que fué enteramente cumplido lo que el Señor había mandado, egecutado lo que Josué había dispuesto y concluido el paso del pueblo. Entonces salieron del Jordán los Sacerdotes llevando siempre sobre sus hombros el arca santa, les siguieron los Levitas cargados con el tabernáculo y se incorporaron los doce varones llevando las doce piedras, tomadas de la madre del rio, y todos fueron á ponerse delante del pueblo, para continuar la marcha. Apenas salió el arca de las márgenes del rio, cuando la montaña de aguas que se hallaban detenidas por la mano del Señor, quedando libres para seguir su curso, se desplomaron sobre el dilatado espacio de rio que estaba en seco, y corrieron con ímpetu á sepultarse en el mar del desierto. Todo Israel siguió su marcha guiado por el arca del Señor y fué á acampar aquella noche como á una legua de distancia del Jordán y como á otra de cercanía de Jericó en las dilatadas llanuras que rodeaban á esta populosa ciudad.

Campamento en las llanuras de Jericó. Allí fijaron su campamento con la misma quietud que si los Cananeos, que ya tenían á su vista, fuesen, ó sus aliados ó sus amigos; y estando rodeados por todas partes de naciones tan recelosas y enemigas, como numerosas y guerreras, obraban en campo abierto con tanta seguridad y satisfaccion como si estuvieran en una ciudad bien murada y defendida. Esto era porque el mismo Señor que

habia tenido suspensas las aguas para que pasasen el rio, tenia suspensas tambien las naciones para que no fuesen molestados ni detenidos por ellas. Josué, luego que se formó y asentó el campamento, mandó colocar en él las doce piedras que habia hecho traer del medio del Jordán y volvió á decir á los hijos de Israel: cuando os preguntaren el dia de mañana vuestros hijos ¿qué significan estas piedras? Les instruireis y direis: á pie enjuto pasó Israel este Jordán habiendo el Señor, Dios, secado sus aguas á su vista hasta que pasase, asi como lo habia hecho en el mar rojo, al que secó hasta que pasásemos, para que todos los pueblos de la tierra reconozcan la mano fuertísima del Señor, y tambien vosotros temais al Señor, vuestro Dios, en todo tiempo. Josué deseaba que jamás se olvidasen de los portentos que habia obrado el Señor en favor de su pueblo y por eso no se cansaba de repetirlos y de consignarlos en monumentos duraderos.

Temor de los Amorreos y Cananeos. Cuando los Reyes de los Amorreos que habitaban el occidente del Jordán, y los Reyes de Canaán que poseían los lugares vecinos al mar grande ó al mediterráneo, oyeron que el Señor habia secado las aguas del Jordán para que pasasen los hijos de Israel, desfalleció su corazon, y no quedó en ellos aliento á la vista de su entrada en la tierra de Canaán. Y en verdad que tenian sobrados motivos para desmayar y temerlo todo de un pueblo que les iba á acometer, precedido de un poder omnipotente. Ellos habian observado todos los

movimientos de Israel desde que levantaron sus tiendas de las llanuras de Moab, y habian visto venir á un pueblo de cerca de dos millones con seiscientos mil combatientes al frente en orden de batalla; mas esto importaba poco á unos pueblos que contaban con mas de un millon de soldados aguerridos y con la defensa de un rio invadible en aquel tiempo; pero cuando vieron que un corto número de Israelitas que precedia al ejército sin mas armas ni mas puentes que un arca que llevaban sobre sus hombros, se entra sin detenerse en el rio: que este huye, por decirlo asi: que á su vista se dividen sus aguas para darle paso, que unas se precipitan en el mar y otras, ó retroceden asombradas ó se contienen en respeto formando una dilatada y alta montaña de cristal que se deja ver á muchas leguas de distancia; cuando vieron que aquel corto número de Israelitas avanza con su arca al medio del rio y que este queda seco en el espacio de algunas leguas; cuando vieron en seguida caminar todo el ejército y todo el pueblo por medio del rio seco, ocupar la rivera opuesta y principiar á tomar posesion de su terreno; cuando vieron desplomarse aquella montaña de aguas que se hallaban revalsadas y volver á tomar su curso, despues de haber dado paso á un nuevo reino; cuando le vieron avanzar y acercarse á una de sus mejores plazas, llevando siempre aquella arca á cuya presencia se habia parado el rio y presentado seco su suelo; cuando, en fin, veían venir contra ellos un poder al que nadie podia resistir, un poder in-

menso... cuando todo esto vieron, no es de admirar que cayesen de ánimo y temblasen. Lo mas admirable es que no abandonasen aquella tierra que el omnipotente iba á dar á la descendencia de Abraham su legítimo dueño, y se huyesen á otros reinos para no ser víctimas del victorioso Israel, como lo acababan de ser los reinos de Sehon y Og amorreos.

Circuncision. Josué se aprovechó de este pavor y espanto de sus enemigos para dar cumplimiento á dos preceptos ceremoniales antes de principiar la conquista. Era uno el de la circuncision. Esta debia verificarse el dia octavo del nacimiento del niño, pero se habia omitido desde la salida de Egipto, fuese porque esta operacion dolorosa pedia en el circuncidado á lo menos doce dias de quietud para curarse y sanar de su herida, y no se podia contar en aquel tiempo con semejante quietud por estar sujetos en todo instante á seguir el movimiento de la columna; ó fuese porque no se juzgó necesaria esta marca que distinguia á los descendientes de Abraham de todas las naciones del mundo, en aquellas soledades que les tenian separados del resto de los hombres; fuese por lo que quisiese, lo cierto es que mas de dos terceras partes de los hijos de Israel estaban sin circuncidar y fueron circuncidados en este primer campamento de la tierra prometida, que por esta circuncision se llamó *Galgala*.

Pascua. Otro era el de la pascua. Esta solemnidad, grande por su origen, que le traía del sacrificio del cordero pascual al salir el pueblo de

Israel del cautiverio de Egipto, y sin comparacion mas grande porque significaba el sacrificio del cordero celestial para sacar al género humano del cautiverio del demonio; esta solemnidad, repito, principiaba en la tarde del dia catorce del primer mes, y este dia se hallaban los Israelitas en el dicho campamento. Josué la hizo publicar por todas las tiendas y el pueblo oyó el anuncio con gran regocijo. Era la tercera que se celebraba despues de su institucion, y la primera para la mayor parte del pueblo, porque las otras dos se habian celebrado á la salida de Egipto y al pie del Sína cuando la mayor parte de los Israelitas presentes aun no habian nacido. En la dicha tarde se sacrificaron los corderos, uno por familia, y se comieron con los panes ácimos, ó sin levadura, de los que únicamente se usaba en toda la pascua; se ofreció al Señor el manajo de espigas segun la ley; se sacrificaron las hostias pacíficas y los holocaustos, y se celebró la pascua por siete dias.

Cesa de caer el Maná. Lo que hubo de singular en esta celebracion fué: que despues que se ofrecieron las espigas y comenzaron los Israelitas á alimentarse con sus granos y los frutos del pais, el maná, aquel pan del cielo, que les sustentó por cuarenta años en las vastas soledades del desierto y habia continuado cayendo como siempre en rededor de sus diversos campamentos, cesó en esta solemnidad, y ya no volvió Israel á alimentarse con pan llovido del cielo. Con esto el Señor hizo entender á Israel que debia procurarse en adelante su sustento de la tierra prometida que

ya pisaba, y que si su bondad le habia sustentado tantos años con milagros, atendiendo á su necesidad, no trataba de continuarlos cuando la necesidad habia cesado. Tambien entendió Josué que debia principiar luego la conquista, puesto que habia cesado de caer el maná, ó pan del cielo, y que era preciso alimentar ya á su pueblo con pan de la tierra.

Modo de tomar á Jericó Era esta la primera ciudad que se presentaba á su conquista y la mas cercana al campamento, del que distaba poco mas de una legua; pero Jericó era una de las mas populosas ciudades y mas fuertes plazas de la tierra de Canaán. Sus habitantes no dudaban que seria la primera que envistiesen los Israelitas que tenian ya á la vista y casi á sus puertas, y que, si llegaban á tomarla, serian entregados al exterminio como los Amorreos de los reinos de Sehon y Og. Con este conocimiento habian procurado reparar sus muros, aumentar sus fortificaciones y prevenirse de armas y de alimentos. Su guarnicion era numerosa y las poblaciones cercanas habian enviado para aumentarla sus mejores soldados, contando con defender su causa en una ciudad tan guarnecida y fortificada. Asi es que esta conquista pedia toda la atencion de Josué, ya porque era dificil y ya principalmente porque no convenia á la gloria del Señor que el General de Israel se estrellase contra la primera plaza de la tierra prometida. Josué confiaba en las promesas de Dios y no intentaban pelear sino bajo de su proteccion, pero no queria tentarle, y creia de

su deber no omitir nada por su parte para conseguir un buen suceso. A este fin quiso informarse por sí mismo de la situación de la ciudad y de los puntos mas flacos por donde podria acometerla.

Su valor no le permitió llevar escolta consigo á esta averiguación, pero habiendo llegado á las cercanías de Jericó, alzó los ojos y vió en frente de sí un varon puesto en pie y con espada desnuda. Nada le impuso este encuentro, y adelantándose hácia él con paso intrépido ¿eres tú, le dijo, de los nuestros, ó de los enemigos? Ni de unos ni de otros, respondió con tono grave el varon desconocido. Yo soy, añadió, el Príncipe del ejército del Señor. Cayó Josué sobre su rostro en la tierra y adorando á Dios en su ministro, le dijo: ¿qué es lo que mi Señor manda á su siervo? Quitá, le respondió, el calzado de tus pies, porque el lugar en que estás santo es: é hizo Josué como se le mandaba. Lo mismo habia hecho Moisés, su maestro, cuando se acercó á ver la zarza de Horeb que ardia y no se quemaba. Incorporado Josué y prestando la mas respetuosa atención: he ahí, le dijo el ministro del Señor: he ahí que el Señor ha puesto en tu mano á Jericó, á su Rey y á todos sus varones fuertes. Josué al oír esto creyó que Jericó seria investida, asaltada, tomada á viva fuerza y entregada en manos de Israel, como lo habian sido las ciudades cananeas del otro lado del rio; pero no era asi como disponia el Señor entregarla en su poder. Esta conquista habia de ser ente-

ramente extraordinaria y nunca vista ni oida. Dad vuelta á la ciudad una vez al dia, dijo el ángel del Señor á Josué. Asi lo hareis por seis dias, llevando los Sacerdotes las siete trompetas que sirven en el Jubileo é irán tocando delante del arca de la alianza. En el séptimo dareis siete vueltas á la ciudad y los Sacerdotes tocarán las trompetas. Cuando sonare la voz de la trompeta por mas tiempo y mas interrumpidamente, é hiriere en vuestros oídos, entonces clamará todo el pueblo á una en voz muy alta; y he ahí que se arrancarán de sus cimientos los muros de Jericó y caerán destrozados á vuestra vista. Desapareció el Príncipe del ejército del Señor y Josué se volvió á su campamento llevando las noticias del modo de tomar la ciudad, no como él las iba á adquirir por sí mismo, sino como se las habia dado un ángel de orden y á nombre de Dios.

Disposiciones y diligencias para tomar á Jericó. Apenas entró Josué en el campamento, llamó á los Sacerdotes y les comunicó la disposición del Señor. Mandó luego á los Príncipes de las tribus que la comunicasen al pueblo. La mañana del dia siguiente, que era el veinticinco del primer mes, se levantó antes del dia para prevenirlo todo, y se partió del campamento bien temprano y en buen orden. Los soldados armados y mandados por sus oficiales caminaban al frente de sus banderas. Todo el ejército mandado por Josué marchaba en orden de batalla, y era como la vanguardia de esta expedicion extraordinaria. Seguian siete Sacerdotes cada uno con su trom-

meta. A cierta distancia venia sobre los hombros de otros cuatro Sacerdotes el arca del Señor, Dios de los egércitos y de las victorias. A otra distancia del arca seguia el pueblo en todo orden como si fuera un disciplinado egército. Guardaban todos un profundo silencio, y solo se interrumpia por el sonido de las trompetas que tocaban de tiempo en tiempo los siete Sacerdotes y cuyo sonido se dejaba oír por aquellas vastas llanuras. Despues de haber dado con este misterioso aparato una vuelta á la ciudad en bastante distancia de sus muros, se volvieron al campamento colocando los Sacerdotes el arca del Señor en el santuario.

La primera vez que los moradores de Jericó vieron desde sus muros esta especie de procesion militar, creyeron regularmente que los Israelitas solo pretendian hacer una ostentacion de sus fuerzas y asustarles con su muchedumbre; pero cuando por seis dias seguidos vieron esta misma procesion al rededor de sus muros, sin que saliese ni una palabra de su boca, ni una saeta de sus manos; este espectáculo que al principio les pareció misterioso é imponente, vino á parecerles extravagante y ridículo; porque á la verdad, jamás habian oido que se derribasen los muros de las ciudades dando paseos en silencio al rededor de ellas, y tocando de tiempo en tiempo siete trompetas. Sin embargo asi habia de suceder con los de Jericó, segun la palabra del Señor. El dia séptimo de estas procesiones, en parte militares y en parte religiosas,

se estuvo alerta en el campamento desde muy temprano. Juntó Josué á los oficiales del ejército y les previno: que en aquel dia se darian no una, sino siete vueltas á la ciudad en el orden que los anteriores: que en la última seria el sonido de las trompetas mas largo y mas agudo: que entonces cada uno levantase su voz y, uniéndola con las voces de todo el pueblo, diese grandes gritos, porque en aquel momento habian de caer los muros de Jericó: que cada oficial tuviese prevenidos sus soldados con las armas en la mano, y acometiese á la ciudad por la parte que tuviese delante de sí: que todo lo pasasen á filo de espada, asi hombres como bestias sin dejar nada con vida porque todo estaba condenado al exterminio: que se prendiese fuego á la ciudad y todo se entregase á las llamas, excepto el oro, plata, cobre y hierro que se consagraria al Señor y depositaria en el templo: que bien sabian que habia una casa en la ciudad que debia respetarse, que era la de Rahab, en la que no se habia de tocar hasta que su dueña y todos los parientes que se hubiesen refugiado allí, hubiesen salido de ella con todos sus bienes; y en fin, que nada mas se reservase de aquella ciudad condenada al exterminio y al anatema.

Toma de Jericó. Hechas estas prevenciones, se comenzó el movimiento en el mismo orden que los dias anteriores. Los Cananeos, acostumbrados ya á estas vueltas diarias, miraron con indiferencia la primera de este dia, pero cuando las vieron repetir y seguir repitiendo hasta siete veces, de-

bieron entrar en cuidado. Mas como no veían ni avanzar trabajos militares hácia la ciudad, ni acercar máquinas á sus muros, ni hacer la menor preparacion para combatirla y asaltarla, acaso lo miraron todo como la consumacion de una locura. Pero las vueltas cada vez eran mas ceñidas y cercanas á la ciudad y la última tocaba ya con sus muros. Entonces llegó el momento, se aumenta, se alarga, y se hace mas penetrante el sonido de las trompetas. Se oye al mismo tiempo una griteria espantosa en rededor de toda la ciudad, y los muros caen y los soldados armados entran por todas partes y el filo de sus espadas traspasa á todos los habitantes. Nada queda con vida. Desde el Rey hasta el último vasallo, y desde el bucy hasta la última bestia, todo cae, todo espira á los golpes de su acero. Cuando se entraba por todas partes en la ciudad, advirtió Josué á los dos Israelitas que habian sido enviados á ella de exploradores: corred á la casa de Rahab y sacadla con todo lo que es suyo, asi como se lo asegurásteis con juramento. Los exploradores volaron en alas de su agradecimiento, sacaron de ella á Rahab, sus padres, hermanos y parientes con todos sus bienes, y les llevaron al lado del campamento para darles entrada en él, luego que fuesen purificados. Entretanto la ciudad habia sido entregada al fuego y las llamas subian hasta el cielo. Todo fué reducido á carbones y pavesas hasta los cadáveres de sus habitantes y las carnes de las bestias. Solo se reservó el oro, la plata, el cobre y el hierro que fué consagrado para el te-

soro del Señor. Josué en el ardor de su celo por la gloria de Dios, fulminó entonces contra Jericó esta terrible imprecacion. Maldito delante del Señor el varon que levantara y reedificare la ciudad de Jericó. Su primogénito muera cuando echare sus cimientos y perezca el último de sus hijos cuando pusiere sus puertas. Poco tiempo despues de este anatema se edificó otra ciudad con el nombre de Jericó á corta distancia de la que acabó en este dia; pero nadie se atrevió en mas de quinientos años á levantar sobre sus cimientos la que el Señor habia destruido, hasta que en el reinado de Acab, un tal Hiel trató de reedificarla y aunque vió este temerário que al echar los cimientos murió su primogénito Aviran, fué tan obstinado que siguió edificando la ciudad y perdiendo sus hijos, hasta que al poner las puertas murió Segub el último de todos, cumpliéndose todo á la letra como lo habia dicho el Señor por boca de Josué. Purificada Rahab y su parentela segun mandaba la ley, fué conducida con todos los suyos al campamento, donde recibió los parabienes y congratulaciones de todo Israel. Abjuró públicamente con todos sus parientes la idolatría que detestaba hacia tiempo en su corazon y fué incorporada con ellos á los hijos de Abraham, Isaac y Jacob. Casó con uno de los hijos de Israel y tuvo la gloria de dar al pueblo de Dios Reyes de su sangre y padres del Mesías.

La toma de Jericó llevó por todas partes el nombre de Josué y acabó de llenar de espanto á todos los Cananeos que ya estaban aterrados con

la noticia del paso asombroso del Jordán; y si un prevaricador de Israel no hubiese irritado al Señor contra su pueblo, acaso los Cananeos se hubieran acogido á la clemencia del Dios de Abraham como Rahab, su familia y una multitud de prosélitos que venian incorporados ya desde Egipto y se incorporaban continuamente al pueblo escogido; ó al menos, consultando con su existencia, hubieran huido á otros países como los Amorreos del reino de Basán que se salvaron en las alturas del Líbano. Cualquiera de estas resoluciones habria ahorrado á Israel una multitud de batallas y conservado á los idólatras un millon de vidas. Pero un Acán desconcertó estas esperanzas, causó por algunos dias un oprobio en Israel, hizo que corriese la sangre de los hijos de Jacob, animó á sus enemigos para recoger las armas que se les habian caído de las manos, y les empeñó y obstinó en resistir al pueblo del Señor, creyendo que despues de haber sido vencido y derrotado por una de las menores ciudades de Canaán, seria deshecho y reducido á polvo por los numerosos y aguerridos egércitos de los Reyes Cananeos.

Se trata de tomar á Hai. Despues de la ruina de Jericó, determinó Josué la conquista de la ciudad de Hai, situada mas dentro de la tierra de Canaán que la primera y poco distante de ella. Tenia su Rey y sus dependencias, y era mucho menos fuerte que Jericó; pero el delito oculto de un Israelita habia irritado al Señor y permitió que los moradores de Hai, en vez de estremecer-

se y abatirse con el estruendo de la caída de Jericó, se endureciesen y empeñasen en una defensa mas que temeraria. Envió Josué algunos oficiales del ejército á reconocerla, y vistas sus fortificaciones y defensas no les pareció que la ciudad de Hai merecia un sitio formal. Asi lo informaron al General cuando volvieron, añadiendo, que á su entender, bastaria enviar á esta conquista dos ó tres mil hombres escogidos sin necesidad de molestar á todo el ejército.

Se pierde la accion. Convenido Josué con el consejo de sus oficiales, envió tres mil hombres escogidos bajo las órdenes de un gefe de su confianza á la conquista de una ciudad que solo encerraba un puñado de Canancos en unos débiles muros; y en efecto la toma de esta ciudad se habria verificado al primer acometimiento, pero el Dios de las batallas estaba enojado con Israel y no sostuvo á sus soldados; asi es que los defensores de Hai hicieron una salida y atropellaron á los Israelitas, llevándolos de batida hasta el valle que se llamó de Sabarin, que significa rompimientos, por haber sido rotos en él los escuadrones de Israel.

Consulta Josué al Señor sobre esta desgracia. La humillacion que causó á Israel esta derrota fué sin comparacion mas considerable que su pérdida. Treinta y seis hombres muertos y algunos heridos nada significaban en un ejército de seiscientos mil combatientes, y á los ojos de la prudencia humana el desquite estaba en su mano: pero en el campamento del pueblo de Israel

se pensaba de otro modo. Se creyó desde luego que haber sido abatidos por los incircuncisos significaba el estar desamparados de Dios, y esto consternó al pueblo y liquidó su corazón como el agua, dice el sagrado testo. El general quedó traspasado de pena y su espíritu se sintió ocupado de las mas inquietas reflexiones. No se detuvo en reprender ni al oficial ni al soldado, porque se persuadió á que no lo merecian. Lleno de fé, tanto sobre las amenazas como sobre las promesas del Señor, fué á buscar el remedio de este mal en donde creía hallarle. Rasgó sus vestiduras, cubrió de ceniza su cabeza, y fué á postrarse en la presencia del arca santa, acompañado de los Príncipes y ancianos de Israel, que rasgaron tambien sus vestidos y cubrieron sus cabezas de ceniza. En esta humilde y afflictiva postura se atrevió Josué á dirigir al Señor sus respetuosas quejas, diciendo: ¡ Ah Señor, Dios! ¡ Dios y Señor mio! ¡ Qué diré viendo á Israel volver la espalda á vuestros enemigos! Lo oirán los Cananeos y todos los habitantes de la tierra, y unidos nos cercarán y borrarán nuestro nombre de la tierra. ¿ Y qué hareis de vuestro grande nombre?

El Señor le descubre el motivo. Ha pecado Israel, dijo el Señor. Se ha traspasado mi pacto. Se ha tomado del anatema. Se ha robado y escondido el robo. No podrá Israel mantenerse firme delante de sus enemigos y huirá de ellos por haberse contaminado con el anatema. No estaré mas con vosotros hasta que destruyais el reo de esa maldad. Deja de estar postrado. Levántate.

Santifica á los hijos de Israel y diles: estad santificados para mañana, porque esto dice el Señor, Anatema hay en medio de tí ¡oh Israel! No podrás subsistir delante de tus enemigos hasta que sea quitado de en medio de tí el que se ha contaminado con esta maldad. Mañana os presentareis cada uno por vuestras tribus, y la tribu sobre que cayere la suerte, se presentará por sus parentelas, y cada parentela por sus casas, y cada casa por sus personas; y el que se averiguare que es reo de esta maldad, será quemado con todo lo que tenga; porque ha traspasado el pacto del Señor y hecho la maldad en Israel.

El castigo era severo, pero se tuvo por una gran piedad del cielo que el Señor quisiese romper el silencio, declarar el motivo de su enojo y su retiro, y salvar á costa de una sola familia la nacion entera, pues desamparada del Señor habria perecido indudablemente en medio de tantos y tan poderosos enemigos. Josué, los Príncipes de las tribus y los ancianos se levantaron de delante del arca y juntando á los hijos de Israel en aquella tarde, les dijeron: estad purificados para mañana porque esto dice el Señor: anatema hay en medio de tí ¡oh Israel! y no podrás subsistir delante de tus enemigos hasta que sea quitado de en medio de tí el que se ha contaminado con esta maldad. Mañana os presentareis cada uno por vuestras tribus, y aquel sobre quien cayere la suerte será quemado con todo lo que tenga. En esta ocasion se usó de la suerte, pero fué por orden expresa del Señor, porque no se puede usar

de ella para descubrir el autor del hurto ni de cualquiera otro delito.

Se averigua por la suerte que Acán es el motivo de esta desgracia. Levantándose, pues, Josué de mañana, hizo que se presentase el pueblo por orden de sus tribus, se echó la suerte y cayó sobre la tribu de Judá, y presentada esta por el orden de sus familias, cayó sobre la familia de Zaré, y presentada también esta por el orden de sus casas, cayó sobre la casa de Zabdi, y tomando separados á los hombres de esta casa, uno á uno, cayó sobre Acán. Y dijo Josué á Acán. Hijo mio, dá gloria al Señor, Dios de Israel, y confiesa y manifiéstame lo que has hecho; no lo encubras. Entonces dijo Acán á Josué: verdaderamente yo he pecado contra el Señor, Dios de Israel. Vi entre los despojos una capa de grana muy buena y doscientos siclos de plata, y una barra de oro de cincuenta siclos, y codicioso lo tomé y enterré en medio de mi tienda. Josué entonces envió ministros, los cuales corriendo á la tienda de Acán lo hallaron todo escondido en aquel mismo lugar y juntamente el dinero, y sacándolo de la tienda lo llevaron á Josué y á todos los hijos de Israel, y lo arrojaron delante del Señor.

Castigo de Acán. Josué, pues, y con él todo Israel, tomando á Acán, el dinero, la capa y la barra de oro, sus hijos é hijas, sus bueyes y asnos, sus ovejas, la misma tienda y todo cuanto encerraba, lo llevaron al valle de Acor donde dijo Josué á Acán: por cuanto nos has perturbado, el Señor te confunda en este día. Apedreole allí todo Israel y fué consumido de las llamas con

todo cuanto le pertenecía, y echaron sobre aquel lugar un gran monton de piedras, que se miraban allí mucho tiempo despues como un monumento de la justicia de Dios; y con esto cesó su divino enojo. Por la turbacion que causó Acán en el pueblo de Israel, se llamó aquel sitio: *valle de Acor*.

Toma de Hai. Aplacada asi la ira del Señor y reparada su gloria: dijo á Josué: toma contigo la multitud de los combatientes y sube á la ciudad de Hai. En tus manos he puesto al Rey, al pueblo, la ciudad y la tierra, y tratarás á la ciudad de Hai y á su Rey como trataste á Jericó y á su Rey; pero aqui repartireis entre vosotros la presa y todos los animales. Levantóse, pues, Josué y con él todo el egército para subir contra Hai. Envió de noche treinta mil hombres escogidos y valientes para que se emboscasen á espaldas de la ciudad, advirtiéndoles que no se alejasen mucho de ella y que estuviesen prevenidos; que él con toda la gente que tenia consigo se acercaria á la ciudad por la parte opuesta, y cuando salgan, dijo, contra nosotros, volveremos la espalda y huiremos hasta que persiguiéndonos se alejen mucho de la ciudad, y mientras que nosotros vamos huyendo y ellos siguiéndonos el alcance, saldreis vosotros de la emboscada, y el Señor, vuestro Dios, pondrá en vuestras manos la ciudad, y luego que hubiéreis entrado en ella incendiad lo necesario para que se vea de lejos el fuego. Con esto los despachó y ellos fueron á emboscarse al lado occidental de Hai.

Josué se quedó aquella noche en medio del

egército, y levantándose de madrugada pasó revista y emprendió el movimiento puesto al frente de las tropas acompañado de los ancianos y precedido de una guardia de buenos soldados. Habiendo llegado cerca de Hai, hizo alto en el lado septentrional de la ciudad, teniendo un valle de por medio. Había escogido otros cinco mil hombres y les había mandado emboscar entre Betel y Hai. El resto del egército marchaba formado en batalla hácia el septentrion y acampó aquella noche en medio del valle. Cuando el Rey de Hai le vió por la mañana, se apresuró á salir de la ciudad con todas sus tropas sin saber que dejaba enemigos á la espalda. Josué y todo Israel fueron cediendo el terreno manifestando miedo y retirandose por el camino del desierto. Viendo esto el egército de Hai, alzó el grito y animándose unos á otros los soldados; les fueron persiguiendo y alejándose de la ciudad, sin que hubiese quedado en ella ni un solo soldado que no saliese á perseguir á Israel. Entonces dijo el Señor á Josué: alza el broquel que tienes en la mano hácia la ciudad de Hai porque te la entregaré. Y habiendo alzado Josué el broquel hácia la ciudad, salieron al momento los que estaban emboscados y corriendo á ella la tomaron é incendiaron en el modo que se les había prevenido. Viendo los de Hai el humo que subia de su ciudad conocieron que había sido tomada é incendiada. Quisieron volverse á socorrerla, pero ya no hubo lugar. A un tiempo se hallaron acometidos por la espalda de los que habían incendiado la ciudad y cargados de frente por todo el egér-

cito de Israel que, volviendo caras, se arrojó sobre ellos con furor y les hizo trozos, sin que se salvase ni un solo soldado. Entraron en la ciudad y la entregaron al filo de la espada; y todos los que murieron en este día fueron doce mil. Josué, como otro Moisés, no bajó la mano con que tenia alzado el broquel hasta que fueron muertos todos los habitantes de Hai. Despues de la mortandad se entró en el saqueo de la ciudad. Se tomaron todas sus riquezas, se recogieron todos sus ganados y se sacó de ella todo el botin para repartirle, como lo habia mandado el Señor á Josué. Luego se pegó fuego á la ciudad por todas partes y en poco tiempo quedó reducida á un vasto cementerio.

Mandato de Moisés. No fué solo la cercania al campamento de Galgala quien empeñó á Josué en la toma de Hai. Habia tambien un motivo de fidelidad y religion para hacer esta conquista. Dejó mandado Moisés á los hijos de Israel, que pasado el Jordán, erigiesen en el monte Hebal, contiguo al de Garizin, un altar de peñas sin labrar, y ofreciesen sobre él víctimas y holocaustos: que grabasen en las peñas que le forman los mandamientos de la ley, y que, colocadas seis tribus sobre el monte Garizin, bendijesen á los que los guardasen, y otras seis sobre el monte Hebal maldijesen á los que los quebrantasen. La conquista de Hai abrió el camino de estos dos montes sobre los cuales debian hallarse todos los hijos de Israel, hombres y mugeres, ancianos y niños y tambien los extranjeros y prosélitos para oír las palabras de la ley, ratificar el tratado de

la alianza del pueblo con Dios y confirmar de un modo solemne é imponente las bendiciones de los que guardasen la ley, y las maldiciones de los que la quebrantasen, y este encargo del santo maestro es el que trata de cumplir ahora su fiel discípulo.

Bendiciones á los que guardan la ley de Dios y maldiciones á los que la quebrantan. Convertida en ruinas la ciudad de Hai, pasaron toda la multitud de los hijos de Israel y todos los extranjeros y los prosélitos á las llanuras que rodeaban los famosos montes de Hebal y Garizin; edificaron en el monte Hebal el altar que habia mandado Moises; ofrecieron sobre él holocáustos; sacrificaron víctimas pacíficas, y celebraron un banquete religioso. Escribieron á punta de buril ó punzon en las peñas, que formaban el altar, los diez mandamientos de la ley. Todo el pueblo, los ancianos, los Príncipes de las tribus, los Jueces... todos, asi naturales como extranjeros estaban en pie á uno y otro lado del arca de la alianza del Señor, en presencia de los Sacerdotes que la tenían sobre sus hombros. Concluida la escritura subió al monte Garizin la mitad de las doce tribus, y fueron Simeon, Leví, Judá, Isacar, José y Benjamín. Estas seis tribus, que eran las más ilustres porque descendian de Raquel y Lia mugeres libres de Jacob, fueron destinadas á confirmar sobre el monte Garizin, que era muy fértil y ameno, las bendiciones que se echasen á los que cumpliesen la ley. Al mismo tiempo subió al monte Hebal la otra mitad de las doce tribus, y fueron Rubén, Gad, Asér, Zabulón, Dan y Néphe

tali. Rubén descendía de Lia y era el primogénito, pero había perdido la primogenitura por su delito de incesto. También descendía Zabulón de Lia, mas era el séptimo de las mugeres libres, y no cupo en el número de la primera mitad de las tribus. Los otros cuatro descendían de Bala y Zelfa, criadas de Raquel y Lia, y estas seis tribus fueron destinadas á confirmar sobre el monte Hebal, que era escabroso y peñascoso, las maldiciones que se echasen á los que no cumpliesen la ley. El arca de la alianza reposaba en el valle que dividía á los dos montes, rodeada de los Sacerdotes y Levitas, y los dos montes estaban cubiertos de dos millones de Israelitas. En medio de este asombroso espectáculo se oyó la voz sonora y robusta de los Sacerdotes y Levitas que decía.

Bendiciones. ¡O Israel! Si oyes la voz del Señor, tu Dios, para cumplir todos sus mandamientos, el Señor te ensalzará sobre todas las gentes que ocupan la tierra; y las tribus que estaban sobre el monte Garizin respondieron á un tiempo, y con una voz que estremeció los cerros y resonó por los valles. *Amen. Asi sean premiados los amigos de Dios que cumplan su santa ley.* Y vendrán sobre tí, continuaron los Sacerdotes y Levitas, todas estas bendiciones con tal que escuches y cumplas sus mandamientos; y las tribus respondieron. *Amen.* Y serás bendito en la ciudad y bendito fuera de ella. *Amen.* Y será bendito el fruto de tu vientre y el fruto de tus tierras y el fruto de tus bestias y las manadas de tus vacas y los apriscos de tus ovejas. Y

serán benditos tus graneros y benditos tus so-
brantes. *Amen.* Y serás tu bendito cuando en-
trares y salieres y en todos tus pasos. *Amen.*
Y hará el Señor que caigan delante de tí
los enemigos que se levanten contra tí; por un
camino vendrán y por siete huirán de tu presen-
cia. *Amen.* Enviará el Señor bendición sobre
tus cillas y sobre todas las obras de tus ma-
nos, y te bendecirá en la tierra que recibie-
res. *Amen.* Te levantará el Señor como un pue-
blo santo para sí, según te lo ha jurado, si
guardáres los mandamientos del Señor, tu Dios.
Amen. Y verán todos los pueblos de la tier-
ra que ha sido invocado sobre tí el nombre
del Señor, y te temerán. *Amen.* Te hará el Se-
ñor abundar en todos los bienes; en el fruto
de tu vientre, en el fruto de tus bestias, y en
el fruto de la tierra, que juró el Señor á tus
padres, que les daría. *Amen.* Abrirá el Señor
los tesoros del cielo para que den lluvias á tu
tierra al tiempo conveniente y bendecirá todos
los trabajos de tus manos; y darás prestado á
muchas gentes, y tú de nadie tomarás prestado.
Amen. Y el Señor te pondrá por cabeza y no
por pie, con tal que obedezcas los mandamien-
tos del Señor, tu Dios, y los guardes y cumplas,
y no te desvies de ellos, ni á la diestra, ni á la
sinistra, ni sigas dioses ajenos, ni les des cul-
to. *Amen.*

Maldiciones. Pero si no quieres escuchar la
voz del Señor, tu Dios, continuaron los Sacerdo-
tes y Levitas, para guardar y cumplir todos sus
mandamientos y ceremonias, vendrán sobre tí y

te alcanzarán todas estas maldiciones. Serás maldito en la ciudad y maldito fuera de ella; y respondieron las tribus que ocupaban el monte Hebal á un tiempo y con la misma voz. *Amen. Asi sean castigados los enemigos de Dios que no cumplan su ley santa.* Será maldito tu granero, continuaron los Sacerdotes y Levitas, y malditos tus sobrantes, y respondieron las tribus. *Amen.* Y será maldito el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra y las manadas de tus vacas y los rebaños de tus ovejas. *Amen.* Y serás maldito cuando entrases y cuando salieres, y el Señor enviará sobre tí hambre y ánsia por comer y maldicion sobre todas las obras que hicieres hasta que te muela y pierda á causa de tus malísimas invenciones por las que le abandonaste. *Amen.* El Señor te herirá con miseria, calentura, frio, ardor, bochorno y aire corrompido y te perseguirá hasta que perezcas. *Amen.* Y se volverá de bronce el cielo que está sobre tí, y de hierro la tierra que pisas. Y dará el Señor á tu tierra polvo en vez de lluvia, y descenderá del cielo ceniza sobre tí hasta que seas consumido, y hará que caigas delante de tus enemigos. *Amen.* Salgas por un camino contra ellos y huyas por siete, y seas dispersado por todos los reinos de la tierra. Hiérate el Señor con locura, ceguera y frenesí; y andes á tientas en medio del dia como el ciego en sus tinieblas, y no aciertes con tus caminos. Tengas en todo tiempo calumnias que sufrir. Seas oprimido con la violencia y no tengas quien te libre. *Amen.* Y tomes muger y otro la posea, y fabriques casa y no la

habites. Plantes viñas y no las vendimies. Sea degollado tu buey delante de tí y no comas de él. A tus ojos sea robado tu asno y no te le vuelvan. Sean dadas tus ovejas á tus enemigos y no haya quien te ayude á rescatarlas. Sean entregados tus hijos y tus hijas á otro pueblo, viéndolos tus ojos y desfalleciendo de mirarlos todo el dia, y no haya fuerza en tu mano para librarlos. Un pueblo á quien no conoces, coma los frutos de tu tierra y todos tus afanes. *Amen.* El extranjero, que vive contigo en la tierra, subirá y estará muy alto y tú descenderás y quedarás muy bajo. Él estará por cabeza y tú por pie y habrá en tí señales y prodigios y en tu descendencia para siempre, por cuanto no serviste al Señor, tu Dios, con gozo y alegría del corazon en la abundancia de todas las cosas. *Amen.* El Señor te llevará á tí y al Rey que establecieres sobre tí á una gente que no conoces tú, ni conocieron tus padres, y servirás allí á Dioses agenos, á los palos y á las piedras. Serás el proverbio de la burla y la befa de los pueblos á donde el Señor te llevará. *Amen.* Y vendrán sobre tí y te perseguirán y alcanzarán todas estas maldiciones hasta que perezcas, por cuanto no oiste la voz del Señor, tu Dios, ni guardaste los preceptos y ceremonias que te mandó. *Amen.* Servirás á tu enemigo, que el Señor enviará contra tí, con hambre y con sed y con desnudez y con todo género de miserias, y pondrá un yugo de hierro sobre tu cerviz hasta que te acabe, sino guardáres y cumplieres todas las palabras de esta ley que están escritas en este libro, y te-

mieres el nombre glorioso y terrible del Señor, tu Dios. *Amen.*

Todas estas bendiciones y maldiciones que hemos referido en compendio, habian sido pronunciadas estensamente por Moisés en las campiñas de Moab, y ahora lo fueron en estos famosos montes, en cumplimiento de lo que el santo Legislador habia encargado de orden del Señor á Israel. Nada mas apropósito que este espectáculo para mantener al pueblo en el cumplimiento de su ley santa. Grabada en las peñas de un altar que debian resistir á las destrucciones de los siglos; colmados de bendiciones sus fieles observadores por un millon de voces que las pedian al cielo; cargados de maldiciones sus atrevidos infractores por otro millon de voces que tambien las imploraban de la justicia divina; testigos todos los hijos de Israel de la publicacion de tantas y tan preciosas bendiciones y de tantas y tan terribles maldiciones; actores y espectadores al mismo tiempo de esta imponente escena; fijos é inmóbles para ser testigos hasta la consumacion de los siglos aquellos empinados montes sobre cuya cima se habia dado un solemne *Amen* á todas las bendiciones, y otro solemne *Amen* á todas las maldiciones... ¿Podia darse un monumento mas poderoso para conservar en todos tiempos y en todas partes el pacto, las promesas y los juramentos que habian hecho los hijos de Israel de ser fieles al Señor y formar en aquella tierra, tantas veces prometida á sus padres, un pueblo santo que preparase la venida y recibiese en su seno al Santo de los Santos, al Santo hijo de Dios humanado?

Pues sin embargo, los hijos de Israel no correspondieron á estos cuidados del cielo como veremos en la continuacion de esta historia. Concluido, en fin, este famoso espectáculo, todo Israel se volvió acompañando al arca del Señor á su campamento de Gálgala, sin que ni uno solo, de cuantos enemigos le observaban por todas partes, se hubiese atrevido á turbar su solemnidad, ni aun á respirar, por decirlo así, en su presencia y á su vista.

Liga de los Cananeos contra Israel. La toma y la destruccion de los reinos de Hesebón y de Basan; el paso milagroso del Jordán; la repentina caída de los muros de Jericó y su exterminio, y la segunda embestida de Hai y su reduccion á escombros y cenizas, tenian puesta á cada una de las naciones de Canaán en silencio y en espanto, y no era mucho que no les hubiesen inquietado en su famosa expedicion á los montes de Hebal y Garisim, internados algunas leguas en el pais. Sin embargo, como los Cananeos eran gentes valerosas y aguerridas, creyeron que si cada reino, obrando por sí solo, no podría resistir á Israel, sin duda le resistirian, le vencerian y le aniquilarian, obrando todos reunidos. Con esta idea y esperanza se citaron mutuamente, se reunieron, y convinieron en hacer causa comun contra el enemigo comun. No se sabe el punto fijo donde tuvieron su junta; pero sí que concurrieron á ella de la parte del mediodia, donde reinaban los Jebuseos, Amorreos y Heteos; de la del occidente y riberas del mar grande, ocupadas por los Sidónios y Filisteos; y de las del norte y tierras vecinas al

monte Libano, donde se habian establecido parte de los Cananeos. Todas estas naciones se convinieron con estrecha union y ánimo decidido, en hacer la guerra al pueblo de Israel. Y con esto se reanimaron del abatimiento que les habian causado los primeros sucesos de los extranjeros. Reflexionaron, ademas, que estos no eran invencibles, como lo probaba la derrota que habian sufrido delante de la pequeña ciudad de Hai, y se gloriaron de que Israel seria destrozado por un millon de soldados valerosos, que componian las tropas de tantos Reyes reunidos. Con esta satisfaccion se separaron de la junta, y fueron cada uno á preparar su ejército para emprender la campaña, luego que apuntase la primavera, que era el tiempo de la guerra en aquellos paises. Acaso Josué no tuvo noticia de esta liga que se formaba contra él, y si la tuvo, no le puso en cuidado, puesto que ningunas disposiciones tomó para deshacerla.

Gabaonitas. Pero mientras que tantos Reyes y naciones se preparaban para una guerra, que los portentos declaraban temeraria, los Cananeos de una ciudad populosa y los de otras tres de su dependencia buscaban con diligencia los medios de librarse del terrible golpe que amenazaba á toda aquella tierra. Estos prudentes Cananeos eran los habitantes de Gabaon, ciudad grande, bien poblada, mucho mas fuerte que Hai, y distante de ella unas cinco leguas. Era capital de un pequeño pais donde habia otras tres ciudades que dependian de ella. Los habitantes de estas cuatro ciudades temidos por su valor y destreza en el

arte de la guerra, no enviaron representantes á la junta general, sino que tomaron para sí determinaciones separadas y mas saludables, porque discurren sobre mejores principios.

Su extratagema. Despues de la toma de Jericó, y aun mas, despues de la de Hai, eran ellos los primeros á quienes amenazaba la tempestad. El medio de librarse de ella ocupaba todos los ánimos, porque sino le hallaban era inevitable su ruina. Ellos sabian que el Dios de los Hebreos habia prometido la tierra de Canaán á los hijos de Israel, y que estos tenian orden de exterminar de ella todos sus habitantes para quedar sus únicos poseedores. Discurriendo, ademas, sobre la multitud de maravillas que se obraban hacia mas de cuarenta años en favor de este pueblo privilegiado, y particularmente sobre las que acababan de suceder á su vista, vinieron á concluir que el Dios de los Hebreos era el Dios omnipotente, y que seria una locura querer combatir contra un pueblo que tenia por protector y defensor á un Dios Todo-poderoso.

Pero ¿cuál era el partido que se debia tomar? Esto era lo que ellos no sabian. Tratar de defenderse era tratar de perderse; rendirse era entregarse á la muerte, porque Josué á ningun Cananeo habia dejado hasta entonces con vida, si se esceptuaba Rahab y su familia; quedar neutrales no se les permitia; unirse á Israel les estaba prohibido; abrazar la religion del Dios verdadero, á lo que se hallaban ya tan dispuestos, haria creer que era valerse de ella para salir del peligro y luego abandonarla; huir á otros reinos les era ya

como imposible en su situacion, y además se resistia á una gente que deseaba vivir en la tierra en que se iba á adorar al Dios verdadero. En medio de tantas dificultades y sin acertar con el camino para salir de ellas, les ocurrió un ardid ó estratagema, que todos aprobaron y resolvieron poner en egecucion.

Consistia en ver como podian sorprender á Israel y deslumbrarle. Escogieron para esto un número de aquellos hombres que les parecieron mas avisados, sagaces y prudentes, y les dijeron: que tomasen cierto número de bestias y cargasen sobre ellas sacos viejos y rotos con panes muy añejos, pedazos de panes, mendrugos muy duros y pellejos con vino muy usados y recosidos, y que sus vestidos y calzados estuviesen remendados para manifestar en todo que traían muchos dias de camino: que con este traje y equipaje se presentasen á Josué, General de los Hebreos, y le hablasen como embajadores de una nacion estrangera y muy lejana, que instruida del poder del Dios de Israel y de las maravillas que obraba con su pueblo, queria hacer alianza con él y los enviaba á pedir su amistad; y en fin, que procurásen disponer de tan buen modo al General y su consejo, que obtuviesen un tratado de recíproca amistad, ratificado con los juramentos acostumbrados. Ellos, les añadieron, no podrán tardar en saber quienes somos nosotros; pero una vez que consigamos que juren por el Dios verdadero á quien adoran, nuestras vidas, á lo menos, quedarán seguras.

Preparados los Diputados de todo lo conve-

niente á la representacion de embajadores de una nacion muy distante, emprendieron su viaje y como estaban tan cerca llegaron en pocas horas al campo de Gálgala. Se presentaron á Josué y juntamente á todo Israel y dijeron: nosotros venimos de una tierra distante con el deseo de hacer paz con vosotros. Tal y tan breve fué su propuesta. Mas los hijos de Israel desde luego entraron en sospecha y les dijeron: ¿No sea que habiteis en la tierra que se nos debe por suerte y no podamos hacer alianza con vosotros? Pero ellos, dirigiéndose á Josué, le dijeron: siervos tuyos somos. Entonces les preguntó Josué ¿quiénes sois vosotros? De una tierra muy distante, respondieron, han venido tus siervos en el nombre del Señor, tú Dios, porque oimos la fama de su poder y todo lo que hizo en Egipto, y con los dos Reyes de los Amorreos que estaban á la otra parte del Jordán, Sehon Rey de Hesebon y Og Rey de Basán; y nos digeron los ancianos y los habitantes de nuestra tierra; tomad con vosotros provisiones para un viaje muy largo, é id al encuentro de ese pueblo y decidles: siervos vuestros somos: haced alianza con nosotros. Ved los panes que tomamos calientes de nuestras casas para venir á vosotros, como se han secado ya, y desmenuzado por muy añejos. Estos pellejos que llenamos de vino eran nuevos y estan ya rotos y trizados. Las ropas que vestimos y los zapatos que calzamos se han gastado y casi deshecho en un camino tan largo. Ya lo veis. Asi concluyeron los desconocidos su relacion.

Tanta sinceridad manifestaron estos hombres

en su discurso, que se juzgó exceso de desconfianza no admitirles á su amistad. No obstante se registraron sus provisiones, y todo se halló conforme con la relacion que habian hecho, y Josué, que cuidaba tanto de consultar al Señor en los asuntos graves, como era este, se halló tan satisfecho de su esplicacion y estado de sus provisiones, que no le quedó la menor duda, y creyó importuna la consulta. En consecuencia el General hizo la paz con ellos, y establecida la alianza, les dió palabra jurada de no quitarles la vida, y lo mismo les juraron los Príncipes del pueblo. Entonces los Gabaonitas se volvieron muy contentos á llevar á sus gentes la noticia de su feliz negociacion.

Se descubre el engaño. Pero tres dias despues de concluido el tratado se supo que los desconocidos, que se habian presentado, como gentes de unas tierras muy lejanas, eran Cananeos, y de los mas cercanos al campamento. Todo Israel quedó sorprendido con esta noticia, y particularmente Josué y los Príncipes de las tribus, que temieron con razon haber dado un paso de malas consecuencias, prometiéndole la vida hasta con juramento á unas gentes que estaban comprendidas en el exterminio general. Inquieto Josué con este temor, quiso averiguar por sí mismo toda la extension de su engaño, y ver si habia algun modo de reparar sus consecuencias ó aminorarlas. Tomó consigo un fuerte destacamento, y acompañado de los Príncipes de las tribus y gefes del ejército, se dirigió á las ciudades de los Gabaonitas. A su llegada se les abrieron por to-

das partes las puertas, y halló, así en la ciudad de Gabaon, como en las de Cafira, Berot y Cariatarin, que dependian de ella, toda la sumision que podia desear; y con esto calmaron en parte sus inquietudes. Sin embargo murmuraba el vulgo porque no se quitaba la vida á estos Cananeos, y ni aun se les tocaba en nada. Lo advirtió Josué y los Príncipes de las tribus; pero se estuvieron firmes y prohibieron de nuevo que se usase de la menor violencia con unas gentes que estaban bajo la salvaguardia de los mas solemnes juramentos. Se lo hemos jurado en nombre del Señor, Dios de Israel, dijeron á la multitud, y no podemos tocarles. Dejaremos que vivan para que no venga sobre nosotros la ira del Señor si somos perjuros; pero ved aqui lo que haremos. Vivirán entre nosotros, mas con la obligacion de proveer de leña y agua á todo el pueblo.

Entonces Josué llamó á los Gabaonitas y les dijo: ¿porqué tratasteis de engañarnos con este fraude, diciendo: habitamos muy lejos de vosotros, siendo así que estais en medio de nosotros? ¿Qué queriais que hiciesen vuestros siervos? respondieron los ancianos de Gabaon. Se nos habia dicho que el Señor, tu Dios, habia prometido á su siervo Moisés que os entregaria toda esta tierra y que destruiria todos los que la habitamos. Esta noticia nos hizo temer mucho, y obligados del terror que nos causaba vuestra cercania, tomamos este partido para salvar nuestras vidas. Mas aqui estamos á tu disposicion. Haz de nosotros lo que te pareciere bueno y justo. Hizo, pues, Josué lo que habia determinado, y les destinó

á que sirviesen al pueblo y al altar del Señor, cortando leña y acarreando agua para el gasto. Con esta determinacion cesó la murmuracion y les libró Josué de las manos de los hijos de Israel que querian quitarles la vida.

Guerra de los Amorreos á los Gabaonitas. Estaba tan cercana á Jerusalem la ciudad de Gabaon, que, habiendo adquirido esta plaza los Israelitas por la sumision de sus habitantes, tenian abierto el camino para aquella famosa capital, y nada habia que pudiese detenerles, si intentaban conquistarla. Por otra parte el egemplo que habian dado los Gabaonitas era muy pernicioso al designio que tenian los Reyes de Canaán de unir todas sus fuerzas para destruir á Israel en la próxima campaña. Tambien era de temer que siguiesen otros estados el egemplo de someterse á los Israelitas y que con esto se deshiciese la liga que tenian formada. Poseido de estos temores Adonisedec, Rey de Jerusalem, y no atreviéndose á esperar á los Israelitas, ni á declararles la guerra hasta que se le reuniesen los demas Reyes, determinó cerrarles el paso tomando á Gabaon, y castigar al mismo tiempo á los Gabaonitas por haberse sometido á Israel y héchose de su partido. Era Gabaon una de las plazas mas fuertes de Canaán y sus soldados muy valientes. Con este conocimiento y para asegurar el golpe, envió Adonisedec embajadores á los Reyes de Hebron, Jerimot, Laquis y Eglon, sus vecinos por la parte del mediodia, para que le ayudasen con sus tropas en la toma de Gabaon. Luego acudieron á Jerusalem estos cuatro Reyes y reunieron sus

tropas con las de Adonisedec. Sabiendo que Josué se había vuelto á su campamento de Gálgala, se dirigieron á Gabaon y le cercaron y estrecharon, batiéndola con todas sus fuerzas.

Los Gabaonitas piden socorro á Josue. Entonces los Gabaonitas, viendose estrechados, pidieron socorro á Josué, diciéndole: que se habian unido contra ellos todos los Reyes de los Amorreos que habitaban en las montañas del mediodia, y que no podian por sí solos resistir á tantas fuerzas: que no les desamparase en su peligro, sino que acudiese prontamente á librarles de sus manos. Josué lleno de deseos de habérselas con los enemigos de Dios, y de salvar á sus nuevos súbditos, tomó luego sus disposiciones; pero escarmentado del engaño que acababa de sufrir por no haber consultado al Señor, fué este su primer paso, y el Señor le dijo: no les temas, porque los he entregado en tus manos. Ninguno podrá resistirte.

Josué derrota á los Amorreos. Entonces Josué subió de Gálgala con todo su ejército de combatientes, hombres muy valientes, y habiendo caminado toda la noche, se arrojó de improviso al amanecer sobre los cinco Reyes, que desordenados por el Señor á la vista de los Israelitas, hicieron estos grande estrago en ellos antes que pudiesen huir hácia Beteron y llegar á Azeca y Maceda, plazas fuertes donde esperaban rehacerse y defenderse. Quedó una multitud en rededor de Gabaon pasada por el filo de la espada del ejército de Israel, que les seguia acuchillando en la subida y bajada de Beteron hasta Azeca y Maceda; pero les perseguia al mismo tiempo otro

vengador de sus crímenes infinitamente mas poderoso. Era la justicia de Dios que desde que bajaron de Beteron arrojaba sobre ellos peñas muy duras de granizo, siguiéndoles esta terrible lluvia hasta Azeca que estaba mas de cuatro leguas de Beteron. Era nada el destrozo que causaba el acero de los Israelitas comparado con el estrago que hacia la espantosa lluvia de piedras que caian sobre ellos. Mas como un egército tan numeroso, cual era el de cinco Reyes reunidos, se habia derramado en su huída por todas partes, aun quedaban cuerpos á los que no habia tocado ni el pedrisco ni la espada, y Josué deseaba concluir con este numeroso egército en aquel dia.

Se paran el Sol y la Luna por mandado de Josué. Con este deseo y ánsia levantó los ojos al cielo, y le dió una orden que solo Dios podia inspirar y solo Dios podia cumplir. Mandó al Sol que se parase sobre Gabaon, y á la Luna que se detuviese sobre el valle de Ayalón, y el Sol y la Luna se pararon sobre Gabaon y Ayalón. En medio del cielo se detuvo el Sol, dice el libro de los justos, y no caminó á ponerse por el espacio de un dia, no hubo antes ni despues dia tan largo, haciendo Dios lo que deseaba el hombre, y peleando por Israel. Josué tenia tanta fé y tanta confianza en el Señor que contó con ser obedecido de los astros, mas cuando vió el Sol y la Luna parados, tambien él quedó parado y estático admirando la mano del Omnipotente que detenia el curso de los cielos á su voz, y adorando aquella bondad inmensa que se dignaba oír la voz de

un hombre, y obrar un prodigio inaudito en favor de su pueblo. Pero vinieron á sacarle de su dulce enagenamiento con la noticia de que los cinco Reyes habian sido hallados en la cueva de Maceda, donde se habian escondido. Entonces el General que veía parado el Sol por su mandato, no quiso perder ni un solo momento del tiempo milagroso que se le concedia para acabar con sus enemigos, y mandando rodar grandes peñas sobre la boca de la cueva, y poner una guardia al rededor de ella, animó á todos los cuerpos del ejército á que continuasen sin descanso la persecucion de los que huían por todas partes. Seguid, les dijo, á los enemigos; matad á los que alcanceis, y no dejéis entrar á guarecerse en sus ciudades á los que el Señor ha puesto en vuestras manos. Hicieron, pues, todos los cuerpos del ejército en aquel milagroso dia tan grande matanza en los enemigos, que fueron muy pocos los que quedaron con vida y pudieron refugiarse en las ciudades fortificadas. El Sol se estuvo parado y esperando, por decirlo así, á que concluyesen la victoria para bajar á su ocaso, y los cuerpos volvieron á dormir al campamento de Maceda, donde estaba Josué, sin haber perdido ni un soldado. Asombra que en tantos encuentros, tantas embestidas, tantos combates y tantas batallas dadas en aquel dia, no faltó del ejército ni un solo soldado, ni tampoco entró en el campo ni un solo herido. El Dios de los ejércitos que daba la victoria á su pueblo con prodigios que jamás se habian oido, no quiso que le costase ni una sola gota de su sangre.

Sigue la conquista del mediodia de Canaán.
 Habiendo descansado aquella noche el ejército, Josué persuadido á que debía aprovecharse de la consternacion en que se hallaba todo el mediodia de la tierra de Canaán, para hacer la conquista de ella con facilidad y prontitud, la emprendió la mañana siguiente, dando principio por el castigo de los cinco Reyes que se hallaban encerrados y custodiados en la cueva de Maceda. Les mandó sacar, quitar la vida y colgar en cinco maderos donde estuvieron todo el dia hasta ponerse el Sol, que los mandó descolgar, arrojar en la cueva donde fueron hallados, y cerrar la entrada con grandes peñas que se veían allí despues de muchos años.

Josué usaba de este rigor para aterrar á sus enemigos, y obligarles á que, ó dejasen de serlo del Señor renunciando á la idolatría, ó abandonasen aquella tierra que no era suya, huyendo á otros países, ó se les cayesen las armas de la mano por el espanto, y acabasen por el exterminio que pedian sus abominaciones, como las de Sodoma en otro tiempo. Por otra parte quería con este espectáculo animar á los hijos de Israel para que no temiesen á los pueblos Cananeos, ni á sus Reyes y ejércitos reunidos; para que no guardasen con ellos miramientos criminales y funestos; para que no les dejasen con vida, de cualquier clase que fuesen, contra el orden del Señor, y no viniesen á ser algun dia, ó sus corruptores, ó sus tiranos. Dios queria que la tierra de promision quedase limpia de idólatras, y Josué que tenia este querer del Señor muy entre los

ojos, procuraba imprimirle por todos los medios en el corazón de sus Israelitas.

En este mismo día en que se hizo el ejemplo con los cinco Reyes, se combatió la ciudad de Maceda á cuya vista se hallaban desde el día anterior, se tomó y fué pasada á filo de espada y tratado su Rey como lo había sido el de Jericó. De Maceda, avanzando al mediodía, se pasó al sitio de Lebna, se peleó algún tiempo contra ella, y el Señor la entregó con su Rey á las manos de Israel y fué pasada á filo de espada y tratado su Rey como lo había sido el de Maceda. La ciudad de Laquis, cuyo Rey era uno de los cinco de la cueva de Maceda, fué sitiada en seguida de la toma de Lebna. Se resistió dos días, pero al fin fué asaltada y pasada á filo de espada como las de Maceda y Lebna. Concluida la toma de Laquis se encontró Israel con un ejército de Cananeos que venia á defenderla. Le mandaba Horan, Rey de Gacer, á quien los habitantes de Laquis habían avisado del peligro en que se hallaban, y suplicado que viniese á defenderles. Josué le presentó al momento la batalla y le derrotó y pasó á filo de espada con todo su ejército. Eglon era otra ciudad á la parte del mediodía, y su Rey Dabir, otro de los cinco de la cueva de Maceda. Eglon fué tomada en el mismo día que fué sitiada y tratada como las demás ciudades.

Después de Maceda, Lebna, Laquis y Eglon quedaban en la parte meridional dos plazas fuertes por sí y considerables por sus dependencias. Eran Hebron y Dabir. Hebron, llamada en otro

tiempo Cariatarbe, traía su nombre de Arbe su fundador y padre del gigante Enac. Fué patria de los Enaceos ó gigantes, que tanto miedo impusieron á los diez de los doce exploradores que envió Moisés á informarse de la tierra de promision. Cariatarbe, ó Hebron, significaba, segun S. Gerónimo, ciudad de los cuatro, por haber sido enterrados en ella cuatro grandes personajes, Adán, Abraham, Isaac y Jacob. Sus cenizas recordaban á los hijos de Israel el derecho que tenian á la tierra de Canaán, como descendientes por Abraham de la línea primogénita de Sem, y esta consideracion les infundió un nuevo ardor y brio por la conquista de esta plaza. Su Rey Oan habia muerto con los otros cuatro compañeros á la boca de la cueva de Maceda los dias anteriores, pero como la conservacion de esta plaza era de la primera importancia para todo el pais, se habia elegido ya otro Rey que la defendiese, cuando Josué se presentó á conquistarla: mas á pesar de esto, y de ser la ciudad de los gigantes, ni el nuevo Rey, ni los gigantes, ni las grandes defensas que la rodeaban pudieron resistir al ímpetu y bravura que el Señor infundió en el corazon de los Israelitas, y al acierto, valor y fuego que comunicó al General que los dirigia. Hebron tuvo que rendirse, como las demás ciudades, y fué pasada juntamente con su Rey á filo de espada y lo mismo sucedió á las ciudades de su dependencia. Dabir que era la otra ciudad fuerte que restaba por conquistar, como no lo era tanto como Hebron, hizo menos resistencia y cayó luego en manos de Josué, y como habia hecho con Hebron y Lebna y

con sus Reyes, así hizo con Dabir y su Rey. Todas estas conquistas fueron consecuencia de la victoria de Gabaon, y fruto de una breve campaña protegida por el Señor con portentos de una clase que no se habían visto hasta entonces. Hirió, pues, Josué todo el territorio de los montes y del mediodía, y no dejó reliquia alguna de idólatras como se lo había mandado el Señor, Dios de Israel. Desde Cadesbarne hasta Gaza, todo el territorio de Gosén hasta Gabaon, y todos sus Reyes y sus tierras... todo lo tomó Josué en esta sola expedición, porque el Señor, Dios de Israel peleó por él. Concluida tan felizmente esta campaña, Josué se volvió con todo el ejército á su campamento de Gálgala.

Entrada del ejército en el campamento de Gálgala. No es fácil pintar la alegría con que el pueblo de Israel recibió á su ejército victorioso. Los ancianos abrazaban á sus valientes hijos, las esposas á sus amados esposos, los niños á sus queridos padres, las tiernas hermanas á sus amados hermanos, y todo Israel á todos sus hijos. Todos rebosaban gozo y derramaban lágrimas de la más pura alegría, sin que corriese una sola de sentimiento, porque no había, ni padres, ni esposas, ni hermanas, ni niños que tuviesen motivo después de tantas batallas sangrientas, para llorar la muerte, ni aun la menor herida de sus hijos, hermanos, padres, ni maridos, y como esto solo puede suceder en las guerras que ordena, dirige y protege el Señor, todos, así el ejército como el pueblo, fueron á rendir delante del arca santa las más entrañables y tiernas gracias al

Dios de las batallas y de las victorias, cuya magestad habitaba entre las alas de los Querubines. Concluido este deber sagrado, y primero de todos los deberes, el pueblo llenó de alabanzas y bendiciones á todo el egército, particularmente al venerable anciano y valiente General, que con tanta dicha y gloria habia llevado de batalla en batalla y de victoria en victoria á los hijos de Israel.

Espedicion al norte. A la vista y en rededor del arca del Señor reposó todo Israel, tanto el egército como el pueblo en su campamento de Gálgala aquel invierno. El guerrero Josué convertido en un Príncipe pacífico, gobernaba en union con el sumo Sacerdote Eleazar todo el pueblo, y Gálgala era el reino mas feliz que habia en el universo; pero no pudo Israel disfrutar esta paz y alegria general por mucho tiempo. Al comenzar la primavera los enemigos obligaron al General y al egército á empuñar otra vez la espada, á separarse del seno de sus familias y á renunciar á la quietud y sosiego que gozaban en medio de su pueblo. La liga general, que, como ya dijimos, habian formado entre sí todos los Reyes de Canaán debiera haberse deshecho á la vista de los primeros y ruidosos golpes que el pueblo de Dios habia descargado sobre Jericó y Hai, y de la derrota y muerte de once de los Reyes de su alianza; pero los Cananeos, aunque debilitados, se sentian todavia con bastantes fuerzas para arrojar de sus tierras estos nuevos é incómodos huéspedes, ó hacer que pereciesen en ellas. Su error y su desdicha consistia en que siempre

comparaban las fuerzas humanas de Canaán con las de Israel y no contaban con la fuerza irresistible del Dios de Jacob. Entre los muchos Reyes que tenían sus estados en la parte septentrional de la tierra prometida, era sin disputa Jabin Rey de Asor el mas considerable. Este Príncipe se puso al frente de la liga del norte, como el de Jerusalén se habia puesto en el año anterior al frente de la del mediodia. A sus órdenes, ó por lo menos, con su aviso, se juntaron los Reyes confederados. El egército se compuso de Amorreos, Heteos, Phereceos, Jebuseos, y Heveos de las montañas y valles del oriente y occidente; egército en gran manera grande, como la arena de las orillas del mar, y de una multitud inmensa de caballos y de carros. Los Reyes mas distinguidos que se pusieron al frente de sus respectivas tropas, á mas del de Asor que, como Generalísimo, mandaba todo el egército, fueron los de Semeron, de Acsaf, de Tenac, de Magedo y otros, cuyos nombres se refieren en la lista de los Reyes vencidos por el egército de Josué. Acaso no se habia visto hasta entonces un egército tan formidable; ya por el carácter y dignidad de los Generales, que todos, ó casi todos, eran Reyes; ya por el número de los soldados, á los que compara el sagrado testo con las arenas de las orillas del mar, y ya por la multitud inmensa de caballos, de que no usaban los Hebreos, y de carros armados de los que no sabian el modo de defenderse. Jamás, ni los Gefes, ni los soldados debian hacer la guerra con mas brio, pues se trataba de sus bienes, de su patria, de su vida y la de sus familias; pero les faltaba

una cosa para vencer infaliblemente y era que la pelea no fuese con el ejército del Dios de Israel.

Victorias de Josué. El punto de reunion de las tropas idólatras fueron las cercanias del lago de Meron, entre el mar de Galilea y el nacimiento del rio Jordán, desde donde debian bajar siguiendo la corriente para presentar la batalla en el sitio que les fuese mas favorable. Avisado é instruido Josué del lugar y tiempo en que se habian de reunir sus enemigos, tuvo esta reunion por una señal de las nuevas victorias que el Dios de Israel preparaba á su pueblo. Determinó salirles al encuentro y sorprenderles, si les fuese posible. Ordenó su ejército y marchó á su frente con gran diligencia y secreto. Llegó felizmente á una jornada del lago sin que los Cananeos tuviesen la menor noticia. Aqui hizo alto Josué esperando las órdenes del Señor para entrar en el combate, y el Señor no le faltó. No los temas, le dijo, porque mañana á esta misma hora te entregaré á todos estos para ser heridos delante de Israel. Desjarretarás sus caballos y quemarás sus carros. Asegurado Josué con la palabra del Señor, y ansioso, como siempre, de hacer su voluntad, marchó luego á cargar á sus enemigos. Estaban estos enteramente desprevenidos y, cuando se vieron acometidos de repente por el ejército de Israel, entró la confusion en todos sus campamentos y no hicieron resistencia. Todos pensaron en huir cada cual por donde pudo. El Señor, segun su promesa, los entregó en las manos de Israel, que les fué acuchillando hasta Sidon la grande, y hasta las aguas de Maserefót y campo de Masfé

por espacio de quince leguas, y fué tal la mortandad que causó en ellos, que parecia no haber quedado ni aun reliquias de un ejército innumerable. Cayeron en poder de Josué los caballos y carros de sus enemigos y Josué hizo como le habia mandado el Señor. Desjarretó las corbas de los caballos y entregó al fuego los carros.

No tenemos noticias mas circunstanciadas de esta inmensa derrota; pero sabemos que las consecuencias en esta parte del norte fueron semejantes á las del año anterior en la parte del mediodia, y que la derrota del lago de Meron se pareció á la de Gabaon y la superó mucho. En seguida de esta mortífera persecucion, volvió Josué sobre la ciudad de Asor corte del Rey Jabin, que habia hecho de Generalísimo en aquella liga. Huyendo este Rey de en medio de la dispersion, logró entrarse en ella y trató de defenderla. Josué la puso el cerco y la batió con todas sus fuerzas. No se puede decir á punto fijo, quanto tiempo resistió esta ciudad, acaso la mas fuerte de los Canancos; pero al fin fué asaltada y pasada con su Rey á filo de espada, saqueada y quemada. Tomó Josué todas las ciudades del contorno y á sus Reyes y todo lo pasó á filo de espada, como se lo habia mandado Moisés, siervo del Señor; y se apoderó de todo el territorio montuoso y de la tierra de Gosen y de la llanura y de la parte occidental y del monte de Israel y de sus campiñas y de la parte del monte Seir hasta Baalgad y de las llanuras del Líbano hasta el monte Hermon. Cogió todos sus Reyes y los pasó á filo de espada. Mucho tiempo peleó Josué contra estos

Reyes. No hubo ciudad que se entregase por sí á los Israelitas, fuera de los habitantes de Gabaon, sino que todas fueron tomadas á fuerza de armas. Y quitó la vida Josué á los Enaceos de las montañas de Hebron y de Dabir y de Anab y de todos los montes de Judá y de Israel, y arruinó todas las ciudades. Ninguno dejó del linage de los Enaceos en la tierra de los hijos de Israel. Tomó, pues, toda la tierra, como el Señor había prometido á Moisés, y la entregó á los hijos de Israel para que la poseyesen, segun sus porciones y tribus, y la tierra reposó de guerras. Veinte y nueve Reyes vencidos y pasados á filo de espada por Josué, y millones de Cananeos tratados del mismo modo, dejaban á los hijos de Israel despoblado un vasto terreno que debian ocupar.

DIVISION DE LA TIERRA PROMETIDA.



Las continuas victorias de los hijos de Israel durante el espacio de seis años de una guerra la mas sangrienta que jamás se habia conocido, llevaron la conquista al estado en que Dios la queria para hacer su distribucion. No estaba, es verdad, subyugado aun todo el pais de Canaán, pero la mayor parte de él estaba ya despoblada. Aun habia Cananeos en la tierra de Abraham, Isaac y Jacob, mas se hallaban encerrados en un corto número de plazas, de cuyos recintos no se atrevian á salir. No habia punto en toda la Palestina, considerado lo largo y lo ancho de ella, tanto por mediodia y norte, como por oriente y occidente,

donde el General de Israel no hubiese exterminado bastante número de idólatras para preparar habitacion cómoda á las tribus que iban á ocuparla. Hasta aqui la guerra se habia hecho por toda la nacion reunida, pero verificada la reparticion, cada una de las tribus debia hacerla suya y reducir á sus enemigos al paso que ella se fuese aumentando, hasta exterminarlos enteramente, euando ella se hallase en estado de ocupar toda su suerte.

Josué en la edad de cien años, á que habia llegado felizmente, tenia cumplida, con tanta dicha como gloria, la primera parte de su comision, que era la conquista de la tierra de Canaán. Ya no se le pedian mas batallas ni mas victorias; pero se le pedia que evacuase la segunda que era el repartimiento de la tierra conquistada entre los hijos de Israel. Ocupacion importante y propia de su larga esperiencia y del gran crédito que le habian adquirido en todo Israel los favores del cielo. Todo estaba ya quieto en el pais, y la guerra se habia hecho de un modo tan terrible, que los restos Cananeos no habian quedado con gana de volver á ella. Se contentaban con reparar y fortificar las pocas plazas que les habian quedado, y cultivar sus cercanias para mantenerse, dejando todo lo demás á sus vencedores.

Primer sorteo. De este tiempo de paz quiso valerse el Señor para la reparticion, y dijo á Josué: has envejecido y eres de mucha edad, reparte la tierra que deben poseer las nueve tribus y media que no tienen suerte; y Josué entró luego en esta difícil operacion con la misma buena vo-

luntad y con el mismo celo que habia tomado sobre sí la conquista de la tierra que iba á repartir. Moisés habia hecho ya parte de esta obra, señalando á las dos tribus de Rubén y Gad y á la media de Manasés las tierras que habian sido conquistadas, al otro lado del Jordán, de los Reyes Amorreos Sehon y Og; pero habia que repartir la tierra de esta parte del rio entre las nueve tribus y media restantes, y esto era lo que se mandaba aqui á Josué. Unido como siempre al sumo Sacerdote, y auxiliados uno y otro por los Príncipes de las familias de cada una de las tribus, pusieron luego la mano en esta grave operacion. Se empezó por medir toda la tierra y conocer las diversas calidades de ella, y hecha esta averiguacion, en la que se empleó mucho tiempo, se pasó á dividirla en las nueve partes y media que el Señor habia mandado.

Cuando esta segunda operacion, que tambien ocupó bastante tiempo, estuvo concluida, se convocó á una reunion de toda la nacion al rededor del tabernáculo, que estaba en el campamento de Gálgala, y se procedió al sorteo. Se habian escrito por su orden los nombres de las nueve tribus y media, que eran interesadas en este gran negocio. Las cédulas de los nombres no se encantaraban, sino únicamente la de las porciones de tierra. Judá estaba en la posesion de ser la primera, desde que la fué prometido el cetro y el sumo honor de descender algun dia de su sangre el Salvador del mundo, y á ella se habia de adjudicar la primera porcion que saliese por suerte. A esta se seguian Efrain y Manasés, hijos de José y adop-

tados por su abuelo Jacob para componer dos tribus. Benjamín, el hermanito querido de José, é hijo segundo de Raquel, esposa muy amada de Jacob, entraba despues. Seguian Simeón, Zabulón é Isaacar, hijos de Lia; Asér, hijo de Bala su criada, y últimamente Néphthalí y Dán, hijos de Zelfa criada de Raquel. Se presentó el primero el nombre de Judá; se sacó la suerte primera y se halló que la cabia la porcion mas meridional de la Palestina, la misma que en tono profético habia anunciado Jacob y Moisés, poco antes de morir, á esta tribu.

Bien se vió entonces lo que despues se escribió en el libro de los proverbios. Esto es, que las suertes se echan en el seno ó cántaro, pero que el Señor es quien las ordena. Siguieron presentándose en segundo y tercer lugar los nombres de Efrain y de la media tribu de Manasés, que se llamaban la casa de José, y les cupieron en suerte dos porciones vecinas la una á la otra, subiendo de medio dia al septentrion, y terminándose ambas al oriente por el Jordán y al occidente por el mar. No se pasó mas adelante por este dia en la distribucion de la tierra conquistada de este lado del Jordán, y se disolvió la gran reunion convocada en el campamento de Gálgala, remitiendo la continuacion de esta grave operacion á la que se verificó algun tiempo despues en Silo, adonde se habia trasladado el arca del Señor.

Demanda de Caleb. Disuelta la junta general, se suscitaron algunas contestaciones acerca de los terrenos sorteados. La primera fué movida por la tribu de Judá con motivo de las justas pretensio-

nes de Caleb. Habia sido este buen Israelita compañero de Josué cuando Moisés, cuarenta y cinco años antes, envió á estos dos grandes hombres con otros diez de los principales del pueblo á reconocer la tierra de promision. Ya se ha dicho extensamente lo que sucedió en aquella triste ocasion, y entonces fué cuando el Señor, tan justiciero para con los diez Israelitas cobardes que desanimaron al pueblo, como generoso para con Josué y Caleb que le animaban á la conquista, no solo les prometió la entrada en la tierra de promision, que ningun hombre de veinte años y arriba, ni aun Aarón y Moisés consiguieron, sino tambien una posesion particular en ella, á mas de la que les tocase como familias de sus tribus; y esta posesion que el Señor habia prometido entonces á Caleb, era la que este fiel Israelita y valiente veterano queria ahora se le señalase en las ciudades de Hebron y Dabir. Habian tocado estas á la tribu de Judá y se resistia á desprenderse de ellas. El venerable anciano de edad ya de ochenta y cinco años, llevó su demanda al tribunal de Josué, y la apoyó en pocas palabras, pero con aquel aire noble y guerrero que en su misma sencillez lleva un no se qué de persuasion y consentimiento.

Bien sabes, dijo á Josué, que el Señor habló á Moisés, hombre de Dios, de tí y de mí en Cadesbarne. De cuarenta años era yo cuando me envió Moisés, siervo del Señor, de Cadesbarne para que considerase la tierra, y yo le dije lo que me pareció verdadero; pero mis hermanos que habian servido conmigo, hicieron desmayar el ánimo de

pueblo, y á pesar de esto yo seguí al Señor, mi Dios; y en aquel dia me juró Moisés, diciendo: la tierra que holló tu pie será tu posesion y la de tus hijos para siempre, por quanto has seguido al Señor, mi Dios. El Señor me ha concedido vida hasta el dia presente, segun me lo prometió. Cuarenta y cinco años ha que el Señor habló esto á Moisés cuando andaba Israel por el desierto. Hoy tengo ochenta y cinco años con tan robusta salud como la tenia en aquel tiempo en que fuí á explorar la tierra; y el vigor de aquella edad se conserva en mí hasta hoy, tanto para combatir, como para caminar. Dame, pues, este monte (era el de Hebron) que me prometió el Señor, oyéndolo tambien tú, en el que están los Enaceos y hay ciudades grandes y fuertes. El Señor será conmigo y podré esterminarlos, como me lo prometió. Aqui cesó el buen anciano y esperó la resolución. Una defensa hecha con este aire, debió ser muy del gusto de Josué, que tambien era guerrero, franco y semejante á Caleb. Por otra parte, le constaba personalmente la verdad de todo lo que alegaba, y los Príncipes de Judá nada hallaron que decir contra unas pruebas tan patentes. Por consiguiente Josué decidió en favor del valeroso anciano y le adjudicó el monte de Hebron con sus dependencias, bendiciéndole y pidiendo al mismo tiempo al Señor que bendijese todas sus empresas. Desde este dia fué Hebron de Caleb, hijo de Jefone, porque siguió al Señor, Dios de Israel.

Demanda de las tribus de Efrain y Manasés.
A la demanda de Caleb, tan felizmente concluida,

se siguió la de las tribus de Efrain y Manasés, que componian la casa de José. Estas dos tribus se presentaron á Josué, diciendo: ¿porqué nos has dado una sola suerte y una sola parte, siendo nosotros tanta multitud y habiéndonos multiplicado el Señor con su bendicion? Bien sabian estos quejosos que se les habia dado posesion de las dos partes que les habian tocado por suerte, pero querian decir con esto, que las dos no valian sino por una, en atencion á su multitud y á que cualquiera de ellas bastaba para poblar el terreno que estaba desmontado y libre de Cananeos. Sé que componeis un pueblo numeroso, les dijo Josué. Subid á esos cerros montuosos, desmontad terrenos en la tierra de los Fereceos y Rafaimitas, puesto que la posesion del monte Efrain es estrecha para vosotros. Las tribus que se quejaban sabian tambien como Josué este medio de estender las porciones que les habian cabido; pero no querian entrar en este trabajo y esperaban, que, perteneciendo Josué á la casa de José, quitaria algunas tierras á las otras tribus para aplicarlas á ellas, pero los que mandan bien, nunca son de familia, cuando se trata de hacer justicia. No se aquietaron estas tribus porfiadas con la respuesta del General, y le dijeron: no podremos subir á las montañas, usando de carros armados los Cananeos que viven en las llanuras que las rodean y son dueños de la fortaleza de Besán y sus dependencias y del valle de Jezrael; pero Josué insistió en su resolucion, y con un aire muy propio para darles á entender la debilidad de sus excusas, les dijo: vosotros os gloriais de ser un pue-

blo muy numeroso y valiente, pues á vosotros toca adquiriros otra suerte y no contentaros con una. Atacad á esos Cananeos que llamais fuertísimos, y á pesar de sus carros armados quedarán vencidos y deshechos, porque el Señor será con vosotros. Entonces os posesionareis de los valles y despues subireis á las montañas, las desmontareis y cultivareis y estendereis admirablemente vuestras suertes. Conocieron las dos tribus que era el General muy perspicaz para que le deslumbrasen razones aparentes, y muy firme y entero para no llevar adelante sus determinaciones y desistieron de su demanda, contentos con mirar como parte de su posesion el terreno que se les mandaba conquistar.

TRASLACION DEL ARCA SANTA DE GÁLGALA Á SILO.



Con esto se concluyeron los negocios sobre los terrenos sorteados y adjudicados á las tres primeras tribus, pero faltaba sortear los terrenos que se habian de adjudicar á las siete restantes. Para esto juzgó Josué que convenia dejar el campo de Gálgala, situado á la entrada de la tierra de Canaán, y pasar á establecerse en su centro, para que el pueblo pudiese acudir allí de todas partes con mas facilidad y ser mejor gobernado, tanto en el asunto del sorteo, como en todos los demás negocios. Se eligió el punto de Silo en la tribu de Efrain, distante como unas quince le-

guas de Gálgala, y se emprendió la traslación. En ella se guardó el mismo orden que observaba Moisés en sus viajes. Los Sacerdotes llevaban sobre sus hombros el arca santa y los Levitas el tabernáculo y el átrio. El sumo Sacerdote Eleazar presidia á este cuerpo Sacerdotal y Levítico, y el General Josué á todas las tribus que marchaban por batallones en rededor del arca. Despues de algunos dias, necesarios para caminar un pueblo entero con sus ancianos, mugeres y niños, llegaron á Silo con tanta tranquilidad como si el pais hubiera estado enteramente desierto ó habitado solo por Israelitas. Tal era el espanto que el General, puesto al frente de sus tropas, infundia en sus enemigos; porque aun habia un crecido número en las montañas y en algunas plazas fuertes, y que pudieran haberles molestado en la marcha. Siete años habia estado en Gálgala el arca santa en medio de pabellones, y en medio de los mismos permaneció en Silo cerca de cuatrocientos.

Segundo sorteo. Habian quedado siete tribus que aun no recibieron sus porciones de la tierra prometida, porque en Gálgala solo se sortearon tres que tocaron á Judá, Efrain y Manasés, y era ya tiempo de concluir operacion tan indispensable; pero habian ocurrido desde entonces reclamaciones y dificultades que hacian necesaria una nueva medicion y reparticion de las tierras. Josué quiso que se hiciese y les dijo: elegid tres varones de cada tribu para que yo los envíe y vayan á dar una vuelta á la tierra, hagan su demarcacion y me la traigan. La dividirán en siete partes,

pues Judá quedará en sus términos y lo mismo la casa de José, y vendreis á mi para que delante del Señor, vuestro Dios, os eche aqui las suertes. Fueron elegidos los demarcadores y Josué les envió á cumplir su encargo. Recorrieron la tierra por todas partes sin que nadie les impidiese ni estorbase; no porque los idólatras, de los que habia aun en el pais un número muy considerable, no mirasen con una pena rabiosa la demarcacion y division de la tierra de Canaán, sino porque se veian precisados á callar; pues conocian que el primer movimiento hostil traeria sobre ellos su total ruina. Volvieron los encargados y presentaron á Josué la demarcacion de la tierra que pertenecia á las siete tribus, dividida en siete partes.

Josué reunió á los Príncipes y ancianos de las tribus y echó las suertes delante del Señor. A la tribu de Benjamín tocó su parte entre la de Judá por medio dia y la de Efraim por norte, y se estendia desde el Jordán por oriente hasta cerca del mediterráneo por poniente. La de Simeon se halló colocada por la suerte á lo largo del mediterráneo, subiendo de medio dia á norte, en un terreno que se cortó á la tribu de Judá, porque se la consideró demasiadamente grande con respecto á las demás, y todavia quedó de tanta extension. que se pudo separar otro terreno hácia las costas del mar tocando á los Filisteos, para la tribu de Dán. Las de Isacar, Zabulón, Nephtalí y Asér lograron sus posesiones mas al norte que las de Efraim y Manasés, las cuales vinieron á ocupar el centro.

Todas las tribus tenian ya sus suertes,

unas al oriente y otras al occidente del Jordán, y estaban contentas con ellas. La de Leví no había entrado en el repartimiento del terreno; sin embargo era la mas favorecida. La pertenecian todos los diezmos y primicias, la redencion de todos los primogénitos, todas las ofrendas y los votos, y una gran parte de todos los sacrificios, y además cuarenta y ocho ciudades con sus egidos y tierras que las rodeaban hasta la distancia de mil pasos ó varas fuera de muros. Caleb tenia ya tambien su porcion particular, tal como el Señor se la habia prometido; solo Josué, General de los egércitos del Señor, y sucesor de Moisés en el gobierno del pueblo escogido por Dios, parecia estar olvidado en la distribucion de un terreno que al frente de los valientes de Israel habia conquistado. Nadie parecia acordarse de que su General y su Gefe tenia como Caleb una promesa de Dios para poseer una porcion particular en su tribu, que perteneciese especialmente á su persona, y él no la recordaba. Los hijos de Israel, aunque tarde, se acordaron de las órdenes del Señor dadas á su siervo Moisés de premiar á Josué, y le ofrecieron con la mejor voluntad el terreno que le agradase escoger. Josué se inclinó á la ciudad de Tamnath Saraa, situada en su tribu de Efrain y vecina al campamento de Silo, y esa le fué concedida para siempre.

Tamnath Saraa se llamó asi por la esterilidad de su terreno. Era una ciudad pequeña y casi destruida, y la eleccion de esta ciudad despreciable manifiesta la modestia, el desprendimiento, la piedad y la religion de este grande hombre. Des-

pues de haber repartido á todos sus suertes, tanto comunes como particulares, recibe el último la suya y se contenta con la que era inútil para los otros; pero está cerca de Silo, ciudad santa, donde reside el arca del Señor, y su piedad y religion prefieren á todo esta cercanía. Josué la reedificó, fijó en ella su residencia y preparó su sepulcro. Esta despreciable ciudad llegó á ser con el tiempo una de las mas célebres de la tierra santa y se llamó *Tamnases*, que quiere decir *imagen del Sol*, porque los Israelitas pusieron sobre el sepulcro de Josué, que estaba en ella, la imagen del Sol, para perpetuar la memoria de haberse parado el Sol, mandado por Josué.

Fué de gran consuelo para este y para el sumo Pontífice Eleazar tener sus habitaciones tan cercanas porque les proporcionaban reunirse con la facilidad y frecuencia que pedian la gravedad y multitud de los negocios que debian evacuar y decidir. Mayor aun fué el que tuvieron al ver concluido tan felizmente el encargo que el Señor les habia hecho de repartir, en union con los Príncipes de las familias y tribus de los hijos de Israel, la tierra prometida, y haberle evacuado á satisfaccion de tanta multitud de interesados. Todo se habia terminado en Silo, cerca del tabernáculo y del arca santa, donde con un modo sensible presidia el Señor á las deliberaciones.

Ciudades de Asilo y Levíticas. Aun no se habian señalado ciudades de Asilo ó Refugio á este lado del Jordán, y se destinaron la de Cedes en la tribu de Néptalí, al norte; la de Siquém en la de Efrain, en el centro, y la de Hebron en la de

Judá, al mediodia. Moisés habia señalado al otro lado del rio la de Gaulon en la media tribu de Manasés, al norte; la de Ramot en la de Gad, en el centro, y la de Bosor en la de Rubén, al mediodia. Asi quedaron en Israel seis ciudades destinadas al refugio de los reos por muertes involuntarias y otros casos que se expresaban en la ley. Tambien se procedió á la eleccion de cuarenta y ocho ciudades para la tribu de Leví que no habia tenido parte en la distribucion de la tierra, y á la que estaba decretado este número de ciudades con sus egidos para habitacion de las personas y manutencion de sus ganados, como ya se ha dicho. Eran tres los hijos de Leví. Gerson, Caat y Merari. La familia de Caat tuvo el primer lugar entre las familias Levíticas. Aarón y Moisés, que eran de esta familia, fueron la porcion mas principal de la descendencia de Leví. Moisés fué el legislador y conductor de Israel, y Aarón el sumo Sacerdote del Altísimo y la cabeza del Sacerdocio, segun el orden de Melquisedec. Se destinaron, pues, en primer lugar trece ciudades para la familia Sacerdotal, que señaló la suerte dirigida por la mano del Señor en la tribu en que habia de estar algun dia el famoso templo de Salomon, y en las dos mas cercanas á ella. Las treinta y cinco restantes, destinadas para los Levitas, fueron señaladas tambien por la suerte en el resto de las tribus. Asi todas las ciudades de los Levitas quedaron derramadas entre todas las tribus de Israel.

JOSUÉ DESPIDE LOS CUARENTA MIL SOLDADOS ISRAELITAS DEL OTRO LADO DEL JORDÁN.

La conquista general y los negocios comunes á toda la nacion estaban concluidos, y solo quedaban conquistas y negocios parciales que debian hacer y evacuar por sí cada una de las tribus. Llegadas las cosas á este punto, Josué trató de despedir y enviar con la bendicion de Dios á los cuarenta mil soldados de las tribus de Rubén, Gad y mitad de Manasés, que habian venido de vanguardia á la conquista de la tierra de Canaan, dejando todas sus familias á la otra parte del rio. Llamó, pues, Josué á los Rubenitas y Gaditas y á la media tribu de Manasés y les dijo: Habeis cumplido todo lo que os mandó Moisés, siervo del Señor. Tambien á mí me habeis obedecido en todas las cosas. Ni dejasteis á vuestros hermanos en tan largo tiempo como ha pasado hasta el dia de hoy, cumpliendo el mandamiento del Señor, vuestro Dios; y puesto que el Señor, vuestro Dios, ha concedido á vuestros hermanos quietud y paz, como se lo prometió, volveos, é id á vuestras tiendas y á la tierra de vuestra posesion que os dió Moisés, siervo del Señor, á la otra parte del Jordán. Solamente os encargo que guardéis atentamente y cumplais de hecho el mandamiento y la ley que os dió Moisés siervo del Señor, de que améis al Señor, vuestro Dios, y andeis en to-

dos sus caminos y guardéis sus mandamientos; y que os unais á él y le sirvais con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma; y dióles Josué su bendición y les despidió diciéndoles: con muchos bienes y riquezas volveis á vuestras casas, con plata y oro, cobre y hierro y todo género de vestidos; repartid con vuestros hermanos el despojo de vuestros enemigos.

Con esto les despidió el General, y ellos despues de manifestarle el sentimiento que les causaba su separación, y de protestarle el mas profundo respeto y cordial agradecimiento, partieron de Silo, y tomaron el camino del Jordán para ir á la tierra de Galaad á unirse con sus familias, de las que se habian separado hacía ya mas de siete años. Anduvieron mas de quince leguas que habia desde Silo hasta el Jordán, sin ser inquietados por los idólatras, que aun habian quedado en las mantañas de Efrain y de Betel, por cuyas faldas pasaron; (bien que el estado de impotencia á que se hallaban reducidos no era para inquietar á cuarenta mil Israelitas que caminaban armados, sino para temblar á su vista) y llegaron con toda felicidad á la riveña del rio.

Ereccion de un monumento y escándalo que causó. Aqui fue donde tomaron aquella resolución que causó tanta inquietud en los campamentos de Silo. A fin de conservar siempre su union con los hermanos de este lado del Jordán, y vivir en el mismo culto del Señor, levantaron en la márgen del rio, antes de pasarle, un promontorio ó sea un altar de enorme grandeza que fuese en todos tiempos un testigo irrecusable

de su religion y su union. Contentos con dejar este colosal monumento en la tierra de sus hermanos, pasaron el Jordán y continuaron su marcha. Iban llenos de satisfaccion y consuelo, por haber ayudado tan eficazmente á la conquista de la posesion de sus hermanos, por dejar colocada el arca santa en el centro de la tierra prometida á sus padres y rodeada de los pabellones de Israel, y en fin, porque volvian sanos y salvos, despues de tantas y tan sangrientas batallas, á reposar en el seno de sus familias que les esperaban con los brazos abiertos para estrecharles entre ellos. Los parabienes, las lágrimas, el regocijo y los mas tiernos y dulces afectos fueron mútuos y solo esplicables á los que los experimentaron. Tan feliz venida debia celebrarse por muchos dias con fiestas públicas y religiosas; pero no fué asi. Cuando principiaban sus regocijos les llegó la noticia de que su religioso y colosal monumento habia causado un escándalo en sus hermanos del otro lado del rio y turbado la paz y quietud en que habian quedado á su salida de Silo. Se creyó allí que aquel altar, ó se habia erigido para ofrecer sacrificios á los dioses falsos, y esto era una horrible idolatría, ó al Dios verdadero, y esto era levantar altar contra altar, porque solamente se podian ofrecer sacrificios al Señor en el tabernáculo de Silo.

Se extendió con rapidez esta noticia por todas las tribus, y luego se halló congregado en Silo un ejército entero de Israelitas para ir á castigar al otro lado del Jordán á los que miraban como unos idólatras, ó como unos sacrilegos. El celo

de estos hijos de Israel era generoso y laudable, pero era celo de muchedumbre que regularmente es arrebatado é imprudente. El de Eleazar y Josué y el de los Príncipes de las tribus sin ser menos generoso y laudable, fué mas considerado y prudente. No juzgaron que se debía condenar con tanta ligereza á unos hermanos que habian visto marchar pocos dias antes llenos de fé y religion, y determinaron enviar una diputacion que se informase de todo. Esta se compuso de diez, cada uno de los principales de cada tribu, llevando al frente á Finees, hijo de Eleazar, que como Sacerdote y sucesor del sumo Sacerdote era de una gran representacion. Pasaron los comisionados á la tierra de Galaad, y se presentaron á los hijos de Rubén, Gad y media tribu de Manasés. Finees llevó la voz, y les habló con tales demostraciones de dolor y de amargura que atemorizó á cuantos le oían. ¿Qué trasgresion es esta? les dijo. ¿Porqué habeis dejado al Señor, Dios de Israel, edificando un altar sacrilego y retirándoos de su culto? Vosotros habeis dejado hoy al Señor y mañana se enfurecerá la ira del Señor contra todo Israel. Si os parece impura la tierra de vuestra posesion, volveos á nuestra tierra en la que está el tabernáculo del Señor y habitad con nosotros. Solo deseamos que no os aparteis del Señor, ni de nuestra compañía, edificando otro altar fuera del altar del Señor nuestro Dios. Por desgracia ¿no traspasó Acán, hijo de Zaré, el mandato del Señor y vino su ira sobre todo el pueblo de Israel? ¡Y él un solo hombre era! y ¡ojalá que él solo hubiera perecido en su maldad!

Estos recuerdos tan amargos, estas reprensiones tan vivas y tan sentidas, estas comparaciones que eran las mas propias de un Sacerdote abrasado del celo de la honra y gloria de Dios, y las que debian sufrir los hijos de Galaad, si fôeran culpables, les causaron un profundo sentimiento, porque eran inocentes. Asi fué que respondieron á la comision en los términos mas valientes, aunque llenos de respeto. ¡Fuertísimo Señor, Dios! exclamaron. ¡Fuertísimo Señor, Dios! Él lo sabe y tambien lo sabrá Israel. Si nosotros con ánimo de prevaricacion hemos levantado este altar, no nos ampare el Señor, sino que nos castigue ahora mismo; y si nosotros lo hemos hecho con desig-nio de ofrecér sobre él holocaustos y sacrificios y víctimas pacíficas, el Señor nos lo demande y juzgue. Despues de pronunciar contra sí tan terribles juramentos, para deshacer desde luego el error con que se procedia y apartar de sí hasta la menor sombra de sospecha contra su fé y su religion, pasaron á sosegar las inquietudes de los diputados, dando razon de los motivos que habian tenido para edificar aquel enorme altar en la márgen del Jordán.

Cuando ibamos á pasar el rio nos ocurrió un pensamiento que creimos conveniente poner en egecucion y vedle aqui. Mañana dirán vuestros hijos á los nuestros: ¿qué teneis vosotros con el Señor, Dios de Israel? El Señor puso el rio Jordán por término entre nosotros y vosotros, hijos de Rubén y de Gad y por eso vosotros no teneis parte en el Señor; y con esta ocasion vuestros hijos apartarán á nuestros hijos del temor del Se-

ñor; y así tuvimos por mejor y dijimos: edifiquemos aquí un altar, no para ofrecer holocaustos ni víctimas, sino para testimonio entre nosotros y vosotros entre nuestra estirpe y la vuestra, de que servimos al Señor y de que tenemos derecho de ofrecer holocaustos y víctimas y sacrificios de paz, que el día de mañana no digan vuestros hijos á los nuestros: no teneis vosotros parte en el Señor; porque si lo quieren decir, les replicarán: ved aquí el altar del Señor que hicieron nuestros padres, no para holocaustos ni sacrificios, sino como un testimonio entre nosotros y vosotros. Guárdenos Dios de la maldad de que nos apartemos del Señor y abandonemos sus caminos edificando altar para ofrecer holocaustos y sacrificios y víctimas, sino en el altar del Señor, nuestro Dios, que está erigido delante de su tabernáculo.

Así concluyeron los hijos de Rubén, Gad y mitad de Manasés su relato, haciendo una defensa triunfante de su porte, y dando una razon la mas justa y religiosa del motivo que habian tenido para erigir aquel glorioso monumento. Finees y sus compañeros oyeron, no solo con atencion, sino con un gozo inesplicable la relacion que les hicieron las tribus de Galaad; recibieron con el mayor placer su justificacion, y Finees, hijo del sumo Sacerdote Eleazar, les dijo: ahora si que sabemos que está con nosotros el Señor, puesto que vosotros estais agenos de esta prevaricacion y habeis librado de la ira del Señor á los hijos de Israel. Con esto Finees y los Príncipes, sus compañeros de comision, trataron de despedirse de los hijos de Rubén, Gad y media tribu

de Manasés y volverse con toda diligencia á dar al gran Sacerdote Eleazar, al santo General Josué y á todos los hijos de Israel del otro lado del Jordán, la feliz noticia de la religiosísima disposicion en que habian hallado á todos los hijos de Israel de la otra parte del rio. Su último á Dios fué exhortarles á que viviesen en paz, temiesen y amasen á Dios y guardasen sus santos mandamientos. Al concluir esta exhortacion tomaron su camino, y el deseo de llevar una noticia de tanta consideracion y consuelo, les dió alas de diligencia y en muy poco tiempo llegaron á Silo sin la menor novedad.

No se puede esplicar el gozo que recibieron el sumo Sacerdote, el anciano General, los Príncipes de las tribus y todos los hijos de Israel que se habian reunido en Silo y se hallaban con las armas en la mano para castigar en sus hermanos este delito que no habian cometido, cuando oyeron á los comisionados: que el altar, que les habia puesto en tanto cuidado y hecho tomar las armas, no era obra de una prevaricacion, sino de una precaucion digna de toda alabanza, y que no era un altar de victimas, sino un monumento de religion y de union entre los hijos de Israel. Luego dejaron las armas con tanto gusto como ardiente habia sido su celo con que las habian tomado. Y los Sacerdotes llenaron el templo, y los Levitas ciñeron el Santuario, y el pueblo todo se reunió en el átrio á dar gracias á Dios, y todos á una voz bendijeron, alabaron y glorificaron al fuertísimo Señor, Dios de Israel, que habian invocado en su defensa los hijos de Galaad, sus re-

ligiosísimos hermanos. Este suceso que tuvo un fin tan dichoso y lleno de consuelo para los hijos de Israel y de gloria para el Señor, ofrece grandes ejemplos de celo, de moderacion, de justicia, de caridad y sobre todo del mas ardiente deseo de evitar por todos los medios la division en materia de religion.

Exhortacion del anciano Josué. Pasado mucho tiempo (como unos diez años) despues que el Señor habia dado la paz á Israel, sujetas todas las naciones de en rededor; y siendo ya Josué de edad muy avanzada, convocó á los ancianos, á los Príncipes, á los caudillos, á los magistrados, á todo Israel, y les dijo: yo he envejecido y me hallo en una edad muy adelantada. Vosotros veis todo lo que el Señor, vuestro Dios, ha hecho en vuestro rededor con todas las naciones; como él mismo ha peleado por vosotros, y que ya os ha repartido por suerte toda la tierra desde la parte oriental mas allá del Jordán hasta el mar grande (el mediterráneo); pero os quedan aun muchas naciones que conquistar, esto es, muchos restos ó porciones de las naciones conquistadas. El Señor, vuestro Dios, las exterminará y disipará de vuestra presencia, y poseereis la tierra como os lo ha prometido. Solo se necesita que os revistais de valor y que seais muy cuidadosos de guardar todas las cosas que están escritas en el libro de la ley de Moisés, y no os desvieis de ella ni á la derecha, ni á la izquierda. Despues que entreis en la tierra de esas gentes, no jureis por el nombre de sus dioses, ni los sirvais, ni los adoreis, sino estad unidos al Señor, vuestro Dios, como lo ha-

beis estado hasta este día, y entonces el Señor disparará de vuestra presencia esas gentes grandes y robustísimas, y nadie podrá resistiros. Uno solo de vosotros perseguirá á mil enemigos, porque el Señor, vuestro Dios combatirá él mismo por vosotros, como lo tiene prometido. Esto solo procurareis con muchísima diligencia *que ameís al Señor, vuestro Dios*. Mas si quisiereis adheriros á las errores de esas gentes y mezclaros con ellas por matrimonios y amistades, tened entendido desde ahora: que el Señor, vuestro Dios, no las exterminará de vuestra presencia, sino que serán para vosotros una hoya y un lazo y un tropiezo á vuestro lado y un dardo clavado en vuestros ojos hasta que os extermine y disipe de esta excelente tierra que os ha dado. Yo estoy ya para morir; vosotros reconocereis que el Señor no ha dejado sin cumplir ni una sola palabra de las que os prometió que cumpliría; pues así como ha cumplido todo lo que prometió y todo os ha sucedido prósperamente, así también enviará sobre vosotros todos los males que tiene amenazados hasta quitaros y exterminaros de esta tierra óptima que os ha dado.

Otra del mismo. Despues de este discurso tan interesante ya por las grandes promesas, ya por las terribles amenazas que contiene, despues de este discurso que tiene todos los visos de última despedida, aun vivió Josué varios meses ocupado de los temores que le causaban las amenazas del Señor, si su querido pueblo llegaba á ser infiel. El le dejaba en paz, lleno de fervor y entregado al exacto cumplimiento de los mandatos del

Señor; pero como habia sido testigo ocular de sus infidelidades en el tiempo de su predecesor, y siervo de Dios, Moisés, sus temores pasaban mas allá que sus esperanzas, y acaso estos temores fueron la causa de querer hablar otra vez á su amado pueblo ántes de separarse de él para siempre. En efecto, de acuerdo con el gran Sacerdote Eleazar, que siempre fué su consejero, convocó á la ciudad de Siquém, poco distante de Silo, otra junta general de toda la nacion, y esta era la última en que habia de hablar á su pueblo el santo anciano. Se hallaron en Siquém el dia señalado los ancianos, los Príncipes de todas las tribus, los jueces, los magistrados y todo el pueblo, esperando lo que tendria á bien decirles su General. Todos le amaban como á padre, y cada vez escuchaban con mas respeto y atencion sus palabras, temiendo que fuesen las últimas que le oyesen. En esta ocasion, despues de hacerles presente los principales prodigios que habia obrado el Señor á su favor desde que sacó á Abraham, su padre, de la Caldea hasta este dia en que les hablaba, y despues de haberles conmovido con la relacion de tantos portentos obrados á su favor, les dice con aquel celo de la honra y gloria del Señor que ardia siempre en su pecho.

Ahora, pues, hijos míos, temed al Señor y servidle con un corazon perfecto y sincerísimo; y queriendo el venerable anciano obligarles á una protesta solemne de que servirian siempre al Señor, les pregunta: ¿quereis vosotros servir en algun tiempo á los dioses de los Amorreos en cuya tierra habitais? Lejos de nosotros, respon-

dió todo el pueblo al oírlo; lejos de nosotros que dejemos al Señor en ningún tiempo y sirvamos á dioses ajenos. El Señor nuestro Dios, él mismo sacó á nuestros padres y á nosotros de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud, é hizo á nuestra vista grandes prodigios y nos guardó en todo el camino por donde anduvimos y en todas las poblaciones por donde pasamos, y arrojó á todas las gentes, y al Amorreo que habitaba en la tierra en que hemos entrado. Serviremos, pues, al Señor, porque él es nuestro Dios. Esta protesta era la que deseaba oír Josué de boca del pueblo; pero Josué quería que se asegurasen mas y mas en su protesta, y les replicó: no podreis servir al Señor, porque es un Dios santo y no perdonará vuestras maldades. Mas el pueblo contestó con una firmeza que tocaba en resentimiento. No, no será así como vos lo decís, sino que nosotros serviremos al Señor. Josué, á quien agradó sobre manera esta respuesta, les tomó la palabra y dijo: vosotros sois testigos de que vosotros mismos habeis escogido servir al Señor, y ellos respondieron: sí, somos testigos. Josué entonces se aprovechó de esta firme resolución en que se hallaban para animarles á destruir los ídolos de Canaán al paso que fuesen conquistando los terrenos que aun poseían los Cananeos, y les dijo: pues bien; quitad los dioses ajenos de en medio de vosotros, é inclinad vuestros corazones al Señor. Sí, contestó el pueblo, sí, á nuestro Dios serviremos y á sus mandatos obedeceremos. Aquí Josué, siguiendo el modelo de su ilustre predecesor Moisés, quiso que estas solem-

nes y repetidas protestas que los hijos de Israel acababan de hacer se conservasen para siempre; y á fin de conseguirlo, hizo que se escribiesen y uniesen como un aditamento al libro de la ley que habia escrito Moisés y se conservaba en el arca de la alianza; y para cumplir estos promettimientos con uno de aquellos actos que dan golpe á los sentidos y fijan las ideas de los pueblos, hizo rodar y colocar bajo de una encina, que habia en el paraje de la reunion, una enorme peña; y dijo: ved ahí esa peña. Ella dará testimonio contra vosotros si acaso en adelante quisiéreis negar vuestras protestas y mentir al Señor, vuestro Dios. Con esto despidió Josué al pueblo para que cada uno se volviese á su posesion. Nada mas podia esperarse ya del celo de un santo anciano, que si, durante su vida, fué el guerrero mas hábil de Israel, en los últimos dias de ella, fué el Israelita mas religioso de su tiempo.

Su muerte. Luego que despidió al pueblo, murió en la paz del Señor y con su muerte perdió Israel un General invencible, un ángel de consuelo y fortaleza, un amigo de Dios, un confidente de sus secretos y un depositario de su poder. Fué grande hasta en el nombre, porque Josué es lo mismo que Jesus, y asi le llama el Eclesiástico. Todos saben que Jesus significa salvador y Josué lo fué del pueblo de Israel, representando á aquel que en la sucesion de los siglos lo habia de ser de todo el mundo. Josué fué sucesor de Moisés en la profecía, dice el mismo Eclesiástico, y máximo en salvar á los escogidos de Dios, y en derrotar á los enemigos que se le oponian

para que Israel lograra la herencia. ¿Cuánta gloria no alcanzó alzando su mano y revolviendo su espada contra las ciudades? ¿Quién antes de él combatió así? ¿Por ventura no se detuvo el sol para dar tiempo á su ira (victoria) sobre sus enemigos y fué un dia como dos? Él invocó al Altísimo cuando combatia á los enemigos por todas partes, y Dios, grande y santo, le oyó enviando piedras de granizo muy duras y pesadas. Se arrojó con ímpetu sobre sus enemigos y les derrotó en la caída para que conociesen las gentes su poder, porque fué en pos del Omnipotente, y no es cosa fácil pelear contra Dios. Después de este magnífico elogio que hace el Espíritu Santo del valiente y religioso Josué, solo resta dar una relación abreviada de su vida.

Nació en Egipto, cincuenta y tres años antes que saliesen de allí los hijos de Israel. Pasó cuarenta en el desierto, siendo constantemente un ministro fiel de Moisés. Al entrar en los noventa y cuatro de su edad fué puesto al frente de su nación, y desde este tiempo, por seis años enteros, estuvo siempre con las armas en la mano y en movimiento para hacer la conquista de la tierra prometida, y establecer en ella, según el encargo del Señor, á los hijos de Israel. Los diez años siguientes de su vida ya fueron de paz, y el que no era menos político que valiente, los empleó en arreglar, de concierto con el gran Sacerdote Eleazar, el gobierno civil, y en poner en toda observancia las ceremonias de la religión. No se habla de sus hijos ni descendientes en la Sagrada Escritura, ni santos Padres, y es sen-

tencia comun de estos, que conservó la virginidad toda su vida.

Su sepulcro. Murió en Siquém, pero fué enterrado en la ciudad de Tamnath Saraa que él habia reedificado, preparando en ella su sepulcro. El acompañamiento y los funerales debieron ser magníficos, hallándose todavía la mayor parte de Israel reunida en Siquém sin haber pasado á posesionarse de los terrenos que les habia señalado la suerte.

Enterramiento de los huesos de José. Acaso al mismo tiempo y con el mismo acompañamiento y magnificencia se hizo el enterramiento de los huesos de José. Estando para morir este Patriarca, obligó con juramento á sus hermanos á que llevasen consigo sus huesos á la tierra de Canaán para sepultarlos en ella. Apenas espiró José, fué embalsamado su cuerpo y depositado en una caja y custodiado en Egipto con mucha veneracion por todo el tiempo que duró la esclavitud, y Moisés tuvo buen cuidado, al salir para la tierra de Canaán, de llevar consigo los restos mortales del amado de Jacob. Al morir Moisés entregó á Josué este repetable depósito, y Josué conquistada la tierra de Canaán, le trasladó de Gálgala, donde habia estado en custodia los seis años de la guerra, á su posesion de Siquém en cuya cercania se hallaba aquel campo que su padre Jacob habia comprado á los hijos de Hemor por cien corderas para enterrar en él sus muertos. Y en efecto, el sepulcro de José se halla señalado en los mapas á las cercanias de Siquém.

Muerte del sumo Sacerdote Eleazar. Acaso no habria Israel concluido el luto de treinta dias

que se hacia en la muerte de los grandes personajes, cuando tuvo que principiar otro ó continuar el primero por la muerte de otro personaje ilustre. Este fué el gran Sacerdote Eleazar, que siguió muy de cerca al General Josué en el camino del sepulcro. Eleazar fué hijo de Aarón y el segundo Pontífice de Israel. Sucedió á su padre en el pontificado el año cuarenta, después de la salida de Egipto, y ejerció la soberanía por espacio de diez y ocho. De este sumo Pontífice se refieren pocas acciones individualmente, pero como tuvo tanta parte en las de Josué, de quien el Señor le habia declarado consejero y guía, y en cierto modo superior y padre, las grandes hazañas y los grandes elogios de Josué son también de este santo Pontífice. Su edad no se sabe á punto fijo. Lo que consta de los libros santos es, que fué el tercero de los cuatro hijos de Aarón, y que llegó al pontificado por la temprana muerte de sus dos hermanos. En cualidad de Pontífice tenía sobre los hijos de Israel una autoridad suprema. En las juntas ocupaba el primer lugar y en las actas públicas se ponía su nombre antes que el de Josué.

Su hijo y sucesor Finees. Eleazar fué sepultado en Gabaat, ciudad que se habia dado en posesion á su hijo y sucesor Finees, sin duda por consideracion al celo que este valiente Israelita habia manifestado cuando prevaricó Israel con las hijas de Madian, é idolatró en el templo de Beelfegor. Finees sucedió á su padre Eleazar en la dignidad de gran Sacerdote, pero nadie sucedió á Josué. En la constitucion, dada por Dios

á los Israelitas, era esencial que tuviesen estos una autoridad suprema para el gobierno espiritual, y esta era la que residía en el sumo Pontífice, pero no era esencial que la tuviesen para el gobierno temporal, como se verá en la serie de esta historia.

GOBIERNO DE ISRAEL.

Moisés había sacado á Israel del cautiverio de Egipto, le había conducido cuarenta años por el desierto y llevado hasta las márgenes del Jordán. En todo este tiempo, como encargado de Dios, le había dado leyes y ceremonias, había arreglado cuanto pertenecía á la religion y al estado y cuanto convenia á la honra y gloria de Dios y á la paz y felicidad de aquel pueblo que se había escogido el Señor para que preparase los caminos á la venida de su Santísimo Hijo. Había escrito un libro que contenia todos los estatutos religiosos y civiles que habian de gobernar á este envidiable pueblo, y despues de habérselos hecho saber en las campañas de Moab, había depositado el libro en el lugar santísimo, dentro del arca de la alianza, y bajo de aquel misterioso propiciatorio que formaban las alas de los Querubines, donde se dejaba sentir la gloria del Señor y de donde daba sus oráculos ó divinas respuestas. Josué conquistó la tierra de Canaán tantas veces prometida por Dios á los Patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, dió la posesion de ella á los hijos de Israel, y en

diez años que vivió despues de la conquista, no trató sino de que se pusiesen en egecucion todos los reglamentos que habia dejado escritos Moisés y que pertenecian al tiempo de esta posesion. Al morir quedó concluido este arreglo y era tan acabado y perfecto para el pueblo escogido por Dios, que las alteraciones que en lo sucesivo se hicieron en él, solo sirvieron para impedir su felicidad y ocasionarles grandes infelicidades. Poseida en plena soberania esta tierra patriarcal, fué dividida en doce partes, adjudicadas por suerte á las doce tribus. Cada una de estas tenia en su principal ciudad un senado compuesto de ancianos y padres de familia y de un presidente elegido de entre ellos, y á este tribunal se llevaban los negocios generales de la tribu. Cada ciudad tenia á sus ancianos por jueces y las causas de los particulares se terminaban por su parecer. La capital ó centro de todo el estado era la santa ciudad que escogia el Señor para asiento del tabernáculo y del arca santa. El sumo Pontífice y los setenta ancianos componian allí el tribunal supremo, donde se terminaban los pleitos que no se habian podido concluir en las tribus por sus jueces ordinarios. Tambien se celebraban en esta ciudad sagrada las juntas generales compuestas de los Principes de todas las tribus y de sus ancianos y magistrados, á las que presidia siempre el Pontífice del Señor; y en ellas se determinaban los grandes negocios pertenecientes á toda la nacion. En fin, en esta ciudad privilegiada, y solo en ella y en su tabernáculo y átrio, podian ofrecerse á Dios victimas en sacrificio y

holocausto, inciensos y timiamas por el ministerio de los Sacerdotes y del soberano Pontífice.

Su Monarca. Mas los hijos de Israel gobernados de este modo, no estaban sin Monarca. Eran la nacion escogida y el pueblo de Dios, y Dios era su Monarca. Asi es que el gobierno de Israel no era, ni aristocrático, ni democrático, ni republicano, ni monárquico humano, ni otro alguno de cuantos se han conocido. Era un gobierno monárquico divino. Era un gobierno teocrático, es decir, que tenia por Monarca al Señor que habia querido hacer con él las veces de Monarca humano. Asi es que cuando los Israelitas pidieron tener un Rey, como las demas naciones, el Señor se quejó y dijo á Samuel, que gobernaba entonces el pueblo: no, Samuel, no es á ti, sino á mí, á quien han desechado para que no reine sobre ellos.

Sus Jueces. Sin embargo, este Rey del cielo se elegia, cuando era su divina voluntad, sus vicegerentes en la tierra, y estos eran los que llamamos Jueces de Israel, y cuya historia, aunque muy compendiada, ocupa uno de los libros santos con el título de *libro de los Jueces*. Comprende trece que fueron Otoniel, Aod, Samgár, Débora con Barác, Gedeon, Abimelec, Tola, Jairo, Jepté, Abesán, Abilón, Adón y Sansón, porque la historia de Helí y Samuel que tambien fueron Jueces de Israel, se halla en el libro primero de los Reyes. Todo el tiempo que duró este gobierno, que fué como de trescientos años, experimentaron los Israelitas sus alternativas, ya humillados bajo el poder de sus enemigos, cuando pecaban

contra el Señor, y ya levantados de su humillacion por medio de estos Jueces que les enviaba el Señor cuando se volvian á él y le pedian misericordia. De este modo les hacia ver que el único medio de triunfar de sus enemigos y asegurarse la proteccion de su Monarca divino, era mantener en su pureza la celestial religion de sus padres y guardar sus santos mandamientos, y que de lo contrario, no debian esperar sino el desamparo de Dios y la dominacion terrible de sus encarnizados enemigos. Aunque la mayor parte de estos Jueces les fueron dados para librarles del yugo que por sus prevaricaciones les habian puesto, ya unos, ya otros enemigos, algunos no tuvieron otro encargo que, como enviados extraordinarios de Dios, administrar justicia en Israel con una autoridad superior y mas firme que la del consejo de los Príncipes y ancianos de las tribus. En fin, este libro contiene, por decirlo asi, la historia de la justicia y la misericordia de Dios para con todos los hombres y particularmente para con los hijos de Israel.

Gobierno de cada tribu. Moisés y Josué fueron los dos grandes hombres que se eligió el Señor para trasplantar á su pueblo escogido de la esclavitud de Egipto á la tierra de promision. Moisés le sacó de Egipto, le condujo cuarenta años por el desierto y le llevó hasta las márgenes del Jordán; y Josué conquistó la tierra de Canaán y le puso en posesion de ella. Aqui concluyó la obra de la promesa hecha por Dios tantas veces á sus padres. Asi que, Josué, al ver llegar su muerte, no trató, como Moisés, de proveer de

un sucesor á Israel, porque acabada la obra, no era ya necesario, y en adelante, segun el orden que el Señor habia dado á la nacion por medio de Moisés, cada tribu debia ser gobernada por sus principales ancianos y padres de familia; y toda la nacion por el Sanedrin ó gran Consejo, compuesto de setenta ancianos escogidos de todas las tribus, y presididos por el sumo Sacerdote. Tambien debian celebrarse, cuando ocurrian negocios dificiles y de gran consecuencia y gravedad, juntas generales, compuestas de los Príncipes de las tribus, y de sus ancianos y magistrados, y presididas por el gran Sacerdote para determinarlos; y como era el Señor su Monarca, se le consultaba cuando se dudaba del acierto.

Conquista de cada tribu. Tal fué el caso en que se encontró Israel despues de la muerte de Josué. Este ínclito y valiente General habia exterminado los Cananeos en número suficiente, como ya se ha dicho, para dar habitacion cómoda y espaciosa á los hijos de Israel, pero quedaba á cada una de las tribus el deber de irlos exterminando al paso que se aumentase, y en diez años que habia pasado desde el fin de las guerras de Josué hasta su muerte, se habian aumentado mucho y necesitaban volver á tomar las armas para ensanchar sus posesiones é irlos acabando hasta su total exterminio, en cumplimiento del decreto del Señor; pero se dudó cual de las tribus debia abrir la campaña para acabar con los Cananeos que habian quedado en la tierra de Israel. Para esto se tuvo una junta general y se creyó que la

de Judá debía principiarla, porque habia mucho tiempo que estaba en la posesion de ocupar primer lugar. Ella habia ido la primera en las marchas de Israel por el desierto, se la habia señalado por la suerte la primera y mejor porcion de la conquista, y era considerablemente superior en número á todas las demas tribus. Estas razones parecian suficientes para poner á Judá antes que otra alguna las armas en la mano; pero como las guerras de Israel se habian de hacer bajo la proteccion del Señor, si habian de conducir á la victoria, quiso la Junta que se consultase á su divino Monarca para contar con su proteccion ó desistir de la empresa. Se consultó, pues, al Señor por medio del gran Sacerdote Finees, diciendo: ¿cuál subirá delante de nosotros contra el Cananeo, y será la que guie en esta guerra? Y respondió el Señor: Judá subirá. He ahí que yo he puesto la tierra en sus manos.

Judá y Simeon. Asegurada la tribu de Judá de la proteccion del Señor, se preparó para romper la campaña. Mas como la tribu de Simeon tenia su suerte con la tribu de Judá, se creyó que estaba comprendida en la proteccion que el Señor habia prometido á esta, y se la convidó á que se uniese con ella. Unete conmigo, dijo la tribu de Judá á la de Simeon. Pelearemos contra el Cananeo en mi suerte y en la tuya, y Simeon fué con Judá y pelearon juntos. Estas dos tribus reunidas se pusieron en campaña, mientras que las otras observaban á los enemigos que habia en las suyas, teniéndolos en respeto para que no acudiesen á la defensa de los

que combatian Judá y Simeon. Estas subieron contra el Cananeo y Fereceo y el Señor se los entregó. Acometieron en seguida á Bezec, ciudad fuerte, bien guarnecida y defendida por su Rey Adonibezec en persona; la tomaron y dieron la muerte á todos los idólatras que no pudieron huir de ella. El Rey huyó, pero le siguieron fuertes destacamentos, le alcanzaron y trajeron al campo de los vencedores. Luego se le habria hecho morir, como á tantos otros Reyes que no perdonó Josué; mas el Señor le destinó á ser un egemplar de su divina justicia. Se le cortaron las extremidades de las manos y los pies, y cuando se vió Adonibezec mutilado y en tan lastimoso estado; bien merezco, exclamó, este tratamiento. Setenta Reyes, cortadas por mi orden las extremidades de sus manos y sus pies, recogian bajo de mi mesa las sobras que caían de mi comida. Asi como yo hice, asi ha hecho el Señor conmigo. ¡Castigo justo que jamás deja de imponer el Señor á los criminales ó en esta ó en la otra vida! El ejército victorioso llevó consigo á Adonibezec á la conquista de Jerusalén y allí murió.

Jerusalén tan famosa en adelante por ser trono de la religion y del imperio, y tambien por los obstinados sitios que sostuvo contra los Príncipes mas poderosos del mundo, no era al presente mucho mas fuerte que las ciudades que ya se habian conquistado. Se batió, se asaltó y fué tomada, pasada á filo de espada, saqueada y entregada á las llamas; pero tenia esta ciudad sobre un monte, el mas alto de todo el pais, una ciudadela llamada la fortaleza de Jebus. Esta no fué

tomada con la ciudad, y es bien creible que en esta omision principió la prevaricacion del mandato que todos tenian de exterminar los idólatras y no permitir que viviesen entre los hijos de Israel. Estas dos tribus debieron tomar la fortaleza por mas defendida que estuviese, puesto que contra el poder del Señor que les llevaba de victoria en victoria no habia defensa. Sin embargo el Señor no dejó de proteger á estas dos tribus en toda la campaña por esta falta, y de aqui infieren algunos que tenia particulares designios acerca de la rendicion y exterminio de estos Jebuseos, y que nunca permitió que tratasen con los Hebreos. Pero sea de esto lo que fuere, no puede dudarse que estas dos tribus continuaron su campaña con la misma proteccion, y consiguieron quanto emprendieron. Por la parte oriental de Judá bajaron al mediodia y todo lo conquistaron, habiendo perecido en estas guerras un gran número de idólatras. A su vuelta del mediodia emprendieron la toma de dos ciudades fuertes Hebron y Dabir que pertenecian al valeroso Caleb y que habian sido tomadas por Josué y vuelto al poder de los hijos de Enac.

Caleb, en la edad de noventa y cinco años asistia en persona á esta conquista y regularmente mandaria en ella. Hebron fué embestida, asaltada, tomada y pasada á filo de espada á pesar de la defensa que hicieron Sesai, Ahiman y Tolmai, todos tres hijos de Enac, de una estatura monstruosa y fuerzas gigantescas. Hebron estaba en el número de las ciudades Sacerdotales, y Caleb tuvo por grande honra que viviesen los Sacerdotes

del Señor en la heredad de su familia. La toma de Hebron facilitó la de Dabir, llamada antiguamente Cariatsefer y perteneciente también á la propiedad de Caleb. En la toma de esta ciudad se usó de un medio del que no se habia echado mano en la de las otras ciudades. Acaso quiso la divina providencia proporcionar por este medio el primer Juez á Israel. Caleb propuso un premio. Yo daré, dijo, á mi hija Axa por muger á aquel que hiriere á Cariatsefer y la destruyere. El premio de esta victoria merecia sin duda que se despreciasen los peligros del asalto. Era Caleb el hombre mas distinguido entre los hijos de Israel y la mano de esta ilustre Israelita era de muy alto honor para no hacer que aspirasen á ella los mas valientes del egército. Otoniel fué el dichoso entre los valientes que tomó la ciudad y que recibió por muger á la hija del famoso Caleb. Este venerable anciano tuvo un gran placer en dar á su hija en matrimonio á un valiente de Israel, pero llegó al colmo su alegría cuando vió que este valiente era su sobrino, hijo de su hermano Genez.

Colocacion de las familias Cineas. Despues de poner á Caleb en la posesion de sus ciudades, se trató de la colocacion de las familias Cineas descendientes de Hobab, hijo de Jetró, que traía su origen de los pueblos Cineos, y fué suegro de Moisés. Cuando el pueblo de Israel levantó su campamento del pie del monte Sináí para continuar su viaje á la tierra prometida, dijo Moisés á Hobab, su cuñado: nos partimos á la tierra que Dios nos ha de dar. Ven con nosotros para que



te hagamos bien, porque el Señor ha prometido bienes á Israel. Hobab se negó y dijo que queria volverse á la tierra en que habia nacido que era la de Madian; pero Moisés le instó diciendo: si vienes con nosotros te daremos lo mejor que hubiere de las riquezas que el Señor nos ha de dar. Hobab se rindió y caminó con Moisés, incorporado en sociedad y religion al pueblo de Israel. Esta promesa hecha á Hobab por Moisés, es la que se trata de cumplir ahora. Los descendientes de este Cineo se habian establecido en la ciudad de las Palmas, cercana á Jericó, y allí permanecieron mientras que vivió Josué; pero ellos querian vivir en las campiñas ó desiertos de Judá situados al mediodia de esta tribu. Para cumplir sus deseos y la promesa de Moisés, fué preciso ir á lo último de la tierra prometida y destruir los Cananeos que quedaban por aquella parte. Esto se egecutó con tanta mayor actividad y contento, cuanto proporcionaba el entero cumplimiento del voto que habia hecho Israel al Señor de entregar al anatema todas las ciudades del Rey de Arád, que les salió á hacer la guerra en el desierto, cuando caminaban á la tierra prometida, porque solo pudieron destruir entonces las que hallaron al paso. Las tribus de Judá y Simeon seguidas de los Cineos abanzaron hasta la ciudad de Sefat que era la mas fuerte del Reino, y la tomaron, saquearon y entregaron á las llamas. Se estendieron en seguida por las campiñas y exterminaron á los Cananeos, sus pueblos y ciudades tan completamente, que se llamó aquel pais y principalmente la ciudad de Sefat, *Horma*. Esto es *anatema*

ma, porque todo quedó exterminado. Libres de Cananeos aquellos terrenos, se establecieron en ellos los Cineos, hijos de Hobab, y vivieron con la tribu de Judá en lo sucesivo.

Recabitas. De estos Cineos descendieron trescientos años despues aquellos famosos Recabitas que fueron como los Anacoretas ó Solitarios del antiguo testamento. Jonadab, hijo de Recab, les dió las reglas y ordenaciones que observaron con tanta fidelidad y constancia. Vivian en soledades bajo de tiendas ó en cabañas, y se ocupaban en leer los libros santos, estudiar en ellos la ley del Señor, admirar, bendecir y adorar sus bondades, ensalzar sus glorias, cantar sus alabanzas y vivir de su santo amor. Su fundador Jonadab prohibió, entre otras cosas, el uso del vino, tanto á ellos como á sus familias, y fueron tan exactos en el cumplimiento de este mandato, que el mismo Dios les puso por egemplar á los Judíos para reprehenderles la falta de cumplimiento de su divina ley, como lo vamos á ver.

Con motivo de la guerra que hacia el Rey Nabucodonosor á Joaquin, Rey de Judá, se vieron precisados los Recabitas á dejar las chozas ó cabañas en que vivian en aquellas soledades, y retirarse á Jerusalén para no caer en manos de sus tropas, que todo lo talaban. Por este tiempo profetizaba Jeremías, ó mas bien lloraba la cautividad de los Judíos, que iba á verificarse en castigo de sus enormes prevaricaciones. El Señor misericordioso por sí, y justiciero por nuestra culpa, se valió del egemplo de los Recabitas, que en la actualidad se hallaban en Jerusalén despues de

trescientos años de vida solitaria, para reconvenirles, reducirles á la penitencia y perdonarles, y para esto dijo á Jeremías: vete á la casa de los Recabitas, llévalos á la casa del Señor y dáles vino á beber. Y tomé, dice el Profeta, á Jezonías y á sus hermanos y á todos sus hijos y á toda la casa de los Recabitas y los introduje en la casa del Señor y puse delante de ellos copas llenas de vino, y les dije: bebed; pero ellos respondieron: no beberemos vino, porque Jonadab, hijo de Recab, nuestro padre, nos mandó, diciendo: no beberéis vino, vosotros, ni vuestros hijos jamás, y casa no edificareis y semillas no sembrareis y viñas no plantareis, ni las poseeréis; mas en tiendas habitareis todos los días de vuestra vida. Hemos, pues, obedecido á la voz de Jonadab, hijo de Recab, nuestro padre, en todas las cosas que nos mandó.

Anda, me dijo aquí el Señor, dí á los varones de Judá y á los habitantes de Jerusalén: han sido obedecidas las palabras de Jonadab, hijo de Recab, que mandó á sus hijos que no bebiesen vino y no lo han bebido hasta el día de hoy porque han obedecido el precepto de su padre, y yo os he hablado á vosotros y no me obedecisteis, y os envié mis Profetas y no inclinasteis vuestro oído ni me escuchasteis. Los hijos de Jonadab, hijo de Recab, han obedecido el mandato de su padre, mas este pueblo no me ha obedecido; por lo cual haré venir sobre Judá y sobre todos los habitantes de Jerusalén toda la aflicción que he dicho contra ellos, porque he hablado y no me han escuchado, he mandado y no me han obede-

cido; y dijo Jeremías á la casa de Recab: porque habeis obedecido el mandamiento de Jonadab y habeis hecho todas las cosas que os mandó; esto dice el Señor: no faltará varon de la descendencia de Jonadab, hijo de Recab, que esté delante de mí todos los dias.

Ningun elogio mas grande de la obediencia de los Recabitas y ninguna reconvencion mas terrible de la inobediencia de los Judíos. Jonadab fundador de estos hijos de la obediencia, vivia en tiempo de Jeu, Rey de Israel, y se merecia tanta consideracion que este Rey hizo que subiese á su carroza y le acompañase quando entró por primera vez en su córte. Acaso descendian de estos famosos Recabitas aquellos fervorosos Esenos que algunos Padres de la Iglesia equivocaron con los fervorosos fieles de los primeros tiempos del cristianismo. Lo cierto es que San Gerónimo dice: que asi estos Recabitas, como Elias, Eliseo y los hijos de los Profetas, fueron el modelo de los Monjes de la Iglesia de Jesucristo.

Guerra con los Filisteos. Despues de la colocacion de los Cineos en el mediodia de Judá, parecia que iba á concluirse la guerra de estas dos tribus. Al norte se habia tomado á Bezece y á Jerusalem. Por mediodia habian sido exterminados los gigantes y puesto Caleb en posesion de su herencia. El reino de Arad acababa de ser conquistado y establecidos en su territorio los Cineos. Por el oriente no habia enemigos que combatir, solo restaba destruir á los Filisteos que ocupaban las riberas del mediterráneo al occidente. Se emprendió esta última conquista y se tomaron las

plazas de Gaza, Ascalón, Acarón y sus territorios; pero sea que los Filisteos, como colonia de Egipcios, no entraban en el anatema pronunciado contra los Cananeos; sea que las dos tribus desconfiaron de poderlos vencer al ver en las llanuras sus carros armados (desconfianza injusta é inexcusable, pues habían visto ellos mismos á Josué destruir el grande ejército de la liga, tomar y quemar la multitud de sus carros armados y desjarretar sus caballos) la conquista de los Filisteos no se llevó á cabo. Ya veremos en el discurso de esta historia cuan importante habria sido al reposo de Israel la entera destruccion de estos enemigos del pueblo de Dios.

Efrain y Manasés. Sería cosa difícil determinar á punto fijo cuántas batallas dieron y cuántas campañas hicieron estas dos tribus unidas; y no lo sería menos averiguar las peleas de las otras tribus, ni el tiempo que duraron las guerras obstinadas que todas se vieron precisadas á hacer, porque apenas hablan los libros santos. Sin embargo, nos dicen que las dos tribus de Efrain y Manasés, que componian la casa de José, subieron á tomar á Betel que antes se llamaba Luza, y que fué el Señor con ellas. En efecto, experimentaron bien su divina protección, porque cuando ya habían puesto cerco á la ciudad, vieron á un hombre que salia de ella y le dijeron: manifiéstanos la entrada de la ciudad y usaremos contigo de misericordia, y habiéndosela él mostrado, entraron en la ciudad sin que les costase ni un solo ataque, y la pasaron á filo de espada; pero dejaron ir libre al

hombre que se la habia manifestado con todos sus parientes y sus bienes, el que pasó á morar en la tierra de Hetin, fuera de la tierra de promision, y edificó allí una ciudad que llamó Luzá, para conservar la memoria de su pátria en la cual no esperaba volver á poner jamas los pies. ¡Hombre infeliz que pudiendo incorporarse con su familia al pueblo del Señor, siguiendo el egemplo de la venturosa Rahab y su parentela, adorar en él al Dios verdadero, servirle y merecer la vida eterna, prefirió abandonar su amada pátria y fundar en tierra estraña una ciudad para dar culto al demonio en sus ídolos y perderse eternamente! Pero adoremos aqui los incomprendibles juicios del Señor que recibe en el seno de su pueblo á Rahab y deja ir camino de su perdicion á este Amorreo.

Relajacion de Israel. Hasta aqui todo iba bien y el Señor manifestaba estar satisfecho de la obediencia de su pueblo en la proteccion que le dispensaba en sus conquistas, y victorias que concedia á sus armas: mas entretanto que Israel conseguia triunfos gloriosos, sufría pérdidas irreparables. Un precioso número de ancianos, que habia en los campamentos y en los egércitos, iba desapareciendo. Estos respetables Israelitas, testigos oculares en su juventud de las maravillas que habia obrado el Señor en Egipto y despues en el desierto, cuidaban con mucho celo que se cumpliesen con toda exactitud las ordenaciones del Dios de los portentos, y eran mirados como los oráculos de la nacion; pero no pasaba dia en que la hoz de la muerte no segase algunas de es-

tas venerables cabezas, como espigas sazonadas ya por los años. La juventud insensiblemente iba dominando y aquí principiaron el desórden y las desdichas de Israel. Este aflojaba cada dia en la rectitud de sus principios. La juventud queria la libertad y las condescendencias. La guerra variaba, y ya en vez de seguir exterminando los idólatras segun el mandato del Señor, y acabar de limpiar la tierra prometida de adoradores del demonio, para que la ocupasen únicamente los adoradores de Dios, no solo no se les exterminaba, sino que se llegaba á contraer alianzas con ellos. Principiaron por hacerles sus tributarios y acabaron por hacerles sus aliados y vivir con ellos. De este modo fueron caminando de mal en peor á pesar de los clamores de los pocos ancianos que quedaban. En vano gemian, exhortaban y amenazaban estas ancianas cabezas; ya era muy débil su voz para lograr impresion. Una humanidad mal entendida, una humanidad contra el mandato de un Dios, dueño de todas las vidas y de todos los terrenos, era el pretexto para las prevaricaciones que se hacian en Israel.

- *Un Angel le corrige.* Cuando ya los ancianos nada pudieron alcanzar, el Señor se dió por entendido, y aunque esta vez no echó mano de su justicia, se valió de la amenaza y el terror para corregir á un pueblo al que aun no queria castigar. Estando reunida la nacion en Silo, sin duda para celebrar alguna fiesta religiosa, porque estaba allí el arca santa, se presentó de improviso un Angel y les dijo en nombre del Señor: yo os saqué de Egipto y os introduje en la tierra que

prometí con juramento á vuestros padres; yo ofrecí que jamas invalidaria mi pacto con vosotros, pero con tal de que vosotros no hicierais alianza con los habitantes de esta tierra, sino que derribarais sus altares; y vosotros no habeis querido oír mi voz. ¿Porqué habeis hecho esto? por lo mismo no he querido borrarlos de vuestra presencia para que ellos sean vuestros enemigos, y sus dioses vuestra ruina; y con esto desapareció el Angel. Estas reprensiones y amenazas hechas de parte de Dios por un Angel, causaron grande impresion en los corazones de todos y por todas partes no se oían sino suspiros, ni se veían sino lágrimas en tanta abundancia, que el paraje donde estaban reunidos se llamó *el lugar de los lloradores*. Ofrecieron sacrificios al Señor y procuraron aplacar su justo enojo con su arrepentimiento y sus lágrimas. Su pesar en esta ocasion fué verdadero y sus propósitos sinceros, y así consiguieron que se aplacase el Señor. Despues de este suceso sirvieron á Dios constantemente hasta que la fiel y piadosa generacion presente fué reunida á sus padres.

Principia la idolatria de Israel en la tierra de promision. Entonces una nueva generacion que no habia visto los prodigios del Señor y que, incrédula, solo contaba con lo que veía para poder ser impía como todos los incrédulos de todos los tiempos, se entregó á hacer lo malo delante del Señor y no se contentó ya con vivir con los idólatras, comerciar y hacer alianzas con ellos, sino que pasó á dar las hijas de Israel por esposas á los incircuncisos de Canaán, y los hijos de

Jacob á las mugeres Amorreas; de donde se siguió que las Israelitas perdian su religion viviendo con los idólatras, y las idólatras robaban su religion á los Israelitas. De este modo maridos y mugeres, padres é hijos vinieron á precipitarse en la idolatría, adoraron á Baal y Astarot y sirvieron á los ídolos.

Parece increíble que los hijos de aquellos Israelitas que delante de Josué protestaron tantas veces y de tantas maneras que jamas dejarian de servir al Scñor y que nunca servirian á Dioses agenos, pudiesen en tan poco tiempo caer en la idolatría. Parece increíble que un pueblo escogido por Dios para depositario de su divino culto, un pueblo que nació, se crió, caminó y acababa de establecerse á costa de portentos, pudiese dar al traves con todo, olvidarse de todo, despreciarlo todo, atropellar por todo y caminar á ofrecer incienso á los ídolos. Esto, repito, parece increíble; pero es necesario tener presente que las bebidas en materia de religion son cancerosas y si no se aplica luego el cauterio, acaban por dar la muerte. No hubo en la tierra de Israel como en las campiñas de Moab, ni Finees ni Jueces que cortasen el contagio; no hubo caudillos colgados en públicos patíbulos, ni veinticuatro mil criminales sacrificados por la justicia divina, y el mal llegó al último extremo. Consecuencias, resultados, frutos amarguísimos de la tolerancia religiosa. Se principia por cosas que parecen pequeñas; se pasa mas adelante, y se disimula; se va socabando el edificio, pero no se advierte, porque el público continua en la misma religion; se des-

cubren algunas de sus heridas y aunque al principio asusta su vista, la costumbre de verlas sosiega el susto; al principio escandalizan, pero con el tiempo se llegan á mirar como novedades de que nadie debe escandalizarse; cesa por general el enojo contra los impíos; se clama caridad, sufrimiento, tolerancia, y en esta situacion de los espíritus el menor movimiento trastorna ó echa por tierra el edificio. Se trastorna la religion y al fin cae. Se atribuye su caída á la última causa visible, pero esto es un engaño. Poco á poco se habian ido socabando sus cimientos y el último golpe no hizo otra cosa que verificar su ruina.

Esto sucede en las naciones que rompen la unidad de la fé, Mezclan la verdad con la mentira y caminan al templo del error á ofrecer incienso al ídolo de la heregía. Esto mismo sucedió á Israel para venir á caer en la sima de la idolatria. Se principió conservando á los Cananeos por falsa compasion en vez de exterminarlos por compasion verdadera; se pasó á vivir con ellos, á entrar en alianzas hasta contraer matrimonios y se acabó por tomar su religion, caminar á los templos de sus dioses y adorarlos. Por eso no es de estrañar que despues de tan solemnes protestas se verificase tan terrible caída, de la que no se habrian levantado, si Dios no hubiese tomado uno de aquellos medios de que usa su misericordia cuando quiere conservar su divina religion en un pueblo, un reino ó una nacion.

Su castigo. Asi fué que el Señor para corregir á este pueblo, que no queria abandonar, pa-

só de las amenazas á los castigos. Entregó al prevaricador Israel en manos de Chusan Rasatain, Rey de Mesopotamia. Ocho años gimieron en la mas vergonzosa servidumbre unos hombres que habian nacido para mandar á Reyes y obedecer solo á Dios. Nada nos dice el testo sagrado de lo que pasó entre Chusan y los Hebreos para venir estos á ser sus esclavos y este silencio nos manifiesta que era el Señor quien armaba poderosos enemigos contra ellos para castigar sus delitos. A los ocho años de sus idolatrías se siguieron otros ocho de luto y llanto en la mas dura esclavitud. En este tiempo sus miserias y su vergonzoso estado les hizo volver en sí mismos y conocer que habian sido desamparados de Dios, porque ellos habian desertado de sus divinas banderas y los habia entregado á tan pesados castigos, porque habian sido infieles á sus promesas y juramentos. Reconocieron su culpa, detestaron su prevaricacion, se volvieron al Señor y clamaron con un corazon contrito y humillado el perdón de su desercion. Entonces el Señor, que solo queria ver arrepentido y enmendado á su pueblo, le envió el primer Juez de Israel para que le librase de su cautiverio sacándolo del poder de Chusan, su tirano.

Los libertadores y gobernadores de Israel, á quienes se dá el nombre de *Jueces*, eran unos hombres que enviaba el Señor ó se elegia ó recibia el pueblo en ciertas circunstancias para que le sacasen del poder de sus enemigos, ó le librasen de caer en él, y tambien para que le gobernasen. La forma de Gobierno que Moisés,

de orden del Señor, habia dado al pueblo de Israel no necesitaba de estos Jueces, y solo sus extravíos eran los que les hacian necesarios. Cada tribu en particular tenia sus ancianos, sus cabezas de familias y sus magistrados que la gobernasen; y la nacion en general tenia sus Sacerdotes, su Pontífice, sus leyes santas por regla, y su Dios por Monarca. Tal era la forma de Gobierno del pueblo de Dios. Por ella se habia dirigido desde que murió Josué en un buen número de años, y si los hijos de Israel no hubieran abusado de la libertad que disfrutaban en esta Monarquía divina, habrian sido siempre felices. Gobernados y protegidos por un Monarca Omnipotente é infinitamente bueno y sábio, nunca habrian tenido necesidad de estos Jueces ó enviados extraordinarios, cuya historia vamos á principiar.

HISTORIA DE LOS JUECES DE ISRAEL.

Esta no se hallará siempre tegida de gran número de sucesos, tal vez una sola batalla incluye toda la historia de un Juez, y tal vez se halla reducida á estas precisas noticias: el pueblo prevenció, fué castigado con la opresion, se reconoció, Dios se apiadó de él, le envió un Juez ó libertador que le sacó de ella y en su muerte le dejó en paz: pero tambien hay casos en que esta historia es rica y abundante en sucesos extraordinarios y siempre en instrucciones saludables.

55 *Su autoridad.* *56* Un Juez en Israel no era un Rey ni tampoco un mero General. Tenia autoridad para formar ejército, mandar las armas y hacer la paz ó la guerra. Esta autoridad no se limitaba al ramo militar, era ademas el Juez de las diferencias, el protector de la religion y las leyes y el vengador de las infidelidades; pero no tenia facultad para dar nuevos reglamentos á Israel, ni derecho al trono, ni elegir sucesor de su sangre, ni de la agena. Mientras duraba su judicatura era el primero y mas distinguido en Israel, pero no era su Rey ni su Monarca; porque su Rey y su Monarca era Dios. La familia de un Juez de Israel, despues de su muerte, no salia del estado en que se hallaba al tiempo de su elevacion y toda su autoridad desaparecia con su persona. El poder de estos Jueces duraba tanto como su vida, y su puesto regularmente no se ocupaba luego que llegaba á vaçar. La eleccion era de Dios, mas que del pueblo. Algunos Jueces fueron honrados con una vocacion señalada con prodigios, y todos tuvieron de ella pruebas bastante sencillas para hacerla incontestable. Casi siempre la concedia el Señor á varones respetables por sus antecedentes como lo fué el fiel Israelita de cuya breve historia vamos á ocuparnos.

Otoniel, primer Juez. Era de la tribu de Judá, hijo de Cenez, hermano menor de Caleb. Era aquel famoso Otoniel que asaltó y destruyó la ciudad de Dabir y mereció en premio de su valor la mano de Axa, hija de Caleb y su prima carnal. El Señor, que ya en esta ocasion habia dado á entender que tenia designios particulares sobre Otoniel,

derramó ahora en su alma el espíritu de sabiduría y fortaleza y le dió á Israel por libertador de la esclavitud en que le tenia Chusan Rafatain, Rey de Siria. El valiente Otoniel salió contra él á campaña, le acometió, le batió, le derrotó, y el Señor le puso en sus manos. Con la muerte de Chusan recobró Israel su libertad y sirvió fielmente al Señor todo el tiempo de Otoniel. La tierra quedó en paz cuando murió este primer libertador de la primera esclavitud que sufrieron los hijos de Israel en la tierra prometida en castigo de su primera idolatría.

Segunda idolatría. No se puede señalar fijamente el tiempo que los Israelitas gozaron de esta libertad; pero se puede asegurar que fué tanto cuanto duró su fidelidad. Mas al fin desapareció esta de Israel. Volvieron á hacer lo malo delante del Señor. Se entregaron de nuevo á la idolatría y el Señor dió fuerzas contra ellos á Eglon, Rey de Moab, porque Israel había hecho lo malo en su divina presencia. Tenia el Señor guardados, por decirlo así, en las cercanias de la Palestina, vengadores de su gloria, y cuantos vecinos rodeaban á Israel eran otros tantos látigos que tenia en su divina mano para castigar sus rebeldías. Cuando Israel era fiel, el Señor enfrenaba á sus enemigos, pero cuando este pueblo inconstante é ingrato volvía á sus prevaricaciones, el Señor soltaba el freno y dejaba cargar sobre Israel el peso de sus terribles vecinos.

Su castigo. Eglon, Rey de los Moabitas y sucesor de aquel perverso Balac que por consejo del malvado Balaán hizo caer á los hijos de Israel

en los lazos de las hijas de Madian y en la idolatría de Beelfegor, se unió á los Amonitas descendientes de Amon, primo hermano de Moab, con los dobles lazos del interés y la sangre y con igual deseo de destruir ó al menos dominar á los Israelitas. Tambien se coligaron con estos enemigos los Amalecitas, descendientes de Amalec, nieto de Esau, enemigos constantes de los hijos de Israel desde las disensiones de Esau con su hermano Jacob. Eglon fué quien se puso á la cabeza de esta reunion de enemigos. Nada habria importado esta conjura al pueblo de Dios, como no importó á Josué la de los Cananeos, si hubiera tenido á Dios contento como le tenia Josué, pero este pueblo infiel habia vuelto á sus prevaricaciones, habia enojado al Señor, se hallaba sin su proteccion, y cualquier enemigo podia atacarle sin riesgo y vencerle con facilidad. Eglon al frente de las tropas confederadas le derrotó en el primer encuentro, le hizo tributario, y le redujo á la servidumbre por diez y ocho años, agravando el Señor los castigos al paso que se aumentaban los delitos. La primera esclavitud duró ocho años y esta segunda diez y ocho, y sobre larga fué dura y llena de oprobio, porque solo el embrutecimiento á que habian reducido á Israel sus idolatrías, podia hacerle soportable el yugo de aquellos Reyes infieles á quienes habia aterrado el solo nombre de Israel hacía pocos años: pero ellos estaban tan sumergidos en sus abominaciones que apenas bastaron diez y ocho años para que tratasen de salir de tan vergonzosa humillacion y volviesen su corazon al Señor, de quien

le habian apartado y por cuya causa habian sido desamparados y dejados á las manos de sus enemigos. Al fin renunciaron á la infame idolatría y rogaron al Señor que les mirase con piedad, mas era necesaria su inagotable misericordia para oír unos ruegos que no nacian sino del seno de la opresion y del castigo; pero admiremos y adoremos aquí una piedad infinita y una misericordia que no tiene límites como la del hombre.

Aod, segundo Juez. El Señor recibió el arrepentimiento y la enmienda de su pueblo y le concedió otro salvador, como Otoniel, que le sacase de las manos de sus enemigos. Este fué Aod, hombre valeroso y sobre todo fiel Israelita. Era de la tribu de Benjamín, descendiente del amado Benjamín por Gera y cuarto hijo de este Patriarca. Aod era *ambidestro*, es decir, que usaba de ambas manos con igual fuerza y destreza, y esto lo advierte el testo sagrado, porque contribuyó en algun modo al exito de su arriesgada empresa.

Desde que se aceptaron las vergonzosas condiciones que los idólatras quisieron poner al pueblo de Dios, se enviaba todos los años á Eglon una comision que le presentase los *tributos* convenidos; y á fin de evitar este nombre tan odioso y depresivo para el pueblo de Israel, los llamaban *presentes ó regalos*. Aod fué este año al frente de la comision; pero antes de emprender el viaje, se hizo una pequeña daga de dos cortes con su empuñadura, y se la ciñó bajo del vestido sobre el muslo derecho para mayor disimulo. Con esta prevencion salió Aod de la tierra de Israel al frente de la comision y se dirigió á la corte de

Eglon en la tierra de Moab. Presentó sus regalos al Rey y se volvió con sus compañeros á la tierra de Israel.

Nada hizo en esta ocasion para la libertad de su pueblo, á pesar de ir ya prevenido con el acero que le habia de sacar de la esclavitud; fuese esto porque no se le presentase oportunidad, fuese porque no se hallase con todo el corazon que necesitaba la arriesgadísima accion que meditaba; ó mas bien porque el Señor que gobernaba sus pasos, no quisiese permitir el golpe en aquel lance. Lo cierto es que Aod se volvió sin hacer nada. Mas luego que llegó á Gálgala despidió á sus compañeros y se quedó en aquel punto. Era Gálgala el lugar mas apropósito para inflamar su celo y fortalecer su corazon. Allí habia estado por espacio de seis años el arca del Señor en medio de un pueblo fiel, y allí veía ahora los ídolos de Moab colocados por Eglon para escandalizar y hacer que idolatrasen los hijos de Israel. Gálgala habia sido de donde el valiente Josué habia salido en el discurso de los mismos seis años á destruir á los idólatras y la idolatría en el interior de la tierra de Canaán, y ahora era el centro donde se acudia á adorar los ídolos. Las piedras que Josué habia mandado sacar, por orden del Señor, de lo hondo del Jordán, y fijar en Gálgala para testigos de los prodigios del Señor y de la fidelidad de su pueblo, eran ahora testigos de los ídolos y de las mas infames idolatrías. Nada podia inflamar mas el celo de un verdadero Israelita. Aod se dejó penetrar profundamente de estos sentimientos y no pudo sufrir que se ul-

trajase por mas tiempo la gloria del Señor por el tirano de su pueblo.

Volvió á tomar el camino de la córte de Eglon y se presentó otra vez al Rey. Tengo, le dijo, un secreto que comunicaros; y habiendo salido todos los que estaban con él, se entraron en su cámara. Era Eglon demasíadamente grueso y se sentó para oír el secreto. Aod aqui levantó sus ojos al cielo, por cuyo impulso obraba, pidiendo valor. Tengo, dijo á Eglon, una palabra que anunciaros de parte de Dios. Eglon se levantó y Aod sacando la daga que traía oculta al muslo derecho, la clavó con la mano izquierda en el vientre de Eglon con tanta fuerza que yerro y empuñadura quedaron dentro. Aod cerró bien las puertas de la cámara, echó las llaves, y salió por un postigo. Esta accion tan arrojada y valerosa de Aod seria un regicidio si Aod no hubiera procedido por orden del Señor, dueño de todas las vidas y de todos los tiranos, á quienes sufre ó extermina segun las miras de sus adorables designios.

Mientras que Aod se alejaba del palacio, los criados de Eglon se acercaron á la puerta de su cámara y hallándola cerrada, dijeron: acaso está ocupado en sus necesidades naturales. Esperaron mucho tiempo hasta que llegó á pesarles de haber esperado tanto, y entonces forzaron las llaves y hallaron á su amo muerto. Entretanto Aod tuvo tiempo para pasar el Jordán y llegar hasta la ciudad de Seirat en el monte de Efrain. Mandó tocar la trompeta de guerra, y como ya estaban prevenidos los valientes de Efrain y demas Israe-

litas de los contornos, luego rodearon á Aod su libertador, quien puesto á su frente, les dijo: seguidme, porque el Señor ha entregado en nuestras manos á los Moabitas nuestros enemigos. Ellos siguieron con un ardor extraordinario á su libertador; tomaron los vados del Jordán por donde se pasa á Moab y á nadie dejaron vadearle. A pesar de esto encontraron á la otra parte del rio un cuerpo de ejército compuesto de cerca de diez mil hombres todos fuertes y robustos con quienes tuvieron que pelear; pero el Señor los había entregado en sus manos y luego les derrotaron y pasaron á filo de espada sin que se escapase ni uno solo.

En este dia quedó humillado Moab bajo la mano de Israel, y ni Moab ni sus coligados, los Amonitas y Madianitas trataron ya de emprender cosa alguna contra Israel, viéndole reconciliado con su Dios. Aod gobernó por largo tiempo á Israel y los Israelitas fueron fieles al Señor y gozaron de la paz y del reposo todo el tiempo de su gobierno. En su preciosa muerte continuaban los Israelitas siendo fieles al Señor y disfrutando de la misma paz.

Samgar, tercer Juez. Al valiente Aod, segundo Juez de Israel, siguió Samgar, hijo de Anat. Se ignoran su edad, su profesion, sus circunstancias y hasta la tribu á que pertenecía, y solamente se sabe que defendió á Israel como Aod, y que mató con una reja de arado seiscientos Filisteos que eran los enemigos que tenia Israel al lado del poniente, como lo eran los Moabitas, Amonitas y Madianitas al lado del oriente. Una accion tan

extraordinaria y asombrosa fué obrada por aquella fuerza Omnipotente que asistió despues á Sanson para matar otros mil Filisteos con la quijada de un asno. Ninguna otra noticia nos dan los libros santos de este tercer Juez de Israel.

Tercera idolatría. Despues de su muerte los Israelitas volvieron á hacer lo malo delante del Señor. Volvieron á sus idolatrías y el Señor los entregó en manos de Jabin, Rey de Canaán. Ninguna dominacion mas vergonzosa y llena de oprobio para los hijos de Israel que la de un Rey Cananeo; pero ninguna mas justa ni mas propia para confundir su orgullo y castigar sus prevaricaciones. Ellos, contra el mandato del Señor, habian dejado con vida á los Cananeos y los Cananeos fueron los tiranos que vinieron á esclavizarlos. Sin duda era una ignominiosa ignominia para la sangre de Jacob ser dominada por la sangre de Canaan, y para los descendientes de Sem venir á ser los esclavos de la descendencia de Cam; pero ellos se tenian la culpa y de nadie podian quejarse. Con haber exterminado los Cananeos como les mandó el Señor, se habrian librado de este oprobio. Cuando Josué conquistaba la tierra de Canaán, Jabin, Rey de Asor, era acaso el mas poderoso de toda la Palestina. Josué le derrotó, tomó á Asor su córte, la quemó y destruyó las principales ciudades del Reino. Jabin y su egército fué pasado á filo de espada y quedó tan poco que hacer para acabar con los Cananeos en la parte del norte, como en las demas en que habia hecho la guerra el General. Solo faltaba á los Israelitas una voluntad resuelta y constante

para acabar con todos los Cananeos; pero faltó esta voluntad y aquí estuvo la desgracia de los hijos de Israel. Moisés les había exhortado con la mayor vehemencia á que no dejasen con vida ni un solo Cananeo como mandaba el Señor, y les dijo que si no lo hacian, los Cananeos serian como clavos en sus ojos y lanzas en sus costados, y esto se vino á verificar en este cautiverio.

Su castigo. Asor fué reedificada y Jabin, descendiente de aquel otro Jabin á quien quitó la vida Josué, reinaba ya en ella por la falsa compasion de Israel. Los Cananeos de todos los puntos de la tierra prometida hicieron causa común con Jabin contra Israel, y Jabin llegó á tener un ejército numeroso y novecientos de aquellos carros armados de hoces, que tanto temian los infieles y cobardes Israelitas. Jabin, viéndose tan poderoso, se atrevió á tomar el título de Rey de Canaán, es decir, Rey de la tierra prometida y poseida ya por los descendientes de Abraham, y trató de reconquistarla. Tenia un General famoso por su destreza en la guerra, y muy apropósito para hacerla contra el pueblo de Dios por el ódio implacable que le tenia. Se llamaba Sisara, y merecia toda la confianza de su amo. No vino la desdicha á los Israelitas ni por el poder de Jabin, ni por la destreza y ódio de su General, sino porque se hallaban en desgracia de Dios y desamparados de su proteccion. Asi es que fueron vencidos, ó por mejor decir, subyugados por Jabin, sin combate, ni batalla, porque en ninguna parte leemos que se defendiesen, ni que hiciesen resistencia al ponerles las cadenas de la esclavitud. Sin duda el

temor de los novecientos carros armados le hizo renunciar desde luego el derecho de soberanía que tenían sobre los Cananeos, y entregarle á estos idólatras, quedando reducidos á la clase de esclavos de aquellos mismos esclavos de quienes eran Señores. ¡Qué ignominia para los primogénitos de Sem y la descendencia de Abraham! Pero la brutal idolatría con todo se acomodaba. La esclavitud á que quedaron reducidos fué sin comparacion mas ignominiosa que las anteriores y el tiempo mas prolongado. La primera que sufrieron en la tierra de promision duró ocho años, la segunda diez y ocho, y esta les deshonró por veinte años enteros.

Débora con Barác, cuarto Juez. Hasta después de una esclavitud tan prolongada é ignominiosa los Israelitas no se volvieron, ni clamaron al Señor con aquel corazon contrito y humillado que nunca desprecia. Es verdad que habia un buen número de Israelitas fieles que pedian con fervor la libertad de su pueblo, pero la generalidad de la nacion aun no la merecia. Sin embargo, el Señor iba dejando entrever algunos rayos de esperanza. Una muger habia de ser en esta ocasion el instrumento principal de la salud de su pueblo. Era esta la célebre Débora, de la tribu de Efrain, muger de Lapidot y Profetisa en Israel. El Señor la habia comunicado con el don de profecía el de consejo, y establecido Juez de Israel. Aun no habian vuelto enteramente los Israelitas de sus prevaricaciones, cuando ya Débora los juzgaba bajo de una palma que habia entre Rama y Betel y que se llamó después: *palma*

de Débora. Cuando llegó el tiempo en que el Señor quiso librar á su pueblo ya reconocido, Débora inspirada del Señor, envió á llamar á Barác, hijo de Abinoen, vecino de la ciudad de Cedes, de la tribu de Néptali, y le dijo: el Señor, Dios de Israel, ha mandado que lleves al monte Tabor un egército de diez mil combatientes tomados de los hijos de las tribus de Néptali y Zabulón (y ha dicho) que él llevará por el torrente Cisón (que se despeña por el lado meridional del Tabor) á Sísara, General del egército de Jabin y sus carros y toda su gente y los pondrá en tu mano. Barác, de cuya virtud hace la Sagrada Escritura grandes elogios, no desconfió de la palabra del Señor, pero temió su flaqueza y dijo á Débora: si vienes conmigo, iré, mas si no quieres venir conmigo, yo no iré. Está bien respondió Débora; iré contigo; mas esta vez, no se atribuirá á tí la victoria, porque en mano de una muger (Jahel) será entregado Sísara. Levantóse, pues, Débora y partió con Barác á Cedes. Llamados Zabulón y Néptali subió acompañado de Débora con diez mil combatientes. Supo Sísara que Barác habia subido al monte Tabor, y juntó sus novecientos carros armados de hoces y todo su egército y se encaminó al torrente de Cisón. Entonces dijo Débora á Barác: anda, este es el dia en que el Señor ha puesto á Sísara en tus manos. Mira que el Señor es tu guia. Bajó, pues, Barác del monte Tabor y con él los diez mil combatientes; en este momento el Señor llenó de terror á Sísara, y ya no pudo sufrir ni aun la vista de Barác, llegando á tanto su pavor, que saltó de su

carroza y se entregó á la huida, corriendo á pie cuanto alcanzaba su ligereza y sus fuerzas. Los novecientos carros y aquel espantoso ejército todo se desordenó, todo se trastornó y Barac cargó con todo el ímpetu de sus enardecidas tropas á sus enemigos y les fué acuchillando hasta Harroset, y toda la multitud pereció hasta no quedar ni uno.

Jahel. Sisara llegó huyendo á la tienda de Jahel, muger de Haber, Cineo, descendiente de aquellos apreciables Cineos, hijos de Hobab, cuñado de Moisés, á los que habia introducido Josué con los hijos de Israel en la tierra prometida. Esta familia Cinea vivia bajo de pabellones en la campiña, lejos del comercio de las ciudades, bien fuese por evitar el contagio de estas, ó bien por imitar el modo de los antiguos Patriarcas que vivian bajo de pabellones en el campo. La Cinea Jahel salió al encuentro del General de Jabin con quien vivia en paz su familia, y le dijo: entrad acá, Señor mio. Entrad y no temais. Sisara entró en la tienda, y despues que ella le cubrió con un manto, la dijo Sisara: dame, te ruego, un poco de agua, porque tengo fuerte sed. Ella abrió un odre ó vasija de leche, le dió de beber y volvió á cubrirle. Ponte á la puerta de la tienda, la dijo Sisara, y si alguno te preguntare diciendo: ¿hay aqui alguno? responderás: no hay ninguno. Hasta aqui Jahel pudo proceder guiada de la caridad para con un afligido, y de la paz que habia entre el Rey Jabin y su marido Haber; pero el General cansado de la huida y refrigerado con la leche, se durmió profundamente, y aqui entró la de

Jabel. Consideraba en sus manos al mas encarnizado enemigo de su religion, y los daños que aun podria hacer este enemigo de Dios al pueblo del Señor, y tenia presente que era un Cananeo condenado como tal al exterminio; fulminado por Dios contra todos los Cananeos; por otra parte, aunque se hallaba sola, se sentia con bastante valor para quitar la vida á un General enemigo. El Señor que queria humillar al soberbio Jabin privándole de su General por mano de una muger, y hacer conocer á Barác sus asomos de cobardia, dando tambien cumplimiento á la profecía de Débora, llenó á Jabel de valor en este lance. Arranca esta Cinea uno de los gruesos clavos de que estaba colgada su tienda, toma un martillo, aplica á la sien de Sísara el terrible hierro y dá sobre él tan valiente martillada que no solo pasa de parte á parte la cabeza del General, sino que se clava en la tierra y Sísara queda cosido con ella.

Mas he aquí que Barác venia en seguimiento de Sísara; pero Jabel le fué al encuentro para darle una noticia, que si le era en gran manera interesante y gustosa, no dejaba de reprender el miedo de no haberse atrevido á combatir los enemigos de Dios sin la compañía de una muger, viéndose superado por otra. Ven, le dijo Jabel, yo te presentaré el hombre que buscas; y habiendo entrado Barác en la tienda de Jabel, vió á Sísara tendido, muerto y con el clavo atravesado por las sienes. Este espectáculo fue imponente, admirable y agradable al mismo tiempo para Barác, quien reconoció el poder del Señor en la debilidad de una muger, adoró sus incomprensibles

juicios sobre los hijos de los hombres y bendijo sus inagotables bondades para con su pueblo.

Cántico de Débora. Una victoria, por decirlo así, toda divina, debía ser celebrada con trasportes de alegría; y en efecto, lo fué en medio de las tropas que cubrían la campiña y rodeaban á su piadoso General, Débora, Profetisa del Señor, compuso en el colmo de su gozo un sublime cántico de accion de gracias á imitacion del que habia compuesto Moisés despues del paso del mar rojo, y fué cantado en dos coros como aquel, Débora, Jahel y las mugeres que concurrieron á celebrar la victoria formaban uno y cantaban á su vez, y Barác con sus soldados formaban otro y contestaban en su turno. Este modo de celebrar la victoria y rendir á Dios las gracias era encantador y enagenante, y no lo era menos el cántico en sí mismo. A pesar de lo mucho que pierden los originales en el traslado á otra lengua, y mucho mas todavía en la reducion de verso á prosa, este cántico está lleno de las bellezas de una poesia santa y en todo él resplandece aquel fuégo divino que brilla en los escritos de los Profetas. En él se ven las alabanzas del Dios de los egércitos, unidas á las mas vivas expresiones de agradecimiento del pueblo de Israel, los elogios del General Barác, con los de la valerosa Jahel, y los tiernos afectos de Débora para con su pueblo, de quien se llama aqui madre. Asi esta prudente y virtuosa hija de Israel trasladó á la memoria de la posteridad las maravillas de la diestra del Señor en el cántico con que se celebró tan insigne victoria en este dia.

Concluida una acción de gracias tan agradable al Señor y de tanta alegría para el pueblo, el ejército, sin desunirse, continuó la guerra contra Jabin, y el Señor humilló al Rey Cananeo delante de los hijos de Israel. Cada día se aumentaba el ejército. De todas las tribus acudían Israelitas á hacer la causa comun, y las tropas de Barác, cada vez mas numerosas, cargaban á Jabin y sus Cananeos con tanto brio y constancia que al fin lograron exterminarlos. Barác aqui no hizo sino imitar á Josué, cumpliendo con el precepto del Señor, de acabar con la descendencia de Canaán. Los Cananeos que quedaban esparcidos en los otros puntos de la tierra de Israel, no pensaron ya en reunirse á vista de este mortal golpe, y aunque sus idolatrías fueron siempre un escándalo para los Israelitas, nunca volvieron á tratar de hacerles la guerra; pero inútilmente se exterminaban de la Palestina los hijos de Canaán, si los hijos de Israel les sustitúan en el espíritu de la idolatría. No se podia agotar entre ellos este venenoso manantial de manera que no se estuviese siempre en riesgo de volver á verle brotar. La vigilancia de Barác y Débora suspendieron el curso de esta corriente venenosa por espacio de veinte años que ellos vivieron despues de restablecido el culto del Señor y la libertad de Israel; pero ambos, por desgracia, murieron en este tiempo, esto es, cuarenta años despues de la muerte de Aod y Samgar sus predecesores en la judicatura.

Nuevas idolatrías y nuevos castigos. La muerte de Barác y Débora, de estos dos héroes de Is-

rael, fué el término de la felicidad del pueblo y el principio de nuevas idolatrías y de nuevos castigos. Volvieron los Israelitas á sus prevaricaciones, y la ira del Señor volvió á castigar sus nuevos delitos. Hicieron los hijos de Israel, dice el sagrado testo, lo malo delante del Señor, y el Señor los entregó en manos de Madian por siete años. Este castigo fué en cierto modo mas terrible que los anteriores. Estos enemigos no les daban batallas, mas no por eso dejaban de perder la vida cuantos habian á sus manos. No les imponian tributos, pero les quitaban los alimentos. No daban decretos que les privasen de su libertad, pero les privaban del reposo y de los bienes hasta hacerles morir de hambre. Cuando los Israelitas habian hecho sus sementeras y los sembrados estaban en su lozanía, subian los Madianitas y los Amalecitas y las demas naciones de oriente y sentando sus tiendas en las tierras de Israel, todo lo talaban hasta llegar á Gaza que estaba en el occidente, y nada dejaban á los Israelitas de lo que es necesario para la vida; ni ovejas, ni bueyes, ni asnos, porque todo se lo arrebataban; ni frutos de la tierra, ni pan, ni vino, ni legumbres, porque venian con todos sus ganados y á manera de nubes de langostas lo cubrian todo y todo lo devoraban, dejando desolados los campos donde tocaban. Los hombres y camellos eran, dice la Santa Escritura, una multitud innumerable. Israel fué en extremo humillado delante de Madian y como estaba desamparado de la proteccion del Señor por sus idolatrías, en nada podia resistir, y se vió precisado á huir á los montes, á hacer

grutas y cabernas en ellos, y á fortificar las alturas para poder vivir. Lo mas terrible era que todas las primaveras volvian los enemigos á hacer sus irrupciones y á representar la misma tragedia. No se sabe como pudieron vivir siete años sin cosechas, sin ganados y sin otros alimentos que los que podian ocultar á la rapacidad de unos enemigos que por su multitud todo lo ocupaban y de todo se apoderaban, sin retirarse hasta concluir con cuanto habia en el pais.

Los hijos de Israel, reducidos á la última miseria, se reconocieron al fin, y clamaron al Señor pidiendo misericordia y auxilio contra sus terribles enemigos, y el Señor les envió un Profeta que presentándose á la multitud, exclamó: esto dice el Señor, Dios de Israel: yo os hice subir de Egipto y os saqué de la casa de la servidumbre. Yo os libré del poder de los egipcios y de todos los enemigos que os maltrataban y los arrojé á vuestra entrada y os entregué su tierra y os dije: yo el Señor, Dios vuestro, no temais á los dioses de los Amorreos, en cuya presencia habitais, y no quisisteis oír mi voz. No pasó mas adelante, ni sabemos mas de este Profeta; pero esta reconvenccion, que hizo á Israel de su ingratitud, le excitó á la penitencia que requería el remedio de sus males.

Gedeon, quinto Juez. En efecto, mientras que este Profeta hacia conocer á Israel la indignacion del Señor, le reducía á la penitencia y se retiraba, otro ministro suyo, un Angel le preparaba el libertador que le habia de sacar del poder de sus enemigos. Este Angel del Señor tomó la aparien-

cia de peregrino y vino á sentarse bajo de una encina que habia en Efra y pertenecia á Joas, de la familia de Ezri. Tenia Joas un hijo, hombre ya hecho, llamado Gedeon, el cual se hallaba allí ocupado en trillar y limpiar el grano en su lagar para esconderlo de los Madianitas. El Señor es contigo, varon fuertísimo, dijo el Angel á Gedeon. Miró Gedeon al peregrino y su presencia y su continente le hicieron creer que era un hombre extraordinario, ó algun Profeta, y así le dió el tratamiento. Decidme, Señor mio, le contestó; si el Señor es con nosotros ¿porqué nos han tomado todos estos males? ¿Dónde estan aquellas sus maravillas que nos contaron nuestros padres, diciendo: el Señor nos sacó de Egipto? ¿Cómo ahora nos ha entregado en la mano de Madian? Anda le dijo el Angel, y con esa tu fortaleza librarás á Israel de la mano de Madian. ¿Y cómo, Señor mio, replicó Gedeon, podré yo librar á Israel? Mi familia es la última de Manasés y yo el menor en la casa de mi padre. Yo seré contigo, dijo el Angel, que ya aquí hablaba en nombre del Señor; yo seré contigo y tú derrotarás á Madian como si fuera un solo hombre. Si he hallado gracia delante de vos, dadme, suplicó Gedeon, una señal de quien sois y no os retiréis de aquí hasta que yo vuelva, traiga un presente y os le ofrezca. Y dijo el Angel: yo esperaré hasta que vuelvas. Entróse, pues, Gedeon en su habitacion, coció un cabrito y de un modio ó medida de arina hizo panes ácimos, lo llevó todo bajo de la encina, se lo presentó al desconocido y este dijo: toma la carne y los panes y pónlo sobre

aquella piedra y derrama encima el caldo. Asi lo hizo Gedeon, y habiéndolo tocado el peregrino con la vara que traía en la mano, salió fuego de la piedra y todo lo consumió, y el peregrino desapareció.

¡Ay de mí! exclamó entonces Gedeon, viendo que habia sido un Angel con quien habia estado hablando. ¡Ay de mí, Señor Dios, que he visto un Angel cara á cara! Era una creencia entre los Israelitas que despues de ver á un Angel era preciso morir, y esto temió Gedeon; pero el Señor le dijo: paz contigo. No temas, no morirás. Edificó Gedeon un altar al Señor sobre la piedra en que habia puesto el cabrito y panes ácimos que consumió el fuego que salió de la piedra y le llamó: *paz del Señor*, cuyo nombre conservó á la posteridad la memoria de este admirable suceso. En la noche de aquel dia dijo el Señor á Gedeon: que tomase dos toros, uno de siete años: que destruyese el altar de Baal, ídolo de su pueblo de Efra: que cortase el bosque profano que lo rodeaba: que llevase leña de la cortada y la encendiese sobre el altar que habia edificado en la piedra; y que ofreciese el primer toro en sacrificio de paz y el segundo en holocausto. El toro de los siete años que, ofrecido en holocausto era todo quemado y consumido, significaba que se habian concluido los siete años de la opresion que sufrían de los Madianitas y que iba el Señor á sacarlos de ella.

Gedeon, habiendo tomado consigo diez de sus criados, hizo lo que el Señor le habia mandado. Mas por temor de la familia de su padre y de los

hombres de aquella ciudad que adoraban á Baal, no lo quiso hacer de dia, sino que lo ejecutó todo de noche; y á la mañana, levantados los hombres de aquel pueblo, vieron destruido el altar de Baal, y cortado el bosque y el uno de los toros sobre el altar que se habia erigido en la piedra, y dijeron los unos á los otros: ¿quién ha hecho esto? Y como hiciesen las mas vivas diligencias por averiguar el autor de este atentado, se les dijo: Gedeon, hijo de Joas, ha hecho todo esto. Furiosos contra él, dijeron á su padre: saca tu hijo para que muera, porque ha destruido el altar de Baal y cortado el bosque. ¡Parece increíble que hubiese hijos de Israel, que no pudiendo desconocer al Dios de la verdad, defendiesen á los dioses de la mentira hasta intentar la muerte de un fiel Israelita y querer matarle como sacrílego aquellos mismos que segun la ley debian morir como idólatras! Pero tal era la corrupcion y la ceguera de los Efraimitas. Joas no solo no entregó su hijo á aquellos apóstatas de la ley santísima de Dios, sino que les respondió con una burla y desprecio del ídolo que, sino les confundió y avergonzó, al menos les aplacó, y dejaron de pedir su muerte. Desde aquel dia Gedeon, por este hecho, se llamó tambien *Jeroboal*, ó litigador con Baal. Gedeon ó Jeroboal se aprovechó de la sensacion que habia causado su arrojo para disponer á sus hermanos y familias á que renunciasen á la idolatría y volviesen á entrar en los caminos de la religion. Acaso les descubriría tambien las comunicaciones que la bondad del Señor le habia hecho y su destino á librar el

pueblo de Israel de las manos de los Madianitas y demás naciones orientales. Lo cierto es que pocos dias despues de este ruidoso suceso, sus hermanos y sus principales paisanos los idólatras de Efra eran ya los primeros y mas ardientes cóoperadores á los intentos de Jeroboal.

Mientras que se destruía el altar de Baal y se cortaba el infame bosque en Efra, se reunian Madián, Amalec, y todos los pueblos orientales para hacer su irrupcion en la tierra de Israel como todas las primaveras, y á pocos dias pasaron el Jordán en número de ciento treinta y cinco mil hombres con la multitud innumerable de sus bestias y ganados, y se acamparon en el hermoso valle de Jezrael para estenderse por aquel fértil pais; pero Israel no estaba ya en la desgracia de Dios; el grueso de la nacion se habia reconocido y renunciado á la idolatría; habia vuelto al Señor sus ojos é implorado sus misericordias; y ya los enemigos en el año octavo no habian de hallar, como en los anteriores, Israelitas cobardes y pusilámines que les abandonasen sus campos y sus sembrados sin resistencia.

El espíritu del Señor rodeó á Gedeon cuando ellos acampaban ya en el valle de Jezrael, y le comunicó aquel valor que piden las felices batallas y las grandes victorias. Poseido Gedeon de este espíritu de fortaleza, tomó la trompeta de guerra y tocó llamada á los hombres de la casa de Abiezer, que era la de su familia, y luego se unió á él. Al mismo tiempo envió mensajeros á todos los pueblos de Manasés que tambien le siguieron y á las tribus de Asér, Zabulón y Néph-

tali que vinieron á su encuentro, y en pocos dias se halló al frente de treinta y dos mil hombres, prontos á seguir al General que Dios habia escogido para librarles de las irrupciones y talas de Madian. No convidó á esta guerra á las tribus meridionales, regularmente porque los enemigos no llegaban á sus tierras. Tampoco convidó á la de Efrain aunque era su vecina y aliada, porque esta tribu al paso que valiente era orgullosa, y como el General no era de ella sino de la de Manasés, podria resentirse, y Gedeon juzgó que no le convenia tener bajo de su mando á unos hombres indóciles por buenos soldados que fuesen.

Por otra parte, tenia ya bastantes y aun muchas mas tropas que las que habia de emplear en el combate. Pero Gedeon, así como no cuidaba mucho de aumentar soldados, con nada se daba por satisfecho en cuanto á la proteccion del Señor. Quería estar bien asegurado de ella y hacer ver á sus soldados que era elegido por Dios para esta guerra, á fin de que contasen tambien ellos sobre todo con esta divina proteccion, y para ello se determinó á pedir milagros. Rodeado de sus treinta y dos mil hombres, levantó sus ojos al cielo y dijo al Señor: si habeis de salvar á Israel por mi mano, concededme una prueba. Yo pondré un vellon de lana en la era. Si el rocío cayese en solo el vellon y toda la tierra estuviese seca, sabré que salvareis á Israel por mi mano. Dejó Gedeon un vellon aquella noche en la era y levantándose muy de mañana halló que habia sucedido como lo pidió. Esprimió el vellon y llenó una taza de rocío. Gedeon desconfiaba mucho de

si mismo y se atrevió, como Moisés, á pedir otro milagro en sentido opuesto al primero, diciendo al Señor: no se encienda vuestro furor contra mí, si intentase otra prueba en el mismo vellon. Ruegos que solo el vellon quede seco y toda la tierra mojada del rocío, y el Señor lo hizo tambien aquella noche como lo habia pedido Gedeon. Solo en el vellon hubo sequedad y rocío en toda la tierra. Sin duda que en esta ocasion llegaron hasta una especie de exceso la libertad de Gedeon para con Dios y la condescendencia del Señor para con Gedeon; pero si su Magestad repitió los milagros de su Omnipotencia por la importunidad de un hombre, no tardó tampoco en pedir á este mismo hombre milagros de confianza.

Durante la noche inmediata partió Gedeon de Efra al frente de sus treinta y dos mil hombres y fué á acampar sobre el valle de Jezrael, junto á una fuente llamada Harad, tocando muy de cerca con los Madianitas que en número de ciento treinta y cinco mil se extendian en el valle á la parte septentrional de un collado. A la verdad que era necesaria una resolucion de arrojo para atreverse á acercarse solo treinta y dos mil hombres á un ejército de ciento treinta y cinco mil con ánimo de acometerle; pero no fué esto lo mas. El Señor quiso hacer pruebas de la confianza que exigia á Gedeon. Tienes muchos soldados, le dijo. Madian no será entregado en tus manos por que no se glorie contra mi Israel y diga: por mis fuerzas me libré. Habla al pueblo y manda dar este pregon para que le oigan todos. El medroso y el tímido vuélvase; y se volvieron veinte y dos mil,

quedando solos diez mil. No esperaria Gedeon que un número tan grande de sus soldados reunidos á él sin ser forzados, y testigos de dos milagros que aseguraban su eleccion de General y libertador de Israel, se aprovecharan tan generalmente y con tanta precipitacion de la libertad que se les concedia; pero la firmeza y el valor están en manos del Señor y sus designios dejaron entregados todos estos corazones á la cobardía.

No hizo vacilar á Gedeon una desercion tan lastimosa y estaba pronto á ir al combate con su reducido ejército, mas esta primera prueba de su constancia y su fé, aun no correspondia bastante á los dos prodigios que habia exigido de su Dios, y le dijo el Señor: todavia hay muchos soldados contigo. Llévalos á las aguas y yo los probaré allí. El que yo te dijere que vaya contigo, ese ha de ir; y al que yo vedare ir, vuélvase. Llevó Gedeon su pequeño ejército á un arroyuelo que nacia de la fuente Harad, y cuando ya estaban á su orilla, le dijo el Señor: pondrás á un lado los que lamieren el agua con la lengua á manera de los perros, y á otro los que doblaren las rodillas para beber; y fueron los que habian lamido el agua echándola en la boca con la mano, trescientos hombres. Todo el resto de la gente habia doblado las rodillas para beber. Entonces dijo el Señor á Gedeon: en los trescientos hombres que han lamido el agua os libraré y pondré á Madian en tu mano. Mas toda la demas gente vuélvase; y habiendo tomado víveres y trompetas segun el número de soldados que le quedaban, mandó que todos los

demas se fuesen á sus tiendas. Sufrida esta segunda prueba correspondiente al segundo milagro que habia exigido del Señor, se dispuso, lleno siempre de obediencia y confianza, á ir al combate con sus trescientos hombres.

El campamento de Madian estaba abajo en el valle. Aquella misma noche dijo el Señor á Gedeon: levántate y baja al campamento de los Madianitas, porque los he entregado en tus manos, y si tienes miedo de ir solo, baje contigo Fara, tu criado, y oyendo lo que hablan, se fortalecerán tus manos y bajarás mas seguro al campamento de los enemigos. Bajó, pues, Gedeon y Fara, su criado, hácia la parte del campamento donde estaban las centinelas del ejército. Los Madianitas, Amalecitas, y todos los pueblos del oriente, se hallaban extendidos por el valle como una multitud de langostas, y sus camellos eran asimismo innumerables como la arena que está en la playa del mar. Habiéndose acercado Gedeon, oyó que uno de ellos contaba á su inmediato un sueño y le referia en esta manera: he visto un sueño y me parecia que se rodaba un pan de cebada como cocido bajo de la ceniza, y caía sobre el campamento de Madian, y que habiendo llegado á la tienda, la dió un golpe, la trastornó y la echó enteramente por tierra, y le respondió aquel á quien lo contaba: esto no significa otra cosa que la espada de Gedeon, hijo de Joas, varon Israelita, porque el Señor ha puesto en su poder á Madian y todo su campamento.

Cuando Gedeon oyó el sueño, adoró al Señor

y volvió al campamento de Israel, diciendo: levantaos porque el Señor ha puesto el campamento de Madian en nuestras manos. Dividió Gedeon en tres partes sus trescientos hombres y puso en las manos de cada uno de ellos una trompeta y un cántaro vacío, y una hacha encendida en medio del cántaro, y dijo: lo que viéreis que yo hago, hacedlo vosotros. Yo entraré por un lado en el campamento. Imitad lo que yo hiciere. Cuando sonare la trompeta que tengo en mi mano, haced sonar también las vuestras y clamad todos, dando grandes voces y diciendo: *al Señor y Gedeon*. Por un lado del campamento se acercó Gedeon con su tercera parte de cien hombres, y lo mismo hicieron las otras dos por otros lados, situándose todas tres partes en iguales distancias unas de otras y cercando con trescientos hombres á un ejército de ciento treinta y cinco mil. Esto era á la media noche, cuando se mudaban las guardias. Dió la señal Gedeon tocando su trompeta y luego tocaron las suyas los cien hombres que tenía consigo, y los doscientos que se hallaban en los otros puestos, de modo que á un tiempo se oyó el clamor de guerra en rededor de todo el campamento. Quebraron los cántaros, dándoles fuertemente unos contra otros y causando un ruido extraordinario que jamás se había oído en los asaltos. Tomaron las hachas encendidas en la mano izquierda, y las levantaron en alto y continuando con las trompetas en la derecha, no cesaban de tocar lo más alto que podían, y de gritar: *la espada del Señor y de Gedeon*. No se movían de sus puestos, pero no cesa-

ban de gritar unas veces y tocar otras las trompetas, ni de tener en alto las hachas encendidas.

Con esto, el pavor, la confusion y el desórden se apoderó del campamento. Todos clamaban y cada uno huía por donde podia en medio de aquella tenebrosa noche, sin descubrir otra luz que la temerosa de las hachas que tenian levantadas sus enemigos; ni otra voz de orden para la defensa que las terribles palabras de: *la espada del Señor y de Gedeon*, ni otro toque á llamada que el continuo ruido de las trompetas. Se atropellaban los unos á los otros; caían en tierra dando gritos y ahullidos y queriendo defenderse de sus enemigos, que creían ya estendidos por el campamento, se mataban y destrozaban unos á otros sin darse cuartel. En esta matanza se pasó el resto de la noche y en pocas horas el hermoso campo de Jezrael quedó teñido de sangre de los Madianitas, sin que Israel vertiese de ellos ni una sola gota.

Llegó el dia y apesar de toda su claridad el espanto y el terror no les permitian ver que no tenian sobre sí mas que trescientos enemigos, y solo pensaban en correr con mas fuerza y ligereza luego que tuvieron luz para ver por donde podian huir. Dejaron sobre el campamento, que se habian convertido en un campo de batalla sangrienta, un espantoso número de muertos, y corrieron en dispersion por todas partes, anhelando á pasar el Jordán para salvarse en su tierra. Llegaron á las cercanias de Beseta y Abelmehula, ciudades poco distantes del rio, pero al ruido de la derrota habian acudido y cargaban sobre ellos

las tropas que despidió Gedeon en número de mas de treinta y un mil hombres; las que, ó no habian soltado las armas, esperando la victoria de su General, ó no habian tenido tiempo de soltarlas. Por todas partes volaba la noticia de la derrota y de todas acudian los hijos de Israel á cargarlos y destruirlos. Gedeon y sus trescientos valientes tirando las hachas y empuñando las espadas perseguian y acuchillaban á los fugitivos con furor y la mortandad de los Madianitas era espantosa. El General sin perder momentos, habia dado avisos á la tribu de Efrain, que era la mas cercana al punto por donde podrian pasar el Jordán los enemigos, para que ocupase todos los vados y les cortase la retirada. Todo Efrain gritó y corrió á las armas, y ocupó los vados tan á tiempo, que de la asombrosa multitud de Madianitas, Amalecitas y demas orientales que habian acampado en Jezrael, solo quince mil hombres lograron pasar el rio. Todos los demas, en número de ciento y veinte mil, fueron muertos, parte por ellos mismos en el campamento, parte por Gedeon y sus valientes que les persiguieron en la huida, parte por las tribus que les cargaron por los costados, y parte en fin por la de Efrain que les acometió de frente al querer pasar los vados. Los de esta tribu hallaron á Oreb y Zeb, dos de los cuatro Reyes de Madian que se habian escondido, el primero bajo de una peña y el segundo en un lagar, y los decapitaron allí. Por la muerte de estos dos Principes se hicieron notables aquellos dos sitios, y se llamaron en adelante *Piedra de Oreb y lagar de Zeb*. Los

Efraimitas continuaron en perseguir á los Madianitas hasta el otro lado del Jordán y llevaron á Gedeon, que ya tambien se hallaba allí, las cabezas de los dos Reyes.

Con motivo de haber preferido el Patriarca Jacob á Efraim, hijo menor de José, á Manasés, que era el mayor, en la bendicion que les echó al tiempo de morir; estaban los Efraimitas tan orgullosos especialmente con los Manaseitas, que no pudieron ahogar aun entre el gozo de la victoria la envidia y enojo que les causaba ver á Gedeon, que era Manaseita, ocupando el primer lugar en tan glorioso triunfo: asi es que se acercaron á él y le dijeron con una altivez insufrible é imperdonable: ¿qué es lo que has querido hacer con no llamarnos cuando ibas á combatir contra Madian? Hablaban tan recio que manifestaban estar dispuestos á llevar sus quejas á la decision de la espada, y si Gedeon les hubiera contestado como merecian, habria sido preciso que lo decidiesen las armas; pero el General tenia otro negocio mas urgente que concluir, y supo contener su justo enojo dejando al Señor el castigo que exigia esta insolencia, y que se verificó medio siglo despues en tiempo de Jepté, nono Juez de Israel, por otro insulto semejante, como veremos en su historia. Gedeon se habia mostrado valeroso y obediente á Dios en la batalla, y ahora se muestra humilde y sufrido con los hombres en la victoria. ¿Y cómo, respondió á los Efraimitas, podria yo hacer una cosa igual á la que vosotros habeis hecho? Pues qué ¿no vale mas un racimo de Efraim que las vendimias de Abiezer? (Esta

era la casa de Gedeon). El Señor puso en vuestras manos los Príncipes de Madian Oreb y Zeb. ¿Qué cosa pude yo hacer igual á la que vosotros habeis hecho? Y con esto calmó la ira de los Efraimitas que se habian irritado contra él. Sin embargo no se le incorporaron para concluir la destruccion de los Madianitas, ni Gedeon tenia mucha gana de que le siguiesen unas tropas tan peligrosas. Tampoco pasaron el Jordán las otras tribus.

Gedeon se contentó con sus trescientos valientes, de los cuales no le faltó ni uno solo en tan gloriosa victoria; mas esta por gloriosa que hubiese sido hasta aqui, no la juzgaba completa mientras quedasen enemigos que derrotar. Tenian aun los Madianitas quince mil hombres comandados por dos de sus Príncipes, á los cuales no habia podido alcanzar en la huida. Su deseo era no soltar las armas de la mano hasta acabar con este resto de enemigos y hacerse dueño de los dos Reyes que los comandaban; pero estaba rendida su gente de cansancio y hambre. No habian dormido, ni comido, ni dejado de trabajar y pelear en la noche y en el dia, ni parado á tomar víveres por no perder ni un momento de tan precioso tiempo. Se hallaban á las puertas de Socot, y dijo Gedeon á los de aquella ciudad: dadme, os ruego, pan para la gente que está conmigo, porque está muy desfallecida, para que podamos perseguir á Zebec y Salmana, Reyes de Madian. Creía el General que los Israelitas de Socot se juzgarian obligados y darian por servidos en socorrer á unas tropas que habian hecho ya tanto para la libertad de toda la nacion y que iban á concluir

esta inapreciable obra, pero se engañó. El atrevimiento de los Efraimitas habia ya llegado á Socot y sus vecindades. La impunidad habia formado atrevidos; y Gedeon no sacó de su indulgencia mas que nuevos insultos. Los principales de Socot tuvieron la inhumanidad de negarle el socorro debido de toda justicia, y la desvergüenza de contestarle con una indigna burla. ¿Pues qué, le dijeron, tienes ya en tu poder las palmas de las manos de Zebec y Salmana para pedirnos que demos pan á tu ejército? Esta inhumanidad y ultraje reunidos no debian quedar sin castigo; pero era necesario tiempo y Gedeon no le tenia sin exponerse á no acabar con sus enemigos, y asi solo le dijo estas breves pero terribles palabras: cuando el Señor pusiere en mis manos á Zebec y Salmana, yo trillaré vuestras carnes con las espigas y abrojos del desierto. Pasó de allí á Fanuel y habló á los de aquella ciudad las mismas palabras, y ellos le respondieron como los vecinos de Socot, y tambien les dijo: cuando volviere vencedor en paz, destruiré esta torre, que fué decirles: vosotros confiais en esta torre que defiende vuestra ciudad; yo la derribaré cuando vuelva victorioso y entonces castigaré vuestra inhumanidad y atrevimiento.

Ello, al fin, el General se vió precisado á sufrir la falta de socorro que pedia para sí y para su tropa; mas tuvo bastante ascendiente para lograr que sus trescientos valientes no solo le siguiesen animosos lo restante de aquel dia, si no que asaltasen y derrotasen á los enemigos en aquella misma noche.

Zebec y Salmana habian recogido como ya dijimos, quince mil hombres del ejército derrotado y habian huído á tierras bastante distantes para creerse seguros y libres de las armas de los Hebreos. Gedeon tomó el camino por desiertos, donde solo habitaban tribus errantes bajo de sus tiendas. Estas serian acaso las que le proporcionasen el socorro que necesitaba, ó en otro caso Dios, que preparaba la victoria, supliria las fuerzas. Lo cierto es que avanzando por aquellas soledades, Gedeon ocultó tan completamente su marcha á los fugitivos, que sin ser advertido, cargó sobre ellos en la oscuridad de la noche, y no solo les desordenó, persiguió, acuchilló y derrotó, sino que alcanzó é hizo prisioneros el dia siguiente á Zebec y Salmana, que se habian huído al tiempo de la derrota.

En aquel mismo dia tomó la vuelta Gedeon con sus prisioneros, y el siguiente, antes de salir el Sol, se hallaba ya á la vista de Socot. Cogió un mozo que salia de la ciudad, le preguntó el nombre de los Príncipes y ancianos de ella, y escribió setenta y siete. Entró en Socot con su tropa y prisioneros, y dijo á los principales: aqui teneis á Zebec y Salmana, sobre los cuales me insultasteis, diciendo: ¿acaso están en tu poder las manos de Zebec y Salmana para pedirnos que demos pan á tus tropas que están cansadas y desfallecidas? Tomó, pues, setenta y siete principales de la ciudad y con espinas y abrojos del desierto trizó y desmenuzó sus carnes, egecutando el castigo con que les habia amenazado. Pasó á Fanuel, batió la torre, y la derribó despues de haber pasado á filo de espada

á los principales ciudadanos que se habian cerrado en ella.

Ya no restaba mas á Gedeon que determinar la suerte de Zebee y Salmana, á los que habria sacrificado á la justicia divina en el acto mismo de su prision, sino hubiera sido en cierto modo necesario presentarlos vivos á los insultadores de Socot y Faniel para egecutar el castigo merecido. Como este se habia ya verificado y era asunto concluido, los condenó á muerte como enemigos capitales del pueblo del Señor; pero antes quiso saber si habian sido muertos por ellos algunos de sus hermanos que desaparecieron en las últimas irrupciones que habian hecho en la tierra de Israel estos Madianitas, y les preguntó: ¿cómo eran los varones que matásteis en el Tabor? Parecidos á tí, respondieron, y uno de ellos así como hijo de un Rey. Hermanos míos eran, hijos de mi madre, exclamó aqui Gedeon, conmovido é indignado: vive el Señor que si les hubierais conservado la vida, yo conservaria la vuestra. Gedeon podia conservársela, porque los Madianitas no estaban condenados por Dios al exterminio como los Amorreos, y acaso fué este un segundo motivo de conservar vivos estos dos Príncipes á fin de cangearles con sus hermanos, sino habian perecido en la mortandad del Tabor; pero salieron fallidas sus esperanzas y Zebee y Salmana fueron muertos allí mismo. Con la muerte de estos dos Reyes concluyó la derrota de los Madianitas y demás naciones orientales y principió la libertad, la paz y el descanso de Israel.

Era ya tiempo de que este grande hombre, despues de haber librado al pueblo de Dios como

guerrero, de la opresion de sus enemigos, entrase á gobernarle como Juez, en nombre del Señor que le habia elegido. Repasó el Jordán y se volvió á Efra, su ciudad, con sus trescientos valientes, que quizás la mayor parte eran hijos de ella y de su misma familia, acaso aquellos mismos que con tanto ardor le siguieron cuando tocó llamada á esta desigual y asombrosa guerra; y Gedeon aquel Jeroboal que con tanto empeño fue pedido para la muerte porque habia destruido el altar de Baal y cortado el bosque profano, fué ahora recibido con un regocijo muy superior al ódio que entonces le manifestaron. Luego vinieron á Efra los Príncipes, los Ancianos y los Jueces de todas las tribus y una multitud de pueblo á presentarse á su insigne libertador, y á rendir en nombre de todo Israel el mas profundo agradecimiento á los inmensos beneficios que acababa de concederles el Señor por su valeroso brazo.

En vista de las muchas y grandes hazañas que acababa de egecutar este hombre prodigioso con tan pocos socorros humanos, no era posible dejar de conocer que el valiente Gedeon era el hombre de la diestra del Señor, y que despues de Moisés y Josué, no se habia visto en Israel otro á quien debiesen los Israelitas mayores obligaciones. Asi es que el agradecimiento de todo el pueblo fué tal, que habria llegado á un exceso si el humilde varon de Efra no hubiera poseido una modestia igual á su valentía. Quisieron hacerle Rey, y que tambien reinase sobre Israel su descendencia. Sé tú nuestro Príncipe, le digeron, y tu hijo y el hijo de tu hijo,

porque nos has librado del poder de Madian. A la verdad que si los hijos de Israel hubieran podido tomar Rey, no podrian haber elegido mejor, porque Gedeon merecía serlo; pero este virtuoso Israelita no se dejó deslumbrar del brillo de la corona que ha cegado á tantos mortales. Sabia que no debía ocupar este puesto y lo sabia mejor que los que se le ofrecian, y asi les respondió: no seré yo vuestro Príncipe, ni tampoco lo será mi hijo, sino que será el Señor quien mandará sobre vosotros.

Queda dicho que Dios por su bondad hácia el pueblo que se habia escogido, quiso ser su Monarca, y Gedeon en su negativa recordó á los hijos de Israel que era de Dios su Monarquía; que él era un mero egecutor de sus ordenaciones, y que se daria por satisfecho y bien pagado, si lograba, siendo Juez, que abandonasen para siempre la idolatría, adorasen y amasen al Señor, y guardasen sus mandamientos: mas pareciéndole que podrian quedar mortificados sino recibia algun otro obsequio, ya que no le era dado tomar la corona, les dijo: que para no aparecer ingrato recibiria los zarcillos que habian tomado en esta guerra á los enemigos. La multitud de Israel que habia concurrido, oyó la propuesta con sumo gusto, y al momento tendieron una capa en el suelo y echaron en ella, no solo los zarcillos, sino tambien los adornos, joyeles y vestidos de púrpura que habian tomado á los Madianitas, y los collares de oro de sus camellos, habiendo pesado solamente los zarcillos mil y setecientos siclos de oro, que equivalen á unos doscientos treinta y ocho mil reales. Gedeon, desinte-

resado y desprendido, no aceptó esta cuantiosa ofrenda de tan preciosos tesoros por enriquecerse. Mandó hacer de ellos un Efod magnífico y colocarle en su casa de Efra.

No se sabe cuál era el vestido ó adorno de distincion que usaban los Jueces de Israel, ni las decoraciones propias de su dignidad, ni el uso que hizo Gedeon de este magnífico ropage. El Efod era una de las principales piezas que componian las vestiduras del gran Sacerdote; y de aqui han nacido las dudas acerca del Efod de Gedeon. Los que creen que este Efod era el ornamento que usaba el gran Sacerdote cuando consultaba al Señor, dicen: que Gedeon no le hizo sino para estar siempre en estado de consultarle, aun en su casa, pero no por sí sino por medio del sumo Sacerdote. Los que piensan que este Efod nada tenia de sagrado, dicen: que le mandó hacer para los dias de gran ceremonia, en que tenia que presentarse como Juez al frente de Israel. Esto parece lo mas creible, porque el Efod del sumo Sacerdote era un ropage sin mangas, corto y estrecho, y que solo cubria el pecho y la espalda, y no era apenas posible acomodar tanta cantidad de oro sobre una tela tan pequeña. Pero sea de esto lo que fuere, no se puede dudar: que Gedeon tuvo intenciones muy rectas en la hechura de este Efod: que no abusó de él en su vida, ni otra persona alguna; y que en nada se le puede imputar el criminal destino que despues de su muerte le dieron los idólatras de Israel, vistiendo y adornando sus abominables ídolos con el Efod de Gedeon,

que fué siempre el enemigo mas declarado de los ídolos. Mas como Gedeon fué inocente en la hechura del Efod, el Señor le excusó el dolor de ver su abominable abuso.

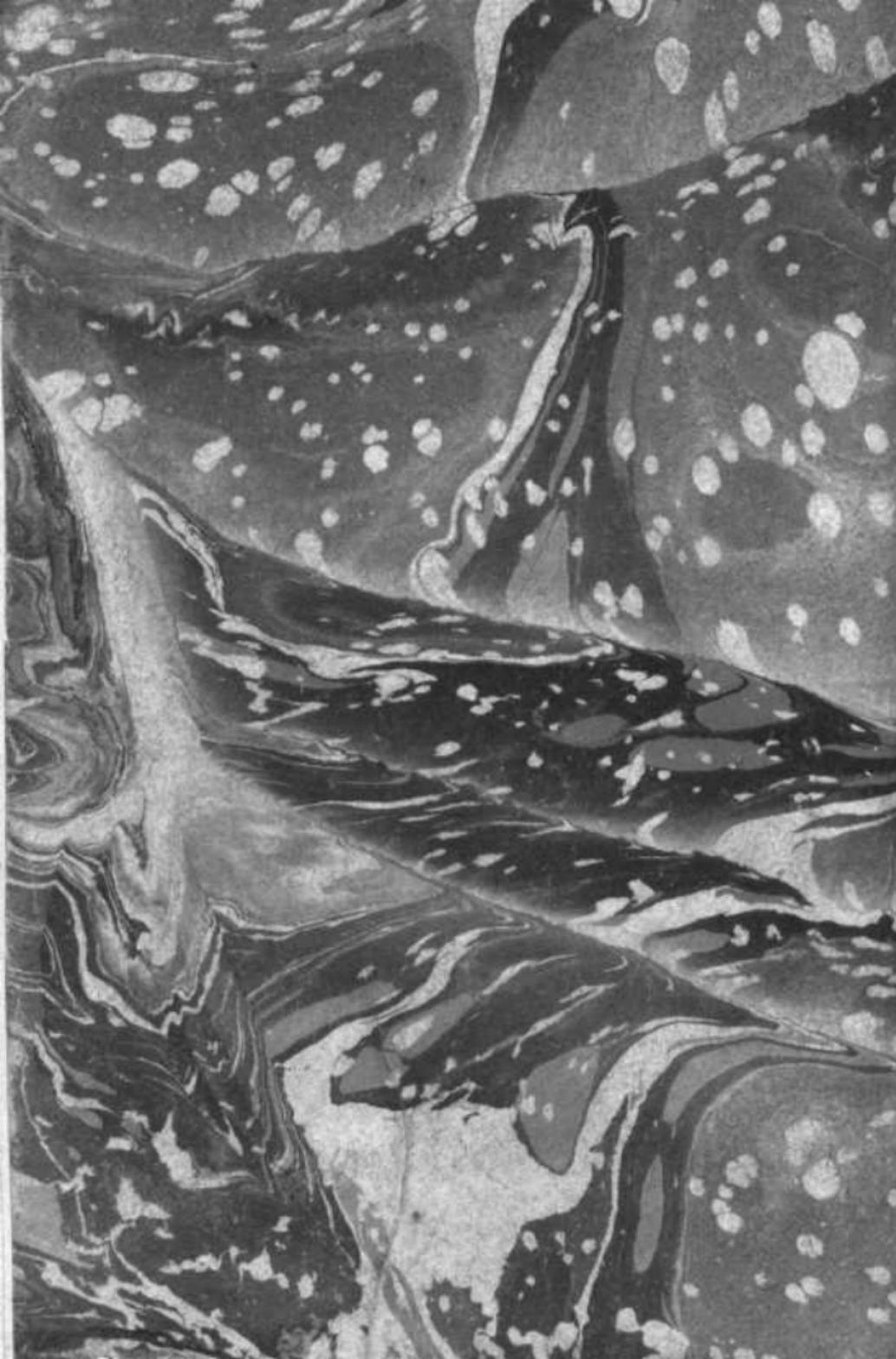
Los largos años de su judicatura fueron puros, religiosos y pacíficos. Israel sirvió al Señor solo y con fidelidad, y los pueblos de Madian y sus aliados quedaron tan debilitados y humillados que ya no volvieron á levantar cabeza. Establecido Gedeon en su ciudad de Efra, de quien era el adorno y la gloria; querido y respetado de todo Israel, de quien era el salvador y el santo Juez, no se ocupó en otra cosa el resto de su vida que en llenar las altas obligaciones de su cargo; en hacer que se adorase y amase al Señor; que se acatasen y cumpliesen sus divinas leyes, y que triunfase la religion.

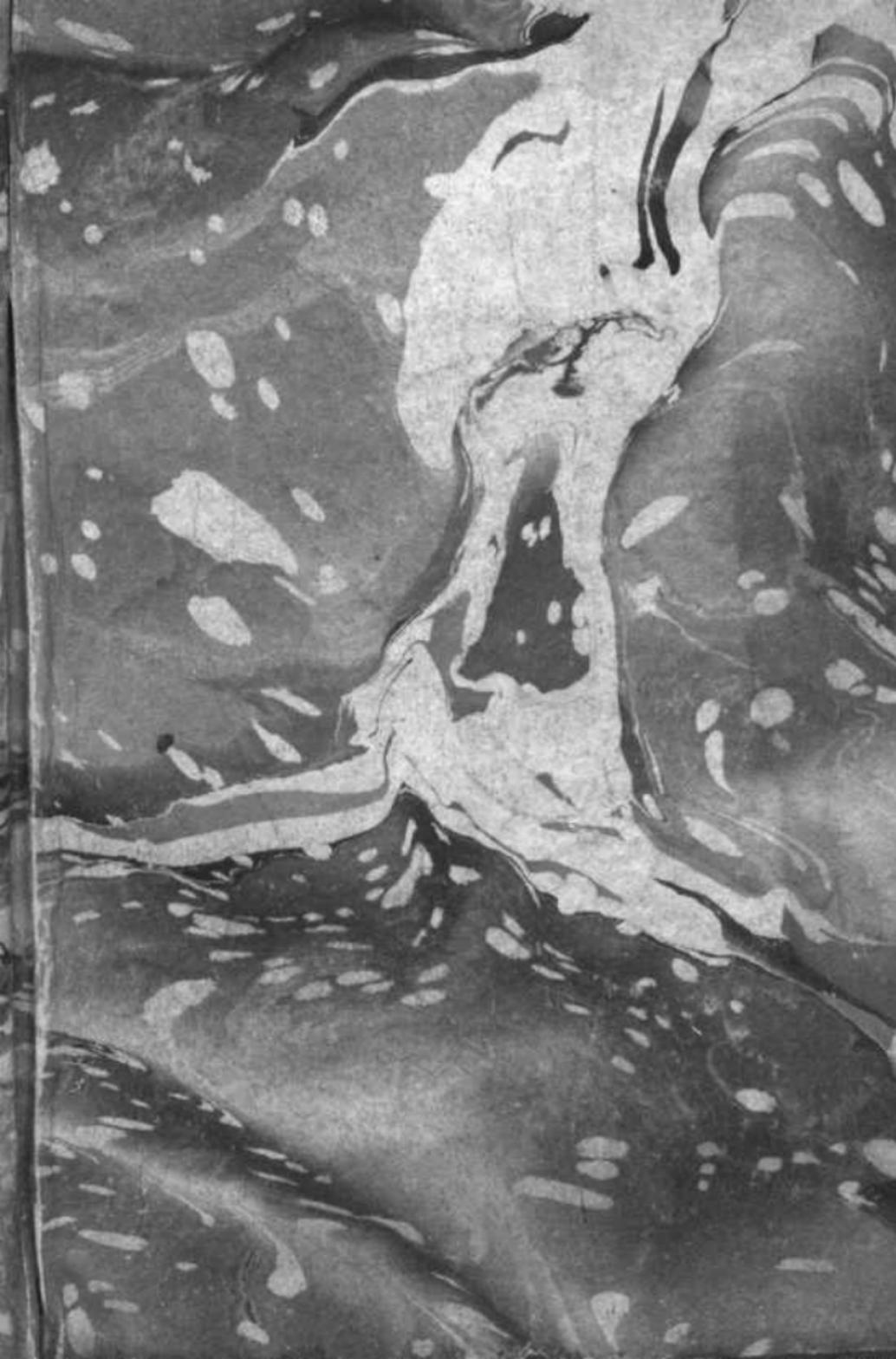
Muerte de Gedeon. Cuarenta años se cuentan desde la muerte de Barác, á quien sucedió Gedeon, hasta la de este grande hombre, pero como entre estos dos Jueces mediaron los años de los desórdenes de Israel y los de su castigo, no se pueden averiguar á punto fijo los de su judicatura. Por lo menos fueron treinta y debieran ser trescientos para dicha de Israel. Tambien se ignora la edad en que murió y solo sabemos que fué en una santa y venerable ancianidad y en su ciudad de Efra, dejando una familia numerosa compuesta de setenta hijos, y un pueblo á quien hizo dichoso en todo el tiempo de su gobierno, y que lo habria sido siempre si hubiese imitado su conducta y tomado sus lecciones y consejos. Fué enterrado en su ciudad, en el sepulcro de su padre Joas. San Pablo

cuenta á Gedeon con Samuel y con David, con los que conquistaron reinos y obraron justicia y con los que fueron fuertes en la guerra y pusieron en huida los egércitos enemigos. Los fieles Israelitas sintieron y lloraron mucho la muerte de su famoso libertador y de su amable Juez, y lo habrían sentido y llorado mucho mas, si hubieran previsto la renovacion de la idolatría y los desórdenes del estado que se iban á seguir á esta preciosa muerte.

FIN DEL TOMO PRIMERO.









G 43169

